

# Julio Verne



Aventuras del Capitán Hatteras

Lectulandia

La primera versión ha sido publicada en 1864, la versión definitiva en 1867, la novela narra de una expedición en 1860-61 al Polo Norte, es dirigida por el capitán Hatteras, hombre de voluntad ferrea, que quiere que sea la bandera inglesa la primera en ondear sobre el Polo Norte. El perro Duk y el doctor Clawbonny son sus acompañantes.

Lectulandia

Julio Verne

# Las Aventuras del Capitán Hatteras

Los ingleses en el Polo Norte

ePUB v1.0

Kementxu 24.01.13

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Voyages eta aventuras du Capitaine Hatteras*  
Julio Verne, 1866

© PUBLICIDAD Y EDICIONES S.A.  
Dr. Manuel Barros Borgoño 123.  
Nº 65.576 Santiago de Chile. 1987

FOTOCOMPOSICION Y FOTOMECANICA  
LASER LTDA.

IMPRESO EN EDITORIAL ANTARTICA S.A.  
PRINTED IN CHILE

Representante exclusivo  
Cono Sur-C.A.D.E.-S.R.L.

DISTRIBUIDOR EN CAPITAL Y GRAN BUENOS AIRES  
Ayerbe y Cía. Tel. 941-7444  
Esteban de Luca 1650-Buenos Aires

DISTRIBUCION EN INTERIOR  
D.G.P. Tel. 38-9266  
Hipólito Irigoyen 1450-Buenos Aires

Editor original: Kementxu (v1.0)  
ePub base v2.0

# El Bergantín

Mañana, el bergantín *Forward*, al mando del capitán K.Z., saldrá de New Princes Docks con destino desconocido. Esta noticia apareció en el *Liverpool Herald* del 5 de abril de 1860.

Para el puerto más activo de Inglaterra, la salida de un bergantín es un hecho de poca importancia. ¿Quién va a hacerle caso en medio del intenso movimiento de buques de todas dimensiones y nacionalidades?

Sin embargo, el 6 de abril, desde que empezó a amanecer, un gentío llenaba los muelles de New Princes. La numerosa cofradía de los marinos de la ciudad parecía que se hallaba allí en pleno.

Los trabajadores de los muelles de los alrededores habían abandonado sus faenas; los negociantes, sus escritorios, y los mercaderes sus almacenes. No pasaba un momento sin que los omnibuses multicolores que transitaban detrás de la dársena llevaran un nuevo cargamento de curiosos. La ciudad entera quería ver zarpar al *Forward*.

Este era un bergantín de ciento setenta toneladas, con hélice y una máquina de vapor de ciento veinte caballos de fuerza. Si no ofrecía nada extraordinario a los ojos de los profanos, los marinos veían en él ciertas particularidades que no podía dejar de pasar desapercibidas para hombres de oficio.

Así es que a bordo del *Nautilus*, anclado a no gran distancia, un grupo de marineros hacía conjeturas sobre el destino del *Forward*.

Uno de ellos decía:

¿Desde cuándo los buques de vapor van aparejados con tanto velamen?

—Es preciso —contestó un contramaestre de cara ancha y colorada— que ese buque cuente más con su arboladura que con su máquina. No hubieran dado tanta amplitud a sus velas altas si no previeran que se verán con frecuencia en la imposibilidad de tomar viento. Para mí, el *Forward* está destinado a recorrer los mares árticos o antárticos, donde las montañas de hielo no dejan circular el aire.

—Tienes razón Cornhill —dijo un tercer marino—. ¿No te ha llamado también la atención ese tajamar que cae derecho al agua?

—Agrega —dijo Cornhill— que es un tajamar revestido de una cuchilla de acero fundido, afilada como una navaja de afeitar, que es capaz de rebanar un navío de tres puentes, si el *Forward*, navegando a todo vapor, lo coge por un flanco.

—Seguro —añadió un piloto— porque el bergantín con su hélice se traga catorce nudos por hora. Daba gusto, cuando se hizo la prueba, verlo cortar las aguas.

—Y a la vela —repuso el maestre Cornhill— toma el viento que es un gusto y se gobierna como se quiere. Apuesto a que ese bergantín se dispone a explorar las aguas polares.

—Además —dijo otro—, su cargamento confirma la opinión del contraмаestre. Yo sé por Clifton, que es uno de los valientes que en él se han embarcado, que el *Forward* lleva víveres para cinco o seis años, además del carbón correspondiente. Toda su carga consiste en carbón y víveres, y una cantidad de vestidos de lana y pieles de foca.

—Bien —dijo Cornhill—, no cabe ya ninguna duda; ¿pero ese Clifton te ha dicho algo de su destino?

—Ni una palabra. El no sabe nada ni la tripulación tampoco. Sabrá a dónde va cuando haya llegado. Ha sido contratado con esta condición. Pero ¡qué salario, camaradas, qué buen salario! Cinco veces mayor que el normal. No siendo así, no hubiera encontrado Shandon a ningún tripulante. ¿Quién va a querer embarcarse en un buque extraño que va no se sabe a dónde, y que parece no querer volver?

—¡Hasta el nombre del buque —dijo Cornhill— es inquietante! ¡El *Forward*! (en inglés: adelante) ¿*Forward* hasta dónde? Sin contar con que nadie conoce a su capitán.

—¡Sí, se lo conoce! —terció un marino joven.

—¡Cómo! ¿Quién es? —preguntó Cornhill.

—Pues, Shandon.

—Muchacho —dijo Cornhill— has de saber que Shandon es el segundo y de ahí no pasa. Es un marino diestro y valiente, un buen ballenero, digno de mandar un buque; pero lo cierto es que no lo manda. Al que después mandará a bordo, ni él mismo le conoce. Cuando llegue la ocasión el verdadero capitán aparecerá no se sabe de qué manera, como caído del cielo.

—Sin embargo, маestre Cornhill —repuso el joven—, puedo asegurar que alguien hay a bordo que manda.

—¡Cómo! —exclamó Cornhill, frunciendo el ceño—. ¿Dices que el *Forward* tiene un capitán a bordo?

—Así es. Johnson, el contraмаestre de la tripulación, me lo ha contado todo, y ha hecho más, me lo ha mostrado.

—¿Y tú le has visto?

—Como te estoy viendo a ti.

—¿Y quién es?

—Un perro...

—¿Un perro?

Los marinos del *Nautilus* quedaron atónitos. En cualquier otra circunstancia hubieran soltado una carcajada. ¡Un perro, capitán de un bergantín de ciento sesenta toneladas! Pero el *Forward* era un buque tan extraordinario, que antes de reír y de negar era preciso pensarlo.

—Y bien, ¿qué dice a eso? —preguntaron los marineros a Cornhill.

—No digo nada —contestó el contramaestre—, no digo sino que el *Forward* es un buque que lo lleva el diablo.

La historia del perro ya había circulado por la ciudad, y entre la multitud de curiosos había más de uno que con la vista buscaba ávidamente al *perro capitán*, a quien consideraban como un ser sobrenatural.

Hacía meses que el *Forward* llamaba la atención pública. Lo que había de extraordinario en su construcción, el misterio que lo rodeaba, la identidad incógnita de su capitán, el modo en que Ricardo Shandon recibió la proposición de dirigir su construcción, las condiciones exigidas a la tripulación, su destino desconocido todo cubría al bergantín de un carácter extraño e inquietante.

El buque se había construido en el astillero de Birkenhead, verdadero arrabal de la ciudad, en permanente comunicación con el puerto por la incesante circulación de los barcos de vapor.

Los armadores Scott y Compañía se contaban entre los más hábiles de Inglaterra. Habían recibido de Shandon un presupuesto y un plano detallado, en el que estaban indicados con la mayor exactitud el tonelaje y las dimensiones del buque. Se adivinaba en ese proyecto la mano de un marino consumado. Por recomendación del propietario desconocido, los trabajos se llevaron a cabo con gran celeridad.

El bergantín fue construido con una solidez a toda prueba. Estaba diseñado para resistir enormes presiones. Su casco de tec, especie de encina oriental, notable por su extremada dureza, fue reforzado con fuertes trabazones de hierro. Los marinos se preguntaban por qué el casco de un buque con tales condiciones de resistencia no se había construido de hierro como el de otras embarcaciones de vapor, a lo que algunos contestaban que el ingeniero misterioso habría tenido para ellos sus razones.

Lentamente el bergantín fue tomando forma en el astillero, y sus cualidades asombraron a los entendidos. Como lo habían notado los marineros del *Nautilus*, su tajamar formaba ángulo recto con la quilla y estaba revestido de un espolón, que era una verdadera cuchilla de acero. Esa proa metálica le daba un aspecto particular al bergantín, que no tenía nada de buque de guerra. Sin embargo, en su alcázar se había montado un cañón de dieciséis, sobre un eje, giratorio.

El 5 de febrero de 1860, el bergantín fue botado al agua en medio de una inmensa concurrencia. La unánime interrogante era: si no es buque de guerra, ni mercante, ni yate de recreo, entonces ¿qué podía ser?

Al día siguiente de aquel en que el *Forward* fue botado al agua, le llegó la máquina, salida de los talleres de R. Hawthorn, de Newcastle. Era de ciento veinte caballos de fuerza, y ocupaba muy poco espacio. Su fuerza parecía considerable para un buque de su tonelaje que tenía además mucho velamen.

Colocada la máquina a bordo, empezó la carga de las provisiones. Los víveres consistían en carne salada y seca, en pescado ahumado, galleta y harina. Cerros de



café y té ingresaron como aludes dentro de los paños. Todo se hallaba encajonado, rotulado y numerado con un orden perfecto. Se embarcó también gran cantidad de ese preparado indígena llamado *pemmican*, que en un pequeño volumen concentra gran cantidad de calorías.

La clase de víveres no dejaba dudas acerca de la longitud del viaje. Pero para un buen observador era evidente además, que el *Forward* iba a navegar por mares polares. Los barriles de limonada, pastillas de sal, paquetes de mostaza, y otra cantidad de antiescorbúticos eficaces, eran prueba clara de ello.

Shandon se ocupó particularmente de esta parte del cargamento, como también de la farmacia de viaje.

Si las armas a bordo no eran numerosas, la santabárbara estaba llena de pólvora. El cañón giratorio, no podía absorber solo todas aquellas municiones. Eso daba que pensar. Había también sierras gigantescas, máquinas poderosas, como palancas, mazas de plomo, serruchos, hachas, etc., sin contar una recomendable cantidad de tiros cuya detonación hubiera bastado para volar la aduana de Liverpool. El arsenal se completaba con cohetes, señales, fanales de toda clase.

Los espectadores de los muelles de New Princes Docks admiraban también una ballenera de caoba, una piragua de hojalata y unos cuantos botes inflables. Hubo en los espectadores un momento de ansiedad, porque con la marea descendente el *Forward* muy pronto partiría hacia su misterioso destino.



# La Carta

Ocho meses antes Ricardo Shandon había recibido la siguiente carta:

*Aberdeen, 2 de agosto de 1859.  
Señor Ricardo Shandon. Liverpool.*

Señor:

La presente tiene por objeto avisar sobre el envío de dieciséis mil libras esterlinas, entregadas a los señores Marcuart y Compañía, banqueros en Liverpool. Adjunta va una serie de documentos con mi firma, que le permitirán disponer del dinero mencionado.

Usted no me conoce, pero no importa. Yo lo conozco a usted y eso es suficiente.

Le ofrezco el puesto de segundo a bordo del bergantín *Forward*, para una expedición que puede ser larga y peligrosa.

Si no acepta todo queda en nada. Si acepta se le pagarán quinientas libras, y a cada año que pase, mientras dure el viaje, se le aumentará una décima parte ese salario.

El bergantín *Forward* no existe. Tendrá que mandarlo construir para que pueda hacerse a la mar en los primeros días de abril de 1860, o antes, si es posible. Envío el plano y un detalle de los gastos. El buque se construirá en los astilleros de los señores Scott y Compañía, que se pondrán de acuerdo con usted.

Le recomiendo especialmente la tripulación del *Forward*, que constará de un capitán, que seré yo, de un segundo, usted, de un oficial tercero, un contramaestre, dos ingenieros, de un *icemaster*, (Maestro de Hielos) nueve marineros y dos fogoneros. En total serán dieciocho hombres, incluyendo el doctor Clawbonny, que se presentará oportunamente.

Conviene que los tripulantes del *Forward* sean ingleses, sin familia, solteros, sobrios, pues a bordo no se tolerará el uso de los licores ni siquiera de cerveza.

Les ofrecerá una paga cinco veces mayor que la habitual, con un aumento de una décima parte por cada año de servicio.

El viaje será penoso y largo, pero honroso. No vacile señor Shandon. Espero su respuesta a Gotteborg (Suecia), a las iniciales K.Z.

P. D. El 15 de febrero recibirá un perro danés de gran tamaño, pardo oscuro, listado negro. Téngalo a bordo, y dele de comer pan de centeno con caldo de pan de sebo.

El capitán del *Forward* se mostrará en tiempo oportuno. Al partir recibirá usted nuevas instrucciones.

*K.Z.*

# El Medico Aventurero

Shandon era un marino fogueado. Tenía experiencia en el mando de balleneros en los mares árticos. Al leer la carta que recibió se asombró con la sangre fría del hombre habituado a ver muchas cosas.

El reunía todas las condiciones requeridas; no tenía mujer, ni hijos, ni padres. Era todo lo independiente que puede ser un hombre, de manera que fue derecho a casa de los banqueros.

—Si está el dinero —se dijo—, todo irá bien.

Los banqueros lo recibieron con todas las consideraciones debidas a un hombre a quien esperan dieciséis mil libras.

Ese mismo día entró en tratos con los constructores de Birkenhead, y veinticuatro horas después la quilla del *Forward* se hallaba ya en construcción.

Shandon era un solterón de unos cuarenta años, robusto, enérgico y resuelto. Su carácter, difícil de llevar, hacía que los marinos no le quisieran, pero le tenían miedo.

El marinero se ocupó después en reclutar su tripulación, ateniéndose a las condiciones exigidas por el capitán.

Conocía a un joven valiente llamado James Wall. Tenía unos treinta años y había ya navegado por los mares del Norte. Shandon le ofreció la plaza de oficial tercero y él aceptó. Lo que quería era navegar y tenía mucho apego por su oficio. Shandon le contó las cosas tal como eran, lo mismo que a un tal Johnson, a quien nombró contraмаestre.

—Aceptado —respondió Wall—; da lo mismo navegar por un lado o por otro. Además —agregó—, es preciso confesar que nunca se ha emprendido un viaje en tan buenas condiciones.

Shandon, Wall y Johnson desplegaron tanta actividad que a principios de diciembre tenían ya completa la tripulación, lo que no fue fácil. Muchos se sentían atraídos por la buena paga, pero los asustaba el porvenir de la expedición, y alguno hubo que, después de haberse alistado devolvió el dinero que había recibido a cuenta, disuadido por sus amigos de exponerse a los riesgos de semejante empresa. Todos querían descubrir el misterio del viaje y asediaban con sus preguntas a Shandon, quien los enviaba al contraмаestre Johnson.

—¿Qué quieres que te diga? —respondía invariablemente éste—. Yo sé lo mismo que tú. Lo único que puedo asegurarte es que estarás en buena compañía.

Y la mayoría de las veces, quedaban convencidos.

—Comprenderás —añadía a veces el contraмаestre— que me sobra dónde escoger. Una buena paga, como no la ha tenido nunca ningún marinero desde que hay marinos en el mundo, es para tentar al diablo.

—Es verdad —respondían los marineros— que la tentación es fuerte: ¡Bienestar

para toda la vida!

—No te ocultaré —respondía Johnson— que la campaña será larga, penosa y llena de peligros. Conviene que cada cual sepa de antemano a lo que se compromete. Así, es que si no tienes mucho corazón, si no tienes el diablo en el cuerpo, y no cuentas con que hay cien probabilidades contra una de perder el pellejo, si algo te importa dejar tus huesos en un lugar con preferencia a otro, ándate por donde has venido, y déjale el lugar a otro más valiente que tú.

Shandon, tenía esperanzas de que en el último momento recibiría instrucciones precisas sobre el objeto del viaje, y que sería el capitán del barco.

Todos los tripulantes profesaban la religión protestante. En los largos viajes, la oración en común y la lectura de la Biblia, tienden a unir los ánimos y asentarlos en las horas de decaimiento. Shandon conocía por experiencia la utilidad de estas prácticas y su influencia sobre la moral de una tripulación.

Una vez reclutados los marineros, Shandon y sus dos oficiales se ocuparon de las provisiones. Siguieron estrictamente las instrucciones del capitán, que detallaban la cantidad y la calidad hasta de los artículos más insignificantes.

Así la tripulación, provisiones y cargamento estaban listos en enero de 1860. Entretanto los trabajos del *Forward* avanzaban aceleradamente y el buque estaba ya a punto de concluirse.

El 23 de enero Shandon se encontraba inspeccionando las obras en los astilleros. La espesa niebla no impidió que viera a un hombre bajo, grueso, de cara fina y alegre y mirada amable, que se dirigió a él, le cogió las dos manos y las sacudió con vigor. Aquel hombrecillo parecía ser francés.

El personaje hablaba con vehemencia, y gesticulaba como un molino de viento. Sus ojos pequeños y su boca grande parecían válvulas de escape que le permitían desprenderse del exceso de energía. Hablaba, y hablaba tanto y tan alegremente, que Shandon no entendía palabra.

Pero el segundo del *Forward* no tardó en identificar a aquel hombrecillo a quien no había visto nunca. Una luz iluminó su espíritu, y, aprovechando el momento que necesitaba el otro para respirar, Shandon preguntó.

—¿El doctor Clawbonny?

—¡El mismo en persona! ¡Más de un cuarto de hora lo he estado buscando! ¡Cinco minutos más y me vuelvo loco! ¿Conque usted es el comandante Ricardo? ¿Conque existe realmente? ¿No es un mito? ¡Su mano, su mano! ¡Es la mano de Ricardo Shandon! ¡Sí, hay un comandante y hay un bergantín *Forward*!

—Sí, doctor, yo soy Shandon, y hay un bergantín *Forward* que partirá.

—Es lo lógico —respondió el doctor—. Estoy muy contento. Hacía mucho tiempo que esperaba esta coyuntura, y deseaba emprender el viaje que voy a llevar a cabo.

—Permítame... —dijo Shandon.

—Con usted —repuso Clawbonny, sin cuidarse de lo que le decía su interlocutor— estamos seguros de ir lejos y de no retroceder nunca.

—Pero... —repuso Shandon.

El doctor seguía con su torrente de palabras.

—Porque usted es un valiente marino, comandante.

—Pero no se trata ahora de eso —dijo Shandon impaciente.

—¿De qué se trata, entonces?

—¡Diablos! ¡Si usted no me deja hablar! Dígame, doctor, ¿quién lo ha inducido a tomar parte en la expedición del *Forward*?

—¿Quién? Una carta, una carta de un bravo capitán. Sin decir más, el doctor entregó a Shandon una carta escrita en los siguientes términos:

Inverness, 27 de enero de 1860.

Al doctor Clawbonny.

Liverpool.

Si quiere embarcarse en el *Forward* para una larga expedición, puede presentarse al comandante Ricardo Shandon, quien ha recibido ya las instrucciones respectivas.

El capitán del *Forward*.

K.Z.

—Recibí la carta esta mañana, y ya estoy aquí dispuesto a pasar a bordo del *Forward*.

—Pero al menos, doctor —repuso Shandon—, usted sabe cuál es el objeto de este viaje...

—No sé nada; pero ¿qué importa? Dicen que soy un sabio, pero se equivocan; yo no sé nada. Pero se me ofrece completar, o, por mejor decir, rehacer mis conocimientos en medicina, en cirugía, en historia, en geografía, en botánica, en mineralogía, en geodesia, en química en física, en mecánica, en hidrografía, y yo acepto el ofrecimiento sin hacerme de rogar.

—Entonces —repuso Shandon—, ¿tampoco sabe usted adónde va el *Forward*?

—Sí, comandante; va adonde hay que aprender, y qué descubrir, va donde se encuentran otras costumbres, otras comarcas, otros pueblos, para estudiarlos en el ejercicio de sus funciones; va, en una palabra, adonde yo no he ido nunca.

—¡Precise más!... —exclamó Shandon.

—¿Precisar? —replicó el doctor—. Yo he oído que iba hacia los mares árticos.

—Al menos —preguntó Shandon—, ¿conoce al capitán?

—No lo conozco; pero, sé que es un valiente.

Clawbonny quedó especialmente encargado de la instalación de la farmacia a bordo. Era un buen médico, aunque había practicado poco. Doctor a los veinticinco años, fue un verdadero sabio a los cuarenta. Conocido en toda la ciudad, fue miembro influyente de la Sociedad Literaria y Filosófica de Liverpool. Su pequeña fortuna le permitía entregar consejos profesionales gratuitos. Era un hablador eterno, pero tenía siempre el corazón en la mano dispuesto a darlo a todo el mundo.

Cuando se divulgó por la ciudad el rumor de su embarque en el *Forward*, sus amigos hicieron lo posible para que desistiera de su propósito, con lo que sólo consiguieron lo contrario. El doctor era un tipo porfiado.

Desde aquel día crecieron las conjeturas, los rumores y los chismes, lo que no impidió que el *Forward* fuera botado al agua el 5 de febrero de 1860. Dos meses después, estaba listo para partir.

Como lo anunciaba la carta del capitán el 15 de marzo, un perro danés fue enviado por el tren de Edimburgo a Liverpool. El animal parecía huraño, algo siniestro, y miraba de una manera singular. El nombre de *Forward* se leía en su collar de cobre. El comandante lo trasladó a bordo ese mismo día, y en una carta que dirigió a Liorna con las iniciales indicadas acusó su recibo.

Así, pues, exceptuando al capitán, la tripulación estaba completa. Se componía de la siguiente manera:

1. K.Z, capitán; 2. Ricardo Shandon, comandante; 3. James Wall, tercer oficial; 4. El doctor Clawbonny; 5. Johnson, contramaestre; 6. Simpson, arponero; 7. Bell, carpintero; 8. Brunton, primer maquinista; 9. Plever, segundo maquinista; 10. Strong (negro), cocinero; 11. Foker, *icemaster*; 12. Wolsten, armero; 13. Bolton, marinero; 14. Garry, marinero; 15. Clifton, marinero; 16. Gripper, marinero; 17. Pen, marinero; 18. Warren, fogonero.

# El Perro de a Bordo

El 5 de abril llegó por fin el día de la partida. La presencia del doctor a bordo tranquilizaba un poco los ánimos. Donde se proponía ir el sabio, se lo podía seguir sin recelo. Sin embargo, Shandon, temiendo que la deserción dejara algunos vacíos a bordo, deseaba hallarse en alta mar lo antes posible.

El camarote del doctor Clawbonny estaba en el fondo de la popa, y ocupaba casi toda la toldilla. Al del desconocido capitán, no podía entrar más que él. Por órdenes suyas le habían enviado la llave a Lubeck, después de introducir en él varios instrumentos, muebles, libros, ropa y otros utensilios indicados en una nota.

Luego se había cerrado herméticamente.

Los marinos disponían de un vasto dormitorio, en el cual estaban con una comodidad que difícilmente hubieran encontrado en otro buque. Se cuidaba a los marineros como si fueran un cargamento de mucho precio. Una enorme estufa ocupaba el centro de la sala común.

El doctor Clawbonny estaba en la gloria. El más feliz de los animales —decía— sería un caracol que pudiera construirse un cascaron a su gusto; voy a ver si yo puedo convertirme en un caracol inteligente.

La verdad es que su camarote iba tomando muy buen aspecto. El doctor se daba un placer de sabio o de niño, poniendo en orden sus pertenencias. Sus libros, sus herbarios, sus papeleras, sus instrumentos de precisión, sus colección de aparatos de física, su colección de termómetros, barómetros, udómetros, lentes, compases, sextantes, cartas, planos, redomas, polvos y frascos de su muy completa farmacia de viaje, todo estaba clasificado con un orden digno del British Museum.

La caseta del gran perro danés estaba construida debajo de la ventana misma del camarote misterioso; pero su habitante prefería vagar por el entrepuente y la sentina. Parecía imposible domesticarlo, y nadie podía explicarse su carácter extraño. Se lo oía durante la noche, prorrumpir en tristesísimos aullidos que resonaban de manera siniestra en las cavidades del buque.

¿Echaba de menos a su amo ausente? ¿Presentía instintivamente los peligros de aquel viaje? ¿Profetizaba riesgos cercanos? Eso es lo que los marineros creían, y algunos tomaban a aquel perro por un animal diabólico.

Un día Pen, que era un hombre brutal, quiso pegarle pero cayó con tan mala suerte, que se abrió el cráneo al golpearse contra un ángulo del cabrestante.

Clifton, el hombre más supersticioso de la tripulación, observó que aquel perro, cuando se hallaba en la cubierta, se paseaba siempre por el lado del viento.

El doctor Clawbonny, cuya salamería hubiera domesticado a un tigre, perdió tiempo y trabajo, empeñándose en suavizar el carácter del perro.

El animal no obedecía a ningún nombre. Así es que los tripulantes terminaron por



llamarlo *Capitán*, porque parecía conocer las costumbres de a bordo. Sin duda era un perro que había navegado.

La superstición cundía y no faltaban los marinos que esperaban ver al perro tomar un día forma humana, y mandar las maniobras del buque con voz atronadora.

Shandon, sin participar de semejantes supersticiones, estaba inquieto, y la víspera de la partida, el 5 de abril por la tarde, conversaba sobre el tema con el doctor, con Wall y con el contramaestre Johnson.

Los cuatro saboreaban el décimo vaso de grog, que era el último sin duda, pues, según las órdenes de la carta de Aberdeen, ninguno de los hombres de la tripulación, desde el capitán al fogonero, hallarían a bordo ni vino, ni cerveza, ni licor alguno, salvo en caso de enfermedad y por orden del doctor.

La conversación no versaba más que sobre un solo tema: la partida. Si las instrucciones del capitán se realizaban al pie de la letra, Shandon debía recibir al día siguiente una carta con sus últimas órdenes.

—Si la carta —decía Shandon— no me indica el nombre del capitán, me dirá al menos cuál es el destino del buque. De otro modo ¿hacia dónde ir?

—Hacia el Norte, es claro —dijo el doctor— no cabe la menor duda.

—¿Y por qué no hacia el polo Sur? —terció Wall.

—¡El polo Sur! —exclamó el doctor—. ¡Jamás! ¿Tendría acaso el capitán la idea de exponer un bergantín a atravesar todo el Atlántico?

—¡Al Norte! —repuso Shandon—. Pero doctor, ¿a qué punto del Norte: al Spitzberg, a Groenlandia, al Labrador, a la bahía de Hudson? Aunque los caminos conduzcan todos al mismo punto, es decir, al banco inaccesible, son muy numerosos, y la elección ofrece dificultades. Yo no sabría por cuál decidirme.

—Pero ¿qué hará si no recibe carta? —preguntó el médico.

—Esperaré.

—¿No Partirá? —exclamó Clawbonny agitando su vaso con desesperación.

—No.

—Es lo más prudente —respondió tranquilamente el contramaestre Johnson, mientras el doctor daba vueltas alrededor de la mesa, porque no podía estar quieto en ninguna parte—. Sí, es lo más prudente. Sin embargo, esperar mucho puede no ser bueno. En primer lugar, la estación es buena, y soplando el Norte, debemos aprovechar el deshielo para franquear el estrecho de Davis. Además, la tripulación está cada día más vacilante. Los amigos de nuestros marineros les aconsejan abandonar el *Forward*, y su influencia puede ser causa de que se nos juegue una mala pasada.

—Además —repuso Wall— si el pánico se apodera de nuestros marinos, desertarán todos.

—Pero ¿qué hacer? —exclamó Shandon.

—Lo que has dicho —replicó el doctor—; esperar, pero sólo hasta mañana, antes de desesperarse. Las promesas del capitán se han cumplido hasta ahora con una regularidad que es de fiar.

—Comandante —dijo el contramaestre Johnson—, tengo un consejo que darle, y es que haga todos los preparativos de marcha. Importa que la tripulación sienta confianza. Mañana, llegue o no carta, apareje. Nada será más fácil que salir teniendo brisa a lo largo. Que el piloto esté junto al timón. A la hora de la marea alta salgamos del muelle y vamos a fondear más allá de la punta de Birkenhead. Así nuestros marineros quedarán incomunicados con la tierra, y si llega por fin la carta, lo mismo nos encontrará allí que en otra parte cualquiera.

—¡Muy bien dicho, Johnson! —dijo el doctor tendiendo la mano al viejo marino.

—Así lo haremos —respondió Shandon.

Volvió entonces cada cual a su camarote, y todos esperaron sin poder conciliar el sueño, la salida del sol.

Al día siguiente se entregaron en la ciudad las cartas recién llegadas, y ninguna había con el sobre dirigido al comandante Shandon.

Este, sin embargo, hizo sus preparativos de marcha, lo que se supo inmediatamente en Liverpool y gran cantidad de espectadores se precipitó hacia los andenes de New Princes Docks.

Muchos subieron a bordo del bergantín, para abrazar por última vez a un camarada, o para intentar disuadir a un amigo o para contemplar de cerca aquel extraño buque.

Desde lo alto de la popa, Shandon miraba con inquietud a la muchedumbre.

El contramaestre Johnson concluyó los preparativos para ir aparejando. El tiempo estaba cubierto, y el oleaje era muy fuerte.

El doctor Clawbonny se paseaba gesticulando, *impaciente de mar*, como decía él. Johnson se le acercó a Shandon y le dijo:

—Comandante, si quiere aprovechar la marea, no pierda tiempo.

Shandon consultó su reloj. Eran más de las doce.

—¡Manos a la obra! —dijo al contramaestre.

—¡Allá vamos! —gritó éste, y dio orden a los curiosos de abandonar la cubierta del *Forward*.

Hubo entonces gran movimiento en la multitud que se atropellaba para volver a tierra, en tanto que los marineros soltaban las últimas amarras.

El aullido del perro aumentó la confusión de los curiosos. Este se lanzó de pronto desde el castillo al alcázar por entre la gente que había ido a visitar el buque. Ladraba sordamente.

Todos le abrieron paso. El perro saltó a la popa, llevando en la boca una carta.

—¡Una carta! —exclamó Shandon—. Es decir, que él está a bordo.

—Estaba, pero ya no está —respondió Johnson, mostrándole la cubierta libre ya de curiosos.

—¡*Capitán!* ¡*Capitán!* ¡Ven acá! —gritaba el doctor, y trataba de coger la carta que el perro se negaba a soltar dando violentos saltos. No quería entregarla más que al mismo Shandon.

—¡Aquí, *Capitán!* —dijo el comandante.

El perro se acercó a él; Shandon cogió el mensaje sin dificultad, y *Capitán* prorrumpió entonces en tres aullidos muy claros en medio del silencio profundo que reinaba a bordo y en los muelles.

Shandon se quedó con la carta en la mano, sin abrirla.

—¿En qué piensa? —gritó el doctor—. ¡Léala!

Shandon miró el sobre sin fecha ni indicación de lugar. Decía solamente:

Al comandante Ricardo Shandon, a bordo del bergantín *Forwad*.

Shandon abrió la carta y leyó:

Se dirigirá al cabo Farewell, donde llegará el 20 de abril. Si el capitán no se presenta a bordo, franqueará el estrecho de Davis, y ganará el mar de Baffin hasta la bahía de Melville.

El capitán del *Forward*, K.Z.

Shandon dobló la breve carta, se la metió en el bolsillo y dio la orden de partir. Su voz, que era la única que se oía en medio de los silbidos del viento del Este, tenía algo de solemne.

Muy pronto estuvo el bergantín fuera de las dársenas, y dirigido por el práctico de Liverpool, cuyo bote lo seguía a alguna distancia, tomó la corriente del Mersey. La multitud se precipitó hacia el malecón exterior, para ver por última vez aquel extraño buque. Las gavias, el trinquete y la cangreja se desplegaron, y con este velamen, él *Forward*, digno de su nombre, después de haber doblado la punta de Birkenhead, entró en el mar de Irlanda.

# Mar Adentro

El viento favorable ayudó al *Forward* a avanzar rápidamente. Su hélice inmóvil no oponía obstáculo alguno a su marcha.

A las cinco, el práctico de Liverpool entregó a Shandon el mando del buque y volvió a su bote, el que viró y no tardó en desaparecer.

Durante la noche el mar estuvo picado. Pero el *Forward* se condujo admirablemente. Johnson tenía razón. En el océano el instinto marinero de la gente del oficio recobra su imperio. Los tripulantes, viendo la bondad del buque, olvidaron lo que la situación tenía de anormal y la vida a bordo se estableció regularmente.

El doctor se paseaba entre las ráfagas de viento y sorteaba los balanceos del buque con habilidad extraña en un sabio.

—¡Qué cosa tan hermosa es el mar! —dijo a Johnson, al subir a la cubierta después de almuerzo—. Algo tarde he contraído amistad con él, pero me pondré al día.

—Tiene razón, doctor. Por un pedazo de océano yo daría todos los continentes del mundo.

—No hay placer comparable al de tener bajo los pies un buen buque, y al *Forward* no hay más que pedirle.

—Dice bien, doctor —replicó Shandon, que se unió a los otros dos—; es un buen buque, y de seguro que no ha habido ninguno destinado a navegar entre hielos que haya estado mejor tripulado y provisto.

—Es de esperar que tengamos suerte —repuso Johnson—. Si con un buque como el *Forward* no se va donde se quiere, se puede renunciar a la empresa.

—Además —añadió el doctor—, si el capitán viene a bordo, sabrá mejor que nosotros lo que conviene hacer, cosa que nosotros ignoramos completamente.

Por lo menos —respondió Shandon—, conocemos el camino que hay que seguir, y por espacio de un mes, podemos, prescindir de la intervención de las instrucciones del desconocido. Por otra parte, ustedes saben lo que yo opino de él.

—Yo creía —dijo el doctor— que el tal capitán le dejaría a usted el mando del buque y no vendría nunca a bordo; pero...

—¿Pero qué? —replicó Shandon, contrariado.

—Desde que leí su segunda carta he cambiado mis ideas.

—¿Y por qué doctor?

—Porque si bien la última carta le indica el derrotero que debe seguir, nada dice respecto del destino del *Forward*, y es preciso saber adónde vamos. Yo pregunto: ¿hay medio de que estando en alta mar nos llegue una tercera carta? En las tierras de Groenlandia el servicio de correos debe ser muy precario. Creo que el capitán desconocido nos está esperando en algún establecimiento danés, en Hosteinborg o

Upperanwik, donde habrá ido a comprar trineos, perros, y a reunir todos los arreos y pertrechos que requiere un viaje por los mares árticos. No me sorprenderá verlo una mañana salir de su camarote y mandar la maniobra de la manera más natural del mundo.

—Es posible —respondió Shandon. Y se separó del doctor para dar órdenes a los marineros.

El sábado, a la caída de la tarde, el *Forward* dobló el promontorio de Galloway, cuyo faro se levantaba al Nordeste; durante la noche se dejó al Este el cabo Fair, en la costa de Irlanda. A eso de las tres de la mañana, el bergantín, desembocó en el océano por el canal del Norte.

Llegó el domingo 8 de abril. Los ingleses, sobre todo los marineros, santifican el domingo, por lo que la lectura de la Biblia, de que el doctor se encargó con mucho gusto, ocupó parte de la mañana.

Entretanto el viento se iba huracanando, y empujaba el bergantín hacia la costa de Irlanda. El oleaje era fuerte y si el doctor no se mareó, fue porque no quiso. Al mediodía, el cabo Malinhead desapareció en el Sur, siendo esa la última tierra de Europa que aquellos atrevidos marinos debían ver.

El huracán cesó cerca de la nueve de la noche. El *Forward*, mantuvo su rumbo al Noroeste y durante aquella jornada puso a prueba sus cualidades marinas. No en vano los conocedores de Liverpool decían de él que era, antes que todo, un buque de vela.

En los días que siguieron el bergantín navegó a todo trapo.

Durante el último huracán, Shandon había medido las cualidades de su tripulación; había analizado a sus hombres uno tras otro, como debe hacerlo todo comandante que quiera estar preparado contra futuras contingencias. Sabía lo que cada uno podía dar de sí y con quiénes debía contar.

James Wall, oficial enteramente adicto a Shandon, comprendía y ejecutaba bien las órdenes pero parecía carecer de iniciativa, de manera que en el tercer puesto estaba perfectamente colocado.

Johnson diestro en la lucha con el mar, y antiguo piloto del océano Artico, no tenía nada que envidiar a nadie en sangre fría y audacia.

Simpson, el arponero, y Bell, el carpintero, eran hombres seguros, esclavos del deber y de la disciplina. El *icemaster* Foker, marino de experiencia, educado en la escuela de Johnson, también era absolutamente confiable.

De entre los marineros, Garry y Bolton parecían los mejores. Bolton era una especie de payaso, alegre y dicharachero; Garry era un hombre de unos treinta y cinco años, de fisonomía enérgica, pero algo melancólico.

Los tres marineros, Clifton, Gripper y Pen, parecían menos ardientes y menos resueltos y murmuraban por cualquier cosa. Gripper hasta quiso romper su compromiso a la salida del *Forward*, y se quedó a bordo sólo por un sentimiento de

vergüenza. Si las cosas marchaban bien, si no había demasiados peligros que correr, ni demasiados maniobras que ejecutar, se podría contar con esos tres hombres; pero necesitaban una alimentación sustancial, porque se podía decir de ellos que tenían el corazón en el vientre. Además a la hora de comer echaban de menos el brandy y el gin; pero se desquitaban en lo posible con el café y el té, distribuidos a bordo con cierta prodigalidad.

En cuanto a los dos maquinistas, Brunton y Plever, y el fogonero Warren, habían estado hasta entonces cruzados de brazos.

El 14 de abril el *Forward* cortó la gran corriente del GulfStream situado a unos 320 kilómetros de la punta de Groenlandia.

La temperatura bajó bruscamente. El termómetro marcaba 0 grados centígrados, es decir estaba en el punto de congelación del agua.

El doctor no había sacado aún el traje de los inviernos árticos, pero llevaba sus vestidos de a bordo igual que los marineros y los oficiales, y daba gusto verlo con sus botas altas, con un sombrero de hule y un pantalón y una chaqueta del mismo material. Los de a bordo decían que el doctor, envuelto en la lluvia y en las olas que invadían la cubierta, parecía un animal marino, lo que a él le causaba cierto orgullo.

Durante dos días el mar estuvo bravo. El viento del Noroeste sopló con fuerza y retardó la marcha del *Forward*. Desde el 14 al 16 de abril, el oleaje siguió siendo fuerte; pero luego sobrevino un violento chubasco que calmó el mar casi inmediatamente.

Ese día el *icemaster*, que hacía su guardia de vigía, anunció la aparición de una mole flotante por el lado de estribor.

—¡Una montaña de hielo en estos sitios! —exclamó el doctor.

Shandon apuntó su antejo en la dirección indicada y confirmó el anuncio del piloto.

—¡Es curioso! —dijo el doctor.

—¿De tan poco se asombra? —preguntó el comandante, riendo.

—Me asombro y no me asombro —respondió el doctor, sonriendo—; pues no ignoro que en 1813 el bergantín *Ann de Poole*, de Greenspond, fue asaltado por verdaderos ejércitos de hielo a los 40 grados de latitud Norte, y que Dayemen, su capitán, los contó a centenares.

—¡Muy bien! —dijo Shandon—. ¿También acerca de eso tiene algo que enseñarnos?

—Poca cosa —respondió modestamente el amable Clawbonny—; pues no creo que le enseñe nada al decir que se han encontrado hielos en latitudes aun más bajas.

—¡Johnson! —llamó Shandon—, me parece que la brisa refresca.

—Sí, comandante —respondió el contramaestre—; avanzamos poco, y las corrientes del estrecho de Davis muy pronto van a hacerse sentir.

—Tiene razón, Johnson, y si queremos hallarnos el 20 de abril a la vista del cabo Parewell, es necesario navegar a vapor o exponernos a ser arrojados a las costas del Labrador. ¡Wall, dé orden de calentar la caldera!

Las órdenes de Shandon fueron ejecutadas. Una hora después el vapor había adquirido la presión suficiente; se cargaron las velas, y la hélice se puso a funcionar lanzando al *Forward* hacia adelante a pesar del viento del Noroeste.



## ¿Existe el Capitán?

Las bandadas de aves cada vez más numerosas, petreles, pufinos, fragatas, indicaron la cercanía de Groenlandia. El *Forward* avanzaba rápidamente hacia el Norte, dejando atrás una larga cola de humo negro.

El martes 17 de abril, a las once de la mañana, el *icemaster* anunció la aparición del *brillo* de los hielos deslumbrante, que daba una viva claridad a toda la parte de la atmósfera próxima al horizonte. Los marinos experimentados no podían equivocarse sobre aquel fenómeno y reconocieron por su blancura que el *brillo* debía proceder de un vasto campo de hielo situado a unos cuarenta y ocho kilómetros más allá del alcance de la vista.

Por la noche el viento se hizo favorable y Shandon, por economía, apagó los hornos y volvió a desplegar el velamen. De esa forma, el *Forward* siguió avanzando hacia el cabo *Farewell*.

El día 18 apareció un banco de hielo como una línea blanca poco densa, de color resplandeciente, que cortaba bruscamente la línea divisora del mar y el cielo. Más tarde el *Forward* pasó por entre pedazos aislados del banco, y se observó que en la parte más compacta los témpanos, aunque soldados entre sí, obedecían al impulso del oleaje.

Al día siguiente, al alba, el vigía señaló un buque. Era el *Valkyrien*, corbeta danesa, que viajaba en sentido contrario al del *Forward* y se dirigía hacia el banco de Terranova. La corriente del estrecho era fuerte, y Shandon, para vencerla, tuvo necesidad de dar toda la vela.

El comandante, el doctor, James Wall y Johnson se reunieron en la popa para examinar la dirección y la fuerza de la corriente. El doctor preguntó si estaba comprobada la uniformidad de la corriente del mar de Baffin.

—Sin duda —respondió Shandon—, y los buques de vela la superan no sin dificultad.

—Más aún —añadió James Wall—, se la encuentra lo mismo en la costa oriental de América que en la occidental de Groenlandia.

—Tienen razón, entonces —dijo el doctor— los que buscan el paso del Noroeste. Esta corriente marcha con una velocidad de unos ocho kilómetros por hora, y es difícil suponer que nazca en el fondo de un golfo. Por lo tanto es necesario admitir que América se halla completamente desprendida de las tierras polares, y que el Océano Pacífico, lamiendo sus costas, va hasta el Atlántico. Además, la mayor elevación de las aguas del primero termina de explicar su desagüe hacia los mares de Europa.

La noche del miércoles al jueves, el viento sopló con mucha fuerza, la aproximación a la costa se hizo peligrosa en una época en que los *icebergs* son muy

numerosos, así es que el comandante hizo recoger velas, para evitar mayores riesgos.

El termómetro descendió por debajo del punto de congelación. Shandon hizo distribuir a la tripulación, una chaqueta y pantalón de lana, una camisa de franela y medias como las que usan los aldeanos en Noruega, además de un par de botas impermeables.

*Capitán*, el perro se contentaba con su forro natural. Parecía poco sensible a las variaciones de temperatura. Había pasado, sin duda, más de una prueba semejante. Además se le veía poco, pues estaba casi siempre escondido en las partes más oscuras del buque.

Al anochecer, se divisó entre la niebla la costa de Groenlandia. El doctor con su catalejo, pudo distinguir una serie de picachos surcados por grandes témpanos, pero la niebla se extendió rápidamente, como el telón de un teatro.

El 20 de abril, por la mañana, el *Forward* encontró un *iceberg* que tendría cincuenta metros de altura, varado allí desde tiempo inmemorial. No habían podido contra él los deshielos, que respetaban sus extrañas formas. Snow lo vio; James Ross, en 1829, lo copió exactamente, y en 1854, el francés Bellot, a bordo del *Prince-Albert*, lo distinguió también. Como es natural, el doctor quiso conservar la imagen de esa montaña célebre, y sacó de ella un bosquejo.

Con una temperatura que al mediodía no superó los 11 grados centígrados y bajo un cielo de nieve y de nieblas, se divisó por fin el cabo Farewell. El *Forward* llegaba puntualmente en el día fijado por el capitán desconocido.

—He aquí —dijo el doctor—, el cabo tan digno de su nombre. ¡Muchos lo han pasado para nunca más volverlo a ver! Lo pasaron Frobisher, Knight, Barlow, Vaughan, Seroggs, Barents, Hudson, Blosseville, Franklin, Crozier, Bellot, para nunca más regresar, pues este cabo ha sido realmente el de las ¡despedidas eternas!

El *Forward* se abrió camino fácilmente entre los hielos resquebrajados. El viento era bueno, pero la temperatura baja.

Por la noche había que estar alertas. Las montañas flotantes se estrechaban en ese paso angosto. Con frecuencia, se contaban cien de ellas en el horizonte. Se desprendían de las costas elevadas, para caer al océano. Se encontraban también muchos maderos flotantes, cuyo choque era preciso evitar, por lo que el *crow's nest*, un tonel de fondo movable, en el cual el *icemaster*, vigilaba el mar y daba aviso de los témpanos que descubría, fue puesto en el tope del trinquete.

El sol había reaparecido desde el 31 de enero, Y se mantenía más y más sobre el horizonte. La nieve dañaba la vista, y si bien no producía una oscuridad completa, hacía muy penosa la navegación.

El 21 de abril se divisó el cabo Desolación. Desde que el bergantín entró en los hielos, los marineros no habían tenido un instante de reposo. Pronto fue necesario volver a recurrir al vapor para abrirse camino entre los témpanos.

El doctor y el contraamaestre Johnson conversaban en popa, mientras Shandon dormía en su camarote.

—Ya se, señor Clawbonny —decía Johnson—, que este país no es como los otros. Se le ha llamado la Tierra Verde; pero no tiene casi nada que justifique su nombre.

—¿Quién sabe, amigo —respondió el doctor—, si esta tierra en el siglo X tenía derecho a llamarse como se llama? Cuentan los cronistas islandeses, que ochocientos o novecientos años atrás, había doscientas poblaciones en este continente.

Me asombra, señor Clawbonny, porque ahora éste es un triste país.

—Es verdad; pero ahora ofrece sustento suficiente a algunos habitantes; aborígenes y hasta a europeos civilizados.

—Sin duda. En Disko, en Uppernawik, se encuentran hombres que aceptan vivir en climas tan rigurosos pero yo siempre he creído que permanecen en ellos por fuerza y no por voluntad.

—Es posible. Sin embargo, el hombre se acostumbra a todo, y esos groenlandeses no me parecen tan dignos de lástima como los trabajadores de nuestras grandes ciudades.

El médico aprovechó la ocasión para preguntar a Johnson si la tripulación se había curado de sus inquietudes.

—Algo se ha repuesto, doctor; y sin embargo, si he de decir la verdad, desde que entramos en el estrecho, el capitán es la preocupación general, pues casi todos esperaban verlo aparecer en la extremidad de Groenlandia y hasta ahora no ha pasado nada. Entre nosotros, señor Clawbonny, la no aparición del capitán, ¿no le causa también asombro?

—Para serle franco, Johnson, empieza a hacerme algunas cosquillas.

—¿Cree en la existencia del capitán?

—Como en la mía.

—Pero ¿qué razones ha podido tener para obrar como lo hace?

—Yo creo que el capitán ha querido llevar a la tripulación bastante lejos para que no pudiera retroceder. Si se hubiera presentado a bordo en el momento de la partida, todos hubieran querido que les revelara el destino del buque y lo habrían puesto en apuros.

—En apuros ¿por qué?

—Si él trata de acometer alguna empresa sobrehumana, ¿cree usted que sabiéndolo la tripulación se hubiera dejado reclutar?

—Es posible, señor Clawbonny; yo he conocido aventureros intrépidos cuyo solo nombre hacía temblar al más valiente y no hubieran encontrado a nadie que los acompañara en sus expediciones.

—Excepto yo —dijo el doctor.

—Y yo —respondió Johnson—. Nuestro capitán es, sin duda, uno de esos

aventureros. Ya veremos. Supongo que desde Uppernawik o de la bahía de Melville este bravo desconocido vendrá a establecerse a bordo, y nos dirá hasta dónde se propone llevar al buque.

—Lo mismo creo yo, Johnson; pero la dificultad estará en llegar a la bahía de Melville. Nos encontramos rodeados enteramente de témpanos. Difícilmente dejan paso al *Forward*.

—En nuestro lenguaje de balleneros, señor Clawbonny, llamamos a eso un *icefield*, es decir, una superficie continua de hielos, cuyos límites no se perciben.

—Me parece —dijo el doctor— que la temperatura va a bajar aún más.

—Lo siento —respondió Johnson—, porque necesitamos el deshielo para que estos témpanos se desmenuen y vayan a perderse al Atlántico.

—Sí, pero antes es necesario pasar.

—Sí, tiene razón, señor Clawbonny. En junio y julio habríamos hallado el paso libre, pero las órdenes eran precisas, y hemos tenido que estar aquí en abril. Así, creo que nuestro capitán tiene un gran proyecto. No se parte tan anticipadamente sino para ir lejos. En fin, ya lo veremos.

El doctor tenía razón al anunciar un descenso en la temperatura. El termómetro marcaba al mediodía 14 grados centígrados bajo cero y había una brisa del Noroeste que despejaba la atmósfera y ayudaba a la corriente a precipitar los hielos flotantes hacia el camino del *Forward*. No todos, sin embargo, obedecían al mismo impulso. No era raro encontrar algunos de los *icebergs* más altos que, empujados por su base por una corriente submarina, derivaban en sentido contrario.

Los dos maquinistas no tenían un minuto de reposo; la maniobra del vapor se ejecutaba desde la misma cubierta por medio de palancas que la aceleraban, la detenían o la modificaban según las órdenes. A veces era Preciso ganar rápidamente una abertura del campo de hielo, o superar en velocidad a un témpano, que amenazaba cerrar la única salida practicable. De vez en cuando un témpano enorme, cayendo de improviso, obligaba al bergantín a retroceder súbitamente para no ser aplastado. Aquellos hielos, arrastrados y amontonados por la corriente del Norte, se precipitaban en el camino y si llegaba a sobrevenir una helada, podían oponer al *Forward* una barrera infranqueable.

En aquellos sitios se veían grandes cantidades de aves acuáticas: petreles y fragatas cruzaban en todas direcciones graznando; se veían también muchas gaviotas de cabeza grande y cuello corto, que desplegaban sus alas desafiando la violencia del huracán. Esa población alada animaba el paisaje desolado.

El 22 la temperatura siguió bajando. El *Forward* forzó el vapor para ganar los pasos favorables. El viento del Noroeste se había fijado, de manera que se recogieron las velas.

El domingo los marineros tuvieron poco trabajo. Después de la lectura del oficio

divino, de la que se encargó Shandon, la tripulación se dedicó a cazar alcas que preparadas según una receta del doctor Clawbonny fueron a la mesa de los oficiales y de la marinería.

Durante los días siguientes, 24, 25 y 26 de abril, continuó la lucha con los hielos; la maniobra de la máquina se hizo penosa y a cada momento el vapor se escapaba silbando por las válvulas.

Como la niebla era espesa, el acercamiento de los *icebergs* se reconocía solamente por sordas detonaciones producidas por los aludes. El buque viraba entonces inmediatamente, y había gran peligro de chocar contra moles de hielo de agua dulce, notables por la transparencia de su cristal y por su dureza de sílice. Shandon no dejó de completar su provisión de agua, embarcando muchos toneles de aquel hielo.

El doctor no podía acostumbrarse a las ilusiones ópticas que la refracción producía en aquellos parajes. A veces un *iceberg*, que se hallaba a dieciséis kilómetros del bergantín, se le aparecía como un peñón muy cercano. El procuraba acostumbrar su vista a ese fenómeno, para corregir el error de sus ojos.

Por haber estado arrastrando el buque a lo largo de los campos de hielo, o por haber tenido que desviar a viva fuerza los témpanos más amenazadores con largas pértigas, la tripulación quedó rendida de fatiga. Sin embargo, el viernes 27 de abril, el *Forward* aún estaba detenido en el límite del círculo polar.

# La Tripulación Conversa

Sin embargo, el bergantín continuó avanzando por los estrechos pasadizos que se abrían entre los hielos. Se acercaban los campos helados que puestos en movimiento representan a veces una presión de más de diez millones de toneladas. Había que evitar sus desagradables caricias de manera que se prepararon en el interior del buque las sierras para cortar hielo.

Parte de la tripulación aceptaba los duros trabajos a que se hallaba sometida, pero la otra se quejaba, sin atreverse todavía a desobedecer. Mientras se ocupaban en la colocación de las sierras. Garry, Bolton, Pen y Gripper conversaban.

—¡Voto al diablo! —decía Bolton—. No sé por qué me acuerdo ahora de una buena taberna en que se pasa muy bien entre un vaso de gin y una botella de cerveza. Debo estar delirando ya que en estas ciudades de nieve, no existen ni el más insignificante boliche en que un bravo marino pueda tomarse un brandy.

—Lo que dices es demasiado cierto, Bolton —replicó Gripper—. ¡Buena idea privar de toda bebida alcohólica a gente que viaja por los mares del Norte!

—Por lo visto —respondió Garry— has olvidado, Gripper, lo que dijo el doctor. Hay que abstenerse de beber para evitar el escorbuto, mantener la salud y poder llegar lejos.

—Yo no quiero ir lejos, Garry. Me parece que es ya demasiado haber llegado hasta aquí y empeñarse en pasar por donde el diablo no quiere que pasemos.

—¡No pasaremos! —dijo Pen—. ¡Cuándo pienso en que me he olvidado ya del sabor del gin!

—Pero —insistió Bolton— recuerda lo que ha dicho el doctor.

—¿Y qué? —contestó Pen, con voz vinosa y enronquecida—. Creo que sólo se trata de economizar la bebida con el pretexto de cuidar nuestra salud.

—Me parece —dijo Bolton— que Pen tiene la nariz demasiado roja y si algo pierde de su color navegando bajo el régimen de abstinencia no será malo.

—¿Qué te ha hecho mi nariz? —respondió bruscamente el marino—. Cuídate de la tuya, y deja en paz la mía.

—No creía que tuvieras la nariz tan susceptible. A mí, un buen vaso de whisky, me gusta tanto como a otro cualquiera; pero si, me ha de causar más daño que provecho, sé pasarme sin él —dijo Pen.

—Tú sabes pasarte sin él —dijo el fogonero Warren—, pero no a todos nos ocurre lo mismo.

—¿Qué quieres decir con eso, Warren? —preguntó Garry mirándole fijamente.

—Quiero decir que hay licores a bordo, y se me antoja que no se privan mucho de ellos los que nos mandan.

—¿Qué sabes tú? —preguntó Garry.

Warren no supo qué responder.

—Ya ves, Garry —repuso Bolton—. Warren no sabe nada.

—Y bien —dijo Pen—, pediremos una ración de gin al comandante. La merecemos.

—No lo hagan —respondió Garry.

—¿Por qué? —preguntaron Pen y Warren.

—Porque el comandante se hará el desentendido.

—Ustedes sabían cuál era el régimen de a bordo cuando se embarcaron; entonces era el momento de pensar.

—Además —respondió Bolton haciendo causa común con Garry, Shandon no es el amo a bordo.

—Entonces, ¿a quién dirigirnos? —preguntó Pen.

—Al capitán.

—¡Vuelta al capitán! —exclamó Pen—. ¿No ven que en estos bancos de hielo no hay dónde encontrar un capitán?

—Yo digo que hay un capitán —repuso Bolton—, y apostaría dos meses de mi sueldo a que no tardaremos en verlo.

—¡Ojalá! —dijo Pen—. Quisiera que hubiera alguien a quien cantárselas claras.

—¿Quién habla del capitán? —terció entonces el marinero Clifton, un hombre supersticioso y envidioso al mismo tiempo.

—¿Se sabe acaso algo nuevo sobre el capitán?

—¡No! —contestaron todas las voces al unísono.

—Pues yo espero hallarlo una mañana instalado en su camarote sin que nadie sepa cómo ni por dónde llegó.

—¡Qué locura! —exclamó Bolton—. ¿Te figuras, que el capitán es un duende como los que hacen de las suyas en las tierras altas de Escocia, Clifton?

—Ríete, Bolton; tus risas no me harán variar de opinión. Todos los días, al pasar por delante del camarote, miro por el agujero de la cerradura, y ya llegará el día en que les diga a quién se parece.

Yo creo que todos conocemos al capitán —dijo enseguida Clifton—. Es el perro, de eso no cabe duda.

Los marineros se miraron sin atreverse a responder.

—Hombre o perro —dijo Pen entre dientes—, les juro que ese animalito, tarde o temprano, me las pagará todas juntas.

—Clifton —dijo Bolton serenamente— ¿crees tú, en serio que el perro es el verdadero capitán?

—¿Quién lo duda? —respondió Clifton—. Y si ustedes fueran observadores como yo, habrían notado las maneras extrañas de ese animal.

—¿Qué maneras? Explícate.



—¿No han notado el modo que tiene de pasearse por la popa con aire de autoridad?

—Es cierto —dijo Gripper—, una tarde lo sorprendí con las patas apoyadas en la rueda del timón.

—¡Imposible! —exclamó Bolton.

—¿Y acaso —prosiguió Clifton— no saben que por la noche abandona el buque para ir a pasear por los campos de hielo?

—También es cierto —respondió Bolton.

—¿Y lo han visto alguna vez buscar como un perro honrado la compañía de los hombres, o mirar al cocinero como pidiéndole comida?

—En fin —dijo Bolton—, ¿a dónde vamos en el *Forward*?

—No lo sé —respondió Bell— en algún momento Shandon recibirá nuevas instrucciones.

—¿Pero de quién?

—No sé —replicó el carpintero.

—Del *perro-capitán* —dijo Clifton—. Ha escrito ya una vez: ¿por qué no va a poder escribir otra?

—Bueno —dijo Pen— si ese perro no quiere reventar dentro de su piel de perro, trate de volverse pronto hombre, porque si no, me las va a pagar.

—¿Y por qué? —preguntó Garry.

—Porque me da la gana —respondió Pen brutalmente.

—¡Basta de hablar, muchachos! —gritó el contramaestre Johnson. ¡Manos a la obra, y que estas sierras estén armadas en menos tiempo que las otras! ¡Tenemos que enfrentar los bancos!

—¡Eso lo veremos! —respondió Clifton encogiéndose de hombros—. ¡No se pasa tan fácilmente el círculo polar!

Durante aquella jornada los esfuerzos de la tripulación fueron casi inútiles. El *Forward*, lanzado a todo vapor contra los hielos no pudo separarlos, y hubo necesidad de anclar durante la noche.

El sábado la temperatura bajó aún más, el tiempo se serenó y se hizo una gran visibilidad sobre aquellas llanuras deslumbrantes.

Al anochecer, el *Forward* había logrado avanzar varios kilómetros hacia el Norte, gracias a la actividad de los marineros y a la habilidad de Shandon. A las doce de la noche había traspasado el paralelo 66.

Pero entonces la mole de hielos, se puso en movimiento. Los *icebergs* salían, al parecer de todas partes y el bergantín estaba encallado en una serie de escollos movedizos cuya fuerza de aplastamiento era irresistible. Garry, el mejor conductor, se puso en el timón. Las montañas heladas tendían a juntarse detrás del bergantín. Aumentaba las dificultades la imposibilidad en que se hallaba Shandon de fijar la

dirección del buque en medio de aquellos puntos cambiantes que no ofrecían ninguna referencia estable.

Los tripulantes se dividieron en dos grupos, uno de estribor y otro de babor, y cada marinero, armado de una larga pértiga con punta de hierro hacía lo posible por rechazar los témpanos más amenazadores. El *Forward* entró en un pasadizo estrecho, entre dos altos cerros de hielo. Pronto se vio que esa garganta no tenía salida. Un enorme témpano, atascado en el canal, avanzaba rápidamente hacia el *Forward*, y era imposible retroceder.

Shandon y Johnson, de pie en el puente de mando, consideraban su posición. Shandon con la mano derecha indicaba al timonel la dirección que debía seguir, y con la izquierda transmitía a Wall las órdenes para maniobrar la máquina.

El peñón de hielo, que no tenía menos de treinta metros de altura, amenazaba caer sobre el *Forward* y hacerlo astillas.

Pen lanzó un terrible juramento.

—¡Silencio! —gritó una voz que fue imposible reconocer en medio del huracán.

El monte flotante pareció precipitarse sobre el bergantín. Los marineros, soltaron sus pértigas y se echaron atrás.

De pronto se oyó un espantoso estruendo. Una manga de agua cayó sobre la cubierta levantando una ola enorme. La tripulación lanzó un grito de terror, mientras Garry aferrado al timón, logró mantener al *Forward* en buen rumbo.

Cuando las miradas se volvieron hacia las montañas de hielo, ésta había desaparecido. El paso estaba libre, y, más allá, un largo canal, alumbrado por los rayos oblicuos del sol, permitía al bergantín proseguir su ruta.

—Bueno, doctor Clawbonny —dijo Johnson—, ¿me puede explicar lo que pasó?

—Es muy sencillo, —respondió el doctor—. Cuando esas moles flotantes se desprenden unas de otras en la época del deshielo, vagan perfectamente equilibradas. Pero poco a poco se acercan al Sur, donde el agua es relativamente más caliente; su base, sacudida por el choque de otros témpanos, empieza a derretirse y llega el momento en que pierden su centro de gravedad. Entonces se derrumban. Si este *iceberg* hubiera demorado en desplomarse dos minutos más, habría aplastado al barco.

# Nuevas Órdenes

Una vez pasado el círculo polar, vino una jornada tranquila y la tripulación pudo descansar.

Ningún incidente nuevo se habría registrado ese día si no se hubiera producido a bordo este hecho extraordinario:

A las seis de la mañana, Ricardo Shandon, al entrar en su camarote después de su guardia, encontró una carta con esta dirección:

Al comandante Ricardo Shandon, a bordo del *Forward*.  
Mar de Baffin.

Shandon mandó llamar inmediatamente al doctor, a James Wall y al contramaestre, y les mostró la carta.

—¡Curioso! —dijo Johnson.

—¡Magnífico! —gritó Clawbonny.

—¡Al fin —exclamó Shandon— conoceremos el secreto!...

Rompió el sobre y leyó:

Comandante:

El capitán del *Forward* está satisfecho de la habilidad y valentía que sus marineros, y oficiales han mostrado en las últimas circunstancias. Le ruego manifestar a la tripulación mis felicitaciones.

Diríjase derecho al Norte hacia la bahía de Melville y desde ahí haga lo posible para entrar en el estrecho de Smith.

El capitán del *Forward*, K.Z.  
Lunes, 30 de abril, atravesando el cabo Walshingham.

—¿Nada más? —preguntó el doctor.

—Nada —respondió Shandon y la carta se le cayó de las manos.

—Bueno —dijo Wall—, ese capitán fantasma no muestra deseos de venir a bordo, por lo que deduzco que no vendrá.

—¿Pero cómo ha llegado su carta? —preguntó.

—Wall tiene razón —respondió el doctor, que había recogido la carta—; el capitán no vendrá a bordo por una sola razón.

—¿Por cuál? —preguntó Shandon.

—Porque está ya —respondió el doctor.

—¡Está! —exclamó Shandon—. ¿Qué quiere decir?

Johnson movió la cabeza en señal de aprobación.

—¡No es posible! —dijo Shandon con energía—. Conozco a todos os hombres. Suponer que el capitán se halla entre ellos desde que zarpó el buque es inadmisibile.

—Es posible —dijo Wall— que se encuentre en la tripulación alguien de su confianza que haya recibido instrucciones suyas.

—¿Pero quién? —preguntó Shandon—. Insisto en que yo los conozco a todos desde hace mucho tiempo.

—En fin —repuso James Wall—, si es que el tal capitán existe, yo no veo en las costas de Groenlandia más que los establecimientos de Disko o de Uppernawik en que pueda aguardarnos, y, por consiguiente, dentro de algunos días sabremos a qué atenernos.

—¿No va a dar a conocer la carta a la tripulación? —preguntó el doctor a Shandon.

—Con el permiso del comandante —dijo Johnson—, yo en su lugar no lo haría.

—¿Por qué? —preguntó Shandon.

—Porque todo lo que hay en ella de fantástico puede influir en el ánimo de nuestros marineros... Se hallan ya muy inquietos por la suerte de la expedición. Si se les refuerza la creencia en intervenciones sobrenaturales los efectos serán tan negativos que en el momento crítico no podremos contar con ellos para nada.

—Y a usted doctor, ¿qué le parece? —preguntó Shandon.

—Me parece —respondió el doctor— que Johnson tiene razón.

—¿Y usted, James?

—Me adhiero a la opinión de esos señores —dijo el interpelado.

Shandon pensó algunos instantes, y volvió a leer con atención la carta.

—Señores —dijo— la opinión de ustedes es muy buena, pero no puedo adoptarla.

—¿Y por qué? —preguntó el doctor.

—Porque las instrucciones de esta carta son claras y me mandan poner en conocimiento de la tripulación las felicitaciones del capitán. Hasta ahora he obedecido sus órdenes, y no puedo dejar de seguir haciéndolo.

—¿Quiere que reúna a la tripulación sobre cubierta? —preguntó Johnson.

—¡Hágalo! —ordenó Shandon.

Los marineros llegaron sin demora a su puesto de revista, y el comandante les leyó en voz alta la carta misteriosa.

Escucharon en extraño silencio aquella lectura. Luego se separaron entregándose a mil suposiciones. Clifton se dejó llevar por todas las fantasías de su imaginación supersticiosa. La parte que en el acontecimiento le atribuyó al *perro-capitán* fue considerable, y ya nunca dejó de saludarlo cuando por casualidad lo encontraba.

—Yo lo decía —repetía a quien quisiera escucharlo—. Ese perro sabe escribir.

Para todos era evidente que, a falta de capitán, un espíritu velaba a bordo.

El 1 de mayo, al mediodía, la observación dio una latitud de 68 grados y una

longitud de 56 grados y 32'. La temperatura había subido y el termómetro marcaba 4 grados centígrados.

Durante la noche doblaron el cabo Chidley, bajo la influencia de un viento favorable, y luego vieron levantarse en el horizonte las elevadas montañas de la isla Disko, llamada también la isla de la Ballena.

Había en las costas numerosos témpanos de aquellos que los más fuertes deshielos no llegan a derribar, y esa sucesión continua de cimas heladas mostraba las formas más extrañas.

Al día siguiente, a eso de las tres, se vio surgir al Nordeste Sanderson Hope. La tierra quedó a unos veinticuatro kilómetros y las montañas parecían cubiertas de un polvo rojizo. Al amanecer, muchas ballenas nadaban entre los témpanos.

Durante la noche del 3 al 4 de mayo el doctor pudo ver por primera vez el sol tocando el último extremo del horizonte, sin hundir en él su disco luminoso. Desde el 31 de enero, sus órbitas se fueron prolongando hasta que reinó una claridad continua.

Nadie es capaz de imaginar hasta qué punto la oscuridad de la noche es necesaria para la salud de los ojos. El doctor experimentaba un verdadero dolor para habituarse a aquella luz persistente.

El 5 de mayo el *Forward* pasó más allá del paralelo 72 grados. Al día siguiente, el bergantín, llegó a Uppernawik, el establecimiento más nórdico que en aquellas costas posee Dinamarca.

# Navegación Riesgosa

Shandon, junto al doctor Clawbonny, a Johnson, Foker y Strong, el cocinero, se trasladaron a la playa en la ballenera.

El gobernador, su mujer y sus cinco hijos, todos esquimales, se presentaron a los visitantes. El doctor hablaba el danés lo suficiente para establecer relaciones amistosas. Además, Foker, intérprete de la expedición, manejaba unas veinte palabras de la lengua groenlandesa, y con eso se puede hacer algo.

El gobernador, nacido en la isla de Disko, no había salido nunca de su país natal. Dio la bienvenida a los recién llegados en nombre de su ciudad, que se componía de tres casas de madera para su familia y el ministro luterano, de una escuela, y de almacenes que se abastecían con los restos rescatados de los buques náufragos. Lo demás consistía en *iglus*, especie de cabañas de nieve en que los esquimales entran a rastras por la única abertura que tienen a manera de puerta.

Gran parte de la población salió al encuentro del *Forward*, y más de un esquimal fue hasta el medio de la bahía, en su *kaiak*.

Por sus vestidos aceitosos de piel de foca, por sus botas del mismo material, era fácil distinguir a un esquimal. La lepra hacía estragos en muchas de sus tribus y las señales de esa horrible enfermedad eran evidentes en algunos de estos hombres.

El ministro luterano y su mujer se hallaban en visita por Proven, al sur de Uppernawik, por lo tanto, el doctor sólo podía conversar con el gobernador, que no era, desde luego, muy instruido.

El médico, sin embargo, lo interrogó sobre el comercio y las costumbres de los esquimales y supo, por medio del lenguaje de los gestos, el valor de las focas, puestas en Copenhague.

Entretanto, Shandon, siguiendo las instrucciones del misterioso capitán, se procuraba medios de transporte por los hielos. Tuvo que pagar cuatro libras por un trineo y seis perros. Aún así, le costó trabajo vencer la resistencia que sentían los esquimales a deshacerse de ellos.

Shandon quería reclutar además a Hans Christian, un hábil conductor de perros con experiencia en expediciones polares; pero éste se hallaba entonces en la Groenlandia meridional.

Entonces se comenzó a averiguar si se hallaba en Uppernawik un europeo que esperaba el paso del *Forward*. ¿Tenía el gobernador conocimiento de que un extranjero, probablemente inglés, se hubiera establecido en esos parajes?

A esta pregunta el gobernador respondió que hacía más de diez meses ni un solo extranjero desembarcaba en aquella parte de la costa.

Shandon averiguó los nombres de los balleneros que habían llegado últimamente, y no reconoció ninguno.

—¡Nadie en el cabo Farewell! ¡Nadie en la isla Disko! ¡Nadie en Uppernawik! —exclamó.

—Agregue dentro de algunos días: ¡Nadie en la bahía de Melville!, y entonces Shandon, lo saludaré como único capitán del *Forward* —dijo el doctor.

La ballenera volvió al buque al anochecer con los expedicionarios. Strong, se había procurado algunas docenas de huevos de ánades, dos veces mayores que los de gallina y de un color verdoso, lo que no dejaba de ser algo para una tripulación sometida al régimen de carne salada.

Al día siguiente el viento se hizo favorable, sin embargo Shandon no dio orden de aparejar. Quiso esperar un día más, dejando para tranquilidad de su conciencia, que cualquier ser humano tuviera el tiempo suficiente para subir a bordo del *Forward*. Hizo más: mandó que la pieza de artillería disparara uncañonazo por hora. El disparo tronaba con estrépito en medio de los *icebergs*; pero no consiguió más que asustar a las bandadas de aves boreales. Por la noche se lanzaron al aire, también en vano, varios cohetes. Al fin tuvo que decidirse a partir.

El 8 de mayo, a las seis de la mañana, el *Forward*, perdía de vista el establecimiento de Uppernawik, y aquellas sucias estacas de las que cuelgan, a lo largo de la playa, intestinos de focas y de gamos.

El reflejo del sol en la nieve afectó a varios marineros. Wolsten, el armero, Gripper, Clifton y Bell, fueron atacados por la enfermedad de los ojos, común en primavera, que ocasiona a veces casos de ceguera entre los esquimales. El doctor aconsejó a los enfermos y a todos sus compañeros, que se taparan la cara con un velo de gasa verde.

Los perros comprados en Uppernawik por Shandon eran bastante salvajes, sin embargo, se aclimataron a bordo, y *Capitán* hizo con sus congéneres buena amistad. Conocía, al parecer, sus costumbres. Clifton observó que *Capitán* debía haber tenido ya relaciones con esos perros de Groenlandia. Estos, siempre hambrientos y reducidos en tierra a una alimentación insuficiente, no pensaban más que en desquitarse con la comida de a bordo.

El 9 de mayo el *Forward* pasó a escasa distancia de la más occidental de las islas Baffin. El doctor observó varias rocas de la bahía entre las islas y la tierra firme, cubiertas de una nieve roja a la cual se ha atribuido origen vegetal. Clawbonny hubiera querido examinar más de cerca aquel singular fenómeno pero el hielo no permitía acercarse al litoral.

Desde Uppernawik la tierra ofrecía un aspecto distinto. Enormes témpanos se perfilaban en el horizonte. El día 10, el *Forward* dejó a la derecha la bahía de Higston, cerca de los 74 grados de latitud e ingresó al canal de Lancaster.

La inmensa extensión de agua desapareció bajo vastos campos de hielo. Shandon mandó encender los hornos, y hasta el 11 de mayo el *Forward* culebreó por los



estrechos marcando la atmósfera, con su humo negro.

No tardaron en presentarse nuevos obstáculos. Los pasadizos se cerraban a causa de la incesante dislocación de las masas flotantes. A cada instante el agua parecía esfumarse ante la proa del *Forward*. Todos sabían que si el barco llegaba a quedar cogido entre los hielos, le sería difícil desprenderse.

Así es que a bordo de ese buque, sin destino conocido, que procuraba avanzar hacia el norte, se manifestaron algunos síntomas de descontento. Entre aquella gente habituada a una existencia de peligros, muchos habían olvidado las ventajas ofrecidas. Reinaba ya en los ánimos cierta desmoralización que crecía con los temores supersticiosos de Clifton y las incitaciones de dos o tres agitadores, como Pen, Gripper, Ware y Wolsten.

A las inquietudes de la tripulación se agregaron entonces intolerables fatigas, porque el 12 de mayo el bergantín se encontró encerrado en todas las direcciones. Fue necesario abrirse camino en los campos de hielo. El manejo de la sierra era penoso en aquellas superficies heladas que medían hasta dos metros de espesor. Era necesario, entonces, cortar el hielo e introducir cuñas en él y luego separar los trozos mediante pértigas. En el canal así practicado el barco avanzaba penosamente.

Cuando los marineros tienen que vérselas con un hombre enérgico, audaz, convencido de que sabe lo que quiere, que sabe a dónde va y qué objeto persigue, la confianza los sostiene: se hallan unidos a su jefe, y se sienten fuertes y tranquilos. Pero a bordo del bergantín se veía que el comandante cavilaba delante de un destino desconocido. A pesar de la energía de su carácter, su abatimiento se delataba por variaciones de órdenes, maniobras incompletas, reacciones intempestivas y mil detalles que no podían pasar desapercibidos a la tripulación.

Además, Shandon no era el capitán del buque, es decir, el amo después de Dios. Eso era una razón suficiente para que se llegara a discutir sus órdenes, y de la discusión a la desobediencia no hay más que un paso.

Los descontentos se ganaron muy pronto al primer maquinista, que hasta entonces había sido muy disciplinado y dedicado al cumplimiento de su deber.

El 16 de mayo el buque estaba amenazado de quedar cogido por los hielos hasta la estación próxima, lo que era grave.

A las ocho de la noche, Shandon y el doctor, acompañados del marinero Garry, bajaron a caminar por las inmensas llanuras. Procuraron no alejarse demasiado del buque porque era difícil encontrar puntos de referencia en aquellas soledades blancas, cuyo aspecto variaba incesantemente. La refracción producía extraños efectos, que jugaban malas pasadas al doctor. Donde creía que no tenía que dar más que un salto de medio metro, debía, en realidad, darlo de metro y medio y el resultado era casi siempre una caída contra aquellas llanuras de hielo, duras y aceradas.

Shandon y sus dos compañeros avanzaron en busca de pasos practicables. A cinco

kilómetros del buque pudieron ganar la cima de un *iceberg* que mediría unos cien metros de altura. Desde allí observaron aquel hacinamiento desolado, parecido a las ruinas de una ciudad gigantesca, con sus obeliscos caídos, sus torres derribadas y sus palacios destrozados. El sol avanzaba penosamente por un horizonte erizado de formas heladas y arrojaba largos rayos oblicuos de una luz sin calor.

El mar parecía inmóvil hasta donde podía alcanzar la mirada.

—¿Cómo pasaremos? —preguntó el doctor.

—No sé —respondió Shandon—; pero pasaremos, aunque tenga que recurrir a la pólvora para volar esas montañas; no seré yo quien quede prisionero de los hielos hasta la primavera próxima.

—Así se habla —dijo el doctor—. Yo no he sabido nunca volver atrás y aunque supiera que el regreso es imposible, diría que es preciso avanzar a toda costa.

—¿Y usted Garry, qué opina? —preguntó Shandon al marinero.

—Comandante, yo iría también siempre adelante. Pero haga lo que mejor le parezca; mande y obedeceremos.

—No hablan todos como usted, Garry —repuso Shandon—; no todos se hallan dispuestos a obedecer, ¿no es así?

—Yo le manifesté mi parecer, comandante —dijo Garry con frialdad— pero no está obligado a seguirlo.

Shandon no contestó, observó atentamente el horizonte, y volvió a bajar con sus compañeros al campo de hielo.

# Crece el pulgar del diablo

Mientras el comandante se ausentó, los tripulantes habían ejecutado varios trabajos para poner al buque en condiciones de evitar la presión de los campos de hielo. Pen, Clifton, Bolton, Gripper y Simpson se ocuparon de esa penosa faena, y el fogonero y los maquinistas tuvieron que ayudarles porque era su obligación desempeñar las funciones de marinero en todas las labores de a bordo, desde el momento en que cesaba el servicio de la máquina.

Pero eso los ponía de muy mal humor.

—No puedo más —dijo Pen— si dentro de tres días no ha llegado el deshielo, juro que me cruzo de brazos.

—¡Cruzarte de brazos! —respondió Gripper—. Más vale que los emplees en volver atrás. ¿Crees acaso que nos resignaremos a invernar aquí?

—¡Buen invierno pasaríamos! —dijo Pen.

—¿Y quién nos asegura —dijo Brunton— que en la primavera próxima estará el mar más libre que ahora?

—No se trata de la primavera próxima —replicó Pen— hoy es jueves, si el domingo no está libre el camino, nos volvemos hacia el Sur.

—¡Bien dicho! —apoyó Clifton.

—¿Les parece bien? —preguntó Pen.

—Perfecto —respondieron sus camaradas.

—El domingo lo veremos —dijo Wolsten.

—No espero más que la orden —repuso Brunton— y pondré a punto la caldera.

—Nosotros mismos la calentaremos —añadió Clifton.

—Si algún oficial —agregó Pen— quiere darse el gusto de invernar aquí, dejémoslo tranquilo. No les será difícil construirse un iglú para vivir como un verdadero esquimal.

—Nada de eso, Pen —replicó Brunton— no vamos a abandonar a nadie. Yo creo, además, que el comandante entenderá por las buenas.

—No lo sabemos —repuso Plever—. Shandon es hombre duro y porfiado algunas veces.

—¡Cuándo pienso —repuso Bolton— que dentro de un mes podríamos hallarnos en Liverpool! Pasaremos rápidamente la línea de hielos. El paso del estrecho de Davis quedará abierto a principios de junio, y no tendremos más que dejarnos llevar al Atlántico.

—Además —repuso el prudente Clifton— si llevamos al comandante y actuamos bajo sus órdenes nuestros sueldos nos serán puntualmente pagados. En cambio si volvemos solos, sabe Dios lo que pasará.

—Clifton habla como un sabio. Lo más conveniente es no abandonar a nadie —

concluyó Brunton.

—Pero ¿y si los oficiales se niegan a seguirnos? —preguntó Pen, que quería arrastrar a sus camaradas al último extremo.

—Veremos cuando llegue la ocasión —replicó Bolton— nos bastará hacer que Shandon se adhiera a nuestra causa, y eso no será difícil.

—Hay alguien, sin embargo, a quien yo de buena gana dejaría aquí —dijo Pen.

—¡Al perro! —adivinó Plever.

—Sí, al perro, no tardará en pagármelas todas juntas.

—Tanto más —replicó Clifton, volviendo a su tema favorito cuanto que el perro es la causa de nuestras desdichas.

—Es él quien nos trae mala suerte —dijo Plever.

—Él es quien —replicó Wolsten— ha amontonado hielos como nunca se habían visto en esta época del año.

—Él me ha hecho enfermar de los ojos —dijo Brunton.

—Él suprimió el gin y el brandy —replicó Pen.

—¡Él es la causa de todo! —gritaron todos con la imaginación cada vez más exaltada.

—Sin contar —replicó Clifton— con que él es el capitán.

—¡Pues bien, capitán maldito —exclamó Pen—, si has querido venir aquí, aquí te quedarás!

—¿Pero cómo nos desharemos de él? —preguntó Plever.

—La ocasión no puede ser mejor —respondió Clifton—. El comandante no está a bordo; el teniente duerme en su camarote y la niebla es bastante espesa para que Johnson pueda descubrirnos.

—¿Pero el perro...? —exclamó Pen.

—*Capitán* duerme en este momento junto al pañol del carbón —respondió Clifton—, y si alguno quiere actuar...

—Yo me encargo —respondió Pen.

—¡Cuidado, Pen! Tiene dientes capaces de romper una barra de hierro.

—Si resiste lo parto en dos —replicó Pen, sacando su cuchillo y partió seguido de Warren.

—Pronto los dos volvieron cargados con el animal, que tenía atado el hocico y sujetas las patas. Lo habían sorprendido durmiendo, y el pobre perro no pudo escapar.

—¿Y ahora qué vas a hacer de él? —preguntó Clifton.

—Ahogarlo —contestó Pen.

A doscientos pasos del buque había un agujero de focas, una hendidura circular que estos anfibios practican con sus dientes siempre del interior al exterior. Por ella la foca sale a la superficie del hielo para respirar, y procura impedir que el orificio se cierre, porque la disposición de sus dientes no le permite hacerlo de fuera adentro, y

en un momento de peligro no podría escapar de sus enemigos.

Pen y Warren fueron hasta la grieta y metieron en ella al perro. Después colocaron un enorme témpano sobre la abertura, de manera que el animal quedó sin salida y como tapiado dentro de esa prisión líquida.

—¡Buen viaje, capitán! —exclamó el brutal Pen.

Pocos instantes después, Pen y Warren volvían a bordo. Johnson no había visto ni un solo detalle de la ejecución. La niebla se condensó alrededor del buque, y la nieve empezó a caer con fuerza.

Una hora después, Shandon, el doctor y Garry volvían a bordo del *Forward*.

Shandon había avistado hacia el Nordeste un paso, que resolvió aprovechar. Dio las órdenes respectivas y la tripulación obedeció. Quería hacer comprender a Shandon la imposibilidad de ir más adelante, y además le quedaban aún tres días de obediencia.

Durante parte de la noche y del día siguiente, los trabajos de arrastre se hicieron con gran empeño, lo que permitió al *Forward* ganar cerca de tres kilómetros hacia el Norte. El 18 se hallaba a la vista de tierra, cerca de un pico cuya extraña forma le había valido el nombre de Pulgar del Diablo.

La rara fisonomía del paisaje con el Pulgar del Diablo erguido en medio, las cercanías desiertas y desoladas, y los grandes grupos de *icebergs* entre los cuales había algunos que tenían más de cien metros de elevación; hacían espantosamente triste la posición del *Forward*. Shandon comprendió que era necesario sacarlo de allí y llevarlo más lejos. Veinticuatro horas después, según sus cálculos, había podido desviarse unos tres kilómetros de ese lugar funesto.

Pero Shandon sentía de todas formas que el miedo se iba apoderando de él y paralizaba su energía. Por obedecer las instrucciones del capitán desconocido y seguir adelante, había colocado el buque en una situación peligrosa. El arrastre desesperaba a los marineros. Se necesitaban más de tres horas para abrir un canal de siete metros de longitud en un hielo que tenía comúnmente uno o dos metros de espesor. La moral de la tripulación empezaba a quebrarse. Shandon notó con asombro el silencio de los marineros. Su insólita obediencia parecía ser la calma precursora de una tempestad.

La desesperación se apoderó completamente de su ánimo cuando se dio cuenta de que, a consecuencia de un movimiento insensible del campo de hielo, el *Forward* perdió durante la noche del 18 al 19 todo lo que había avanzado a costa de tantas fatigas. El sábado por la mañana estaba otra vez delante del Pulgar del Diablo, siempre amenazador, y en una posición aún más crítica. Los *icebergs* se multiplicaban y pasaban por entre la niebla como fantasmas.

Shandon quedó completamente abatido. El terror penetró en su corazón. Había oído decir algo acerca de la desaparición del perro, pero no se atrevió a castigar a los culpables por miedo de provocar un motín.

El tiempo fue horrible durante aquella jornada. La nieve caía en espesos copos, y envolvía al bergantín en un velo impenetrable. Algunas veces, a causa del huracán, la niebla se desgarraba y el Pulgar del Diablo aparecía como un espectro.

El *Forward* estaba anclado sobre un inmenso témpano. No había nada que hacer. Era imposible moverlo. La oscuridad iba en aumento, y el timonel no veía a James Wall, que hacía su guardia en la proa.

Shandon se retiró a su camarote, mientras el doctor ponía en orden sus apuntes de viaje. La mitad de los hombres de la tripulación permanecían sobre cubierta y la otra mitad en la sala común.

En un momento en que el huracán redobló su violencia, el Pulgar del Diablo comenzó a crecer desmesuradamente en medio de la niebla.

—¡Dios mío! —exclamó Simpson retrocediendo espantado.

—¿Qué pasa? —dijo Foker.

—Luego se oyeron exclamaciones que salían de todas partes. ¡Nos va a aplastar!

—¡Estamos perdidos!

—¡No hay salvación para nosotros!

Todos los hombres de guardia gritaron a un tiempo.

Wall se precipitó hacia la popa; Shandon, seguido del doctor, apareció en cubierta y miró.

Entre la niebla desgarrada, el Pulgar del Diablo parecía acercarse al bergantín, y había, en apariencia, crecido de una manera fantástica. En su cima se levantaba un segundo cono invertido, que giraba alrededor de su punta y amenazaba aplastar al buque con su enorme mole. Era un espectáculo espantoso. Todos retrocedieron automáticamente y varios marineros saltaron al hielo y abandonaron el bergantín.

—¡Qué nadie se mueva! —gritó el comandante. ¡Todos a sus puestos!

—¡No teman amigos —dijo el doctor—; no hay peligro! ¡Mire, señor Wall! Es sólo un efecto de espejismo.

—Tiene razón, señor Clawbonny —replicó el contramaestre Johnson— estos ignorantes se han dejado intimidar por una sombra.

Después de eso, la mayor parte de los marineros se agruparon y pasaron del miedo a la admiración de aquel maravilloso fenómeno, que no tardó en disiparse.

—¡Ellos le llaman espejismo a eso! —dijo Clifton—. Pero yo estoy seguro de que es cosa del diablo.

—Indudablemente —le respondió Gripper.

La niebla, al entreabrirse había permitido ver un paso libre que tendía a separarse de la costa. Shandon resolvió aprovecharse sin demora de aquella circunstancia favorable. Los marineros se colocaron a uno y otro lado del canal y empezaron a remolcar el buque tirando de largas cuerdas.

Durante muchas horas esta maniobra de arrastre se ejecutó silenciosamente.

Shandon había mandado encender los hornos para aprovechar aquel pasadizo.

—Es una casualidad providencial —dijo a Johnson—. Si podemos ganar, aunque no sean más que unos pocos kilómetros, tal vez lleguemos al fin de nuestras penas. ¡Brunton, active el fuego!

De pronto, el bergantín dejó de avanzar.

—¿Qué pasa? —preguntó Shandon—. ¿Se han roto los cables de remolque?

—No, capitán —respondió Wall asomándose por la borda—. Pero los marineros se encaraman por los costados del bergantín. Hay algo que los aterroriza.

—¿Qué sucede? —exclamó Shandon corriendo hacia la proa.

—¡A bordo, a bordo! —gritaban los marineros como enloquecidos.

Shandon miró hacia el Norte, y se estremeció.

Un animal monstruoso cuya lengua humeante salía de una boca enorme, saltaba a escasa distancia del buque. Parecía tener más de siete metros de altura; sus pelos se erizaban y perseguía a los marineros, mientras su formidable cola, que tenía tres metros de largo, barría la nieve.

—¡Es un oso! —gritó un marino.

—¡Es la bestia del Apocalipsis! —dijo otro, despavorido.

Shandon corrió a su camarote en busca de un fusil que tenía siempre cargado; el doctor cogió también sus armas y se preparó para hacer fuego a aquel animal que por su porte recordaba a los cuadrúpedos antediluvianos.

El monstruo se acercó dando saltos inmensos. Shandon y el doctor dispararon al mismo tiempo. De pronto las detonaciones de sus armas, al sacudir las capas de la atmósfera, produjeron un efecto inesperado.

El doctor miró con atención, y no pudo contener una carcajada.

—¡La refracción! —dijo.

—¡La refracción! —exclamó Shandon.

Pero una exclamación terrible de los marinos los interrumpió.

—¡El perro! —gritó Clifton.

—¡El *perro-capitán*! —repitieron sus camaradas.

—¡Él, siempre él! —exclamó Pen.

Efectivamente, el animal, rompiendo sus ligaduras, había podido volver a la superficie del hielo por algún otro orificio. En aquel momento la refracción, por un fenómeno común de aquellas latitudes, le daba dimensiones formidables, que el sacudimiento del aire disipó; pero el efecto fatal permaneció en el ánimo de los marineros, poco dispuestos a admitir la explicación racional del hecho.

La aventura del Pulgar del Diablo y la reaparición del perro, terminaron de drenar el ánimo de los marinos y en todas partes no se escuchaban más que murmullos de descontento.

# Aparece el Capitán Hatteras

Impulsado por sus máquinas a vapor el *Forward* avanzó rápidamente entre las montañas de hielo. Johnson se puso al timón. Shandon observaba el horizonte con sus anteojos, pero su alegría fue efímera porque no tardó en reconocer que el pasadizo desembocaba en un anfiteatro de montañas.

Sin embargo, a las dificultades de retroceder, prefirió los peligros de seguir avanzando.

El perro seguía al bergantín corriendo por la llanura helada, manteniéndose a una distancia bastante considerable. Cada vez que se detenía se oía un silbido singular, que lo obligaba a seguir su marcha.

La primera vez que sonó el silbido los marineros miraron alrededor. Estaban solos en el puente, sin que hubiera ninguna persona desconocida; sin embargo, el silbido se repitió varias veces.

Clifton fue el primero que se mostró alarmado.

—¿Oyen? —dijo—. ¿Y no ven cómo salta el animal cada vez que se le silba?

—Parece cosa del otro mundo —respondió Grippen.

—¡Se acabó! —dijo Pen—; yo no doy un paso más.

—Pen tiene razón —manifestó Brunton—; estamos tentando a Dios.

—O al diablo —respondió Clifton—. Prefiero perder todo mi sueldo a dar un paso más.

La tripulación había llegado al más alto grado de desmoralización.

—¡Ni un paso más! —gritó Wolsten—. ¿Estamos todos de acuerdo?

—¡Sí, sí! —contestaron los marineros.

—Bien —dijo Bolton—, vamos a ver al comandante; yo me encargo de hablarle.

Los marineros se dirigieron hacia la popa.

El *Forward* penetraba en un vasto semicírculo de unos 250 metros de diámetro, que estaba completamente cerrado, exceptuando la abertura por la cual llegaba el buque.

Shandon comprendió que avanzaba hacia una prisión de hielo, pero ¿qué podía hacer?, ¿cómo retroceder?

El doctor contemplaba las murallas de hielo, cuya altura superaba los cien metros. Entonces Bolton se dirigió a Shandon.

—Comandante —le dijo— no podemos ir más lejos.

—¿Cómo? —respondió Shandon indignado.

—Decimos, comandante —repuso Bolton—, que nosotros hemos hecho lo suficiente por ese capitán invisible, y estamos decididos a no ir más lejos.

—¿Están decididos? —exclamó Shandon—. ¡Cuidado Bolton!

—Sus amenazas son inútiles —respondió Pen—, no nos harán ir más allá.



Shandon iba a atacar a los marineros rebeldes cuando el contramaestre, acercándose, le dijo en voz baja:

—Comandante, si queremos salir de aquí no podemos perder un minuto. Un *iceberg* avanza hacia el pasadizo; puede cerrarnos toda salida y dejarnos aprisionados.

Shandon examinó la situación.

—Ya me darán cuenta de su conducta —dijo a los amotinados—. Ahora, ¡avanzar a toda máquina!

Los marineros se precipitaron a sus puestos. El *Forward* partió rápidamente; los hornos se cargaron de carbón; precisaba ganar en velocidad a la montaña flotante. Había una lucha empeñada entre el bergantín y el *iceberg*; el primero corría hacia el Sur para pasar y el segundo hacia el Norte para cerrar el paso.

—¡A todo vapor! —gritó Shandon.

El *Forward* se deslizó en medio de los témpanos dispersos que su proa hacía pedazos. El casco del buque se estremecía, y el manómetro indicaba una presión tremenda del vapor.

—¡Cierren las válvulas! —exclamó Shandon.

El maquinista obedeció, exponiéndose a hacer saltar el buque.

Pero todos esos esfuerzos fueron inútiles. El *iceberg*, cogido por una corriente submarina, marchó con mayor rapidez hacia el pasadizo y entrando como una cuña en su boca, se adhirió con fuerza a las montañas inmediatas y cerró toda salida.

—¡Estamos perdidos! —gritó Shandon, descontrolado.

—¡Perdidos! —repitió la tripulación.

—¡Sálvese quien pueda! —dijeron unos.

—¡Al agua los botes! —exclamaron otros.

—¡A la despensa! —gritaron Pen y algunos otros de su ralea—. Si hemos de morir ahogados, ahoguémonos en ginebra.

El desorden llegó al colmo. Shandon estaba fuera de sí. Quiso imponerse; balbuceó y no encontró palabras con qué expresarse. El doctor se paseaba con agitación. Johnson resignado, callaba.

De pronto se oyó una voz fuerte e imperiosa, que pronunció estas palabras:

—¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Cierra timón!

Johnson se estremeció y, casi sin pensarlo, hizo girar rápidamente la rueda del gobernalle. La maniobra fue oportuna puesto que el bergantín, lanzado a todo vapor, iba a estrellarse contra las paredes de hielo que le cerraban el paso.

Mientras Johnson obedecía instintivamente, Shandon, Clawbonny, la tripulación, todos, hasta el fogonero Warren, que abandonó las calderas y el negro Strong se encontraron reunidos en cubierta, y todos vieron salir de aquel camarote, cuya única llave guardaba el misterioso capitán, a un hombre: al marinero Garry.

—¡Señor! —exclamó Shandon palideciendo—. Garry... usted... ¿con qué derecho manda aquí?

—¡*Duck!* —dijo Garry, repitiendo el silbido que tanto había intrigado a la tripulación.

El perro llamado por su verdadero nombre, saltó a cubierta y se echó a los pies de su amo.

La tripulación no decía una palabra. Aquella llave que debía poseer únicamente el capitán del *Forward*, ese perro, enviado por él, y que venía en cierto modo a comprobar su identidad, el tono de mando, que no era posible desconocer, todo obró en el ánimo de los marineros y fue suficiente para establecer la autoridad de Garry.

Además, Garry estaba irreconocible. Se había quitado las anchas patillas que enmarcaban su rostro y su semblante resultaba aún más enérgico e imperioso. Vestido con el traje propio de su rango, que tenía guardado en su camarote, aparecía con las insignias de mando.

La tripulación del *Forward*, impresionada a pesar suyo, exclamó al unísono:

—¡Viva! ¡Viva el capitán!

—Shandon —dijo éste a su segundo— haga formar a la tripulación; voy a revistarla.

Shandon obedeció, dando órdenes con voz alterada. El capitán se colocó delante de sus oficiales y de sus marineros, diciendo a cada cual lo que le convenía decirle según su conducta pasada.

Cuando terminó la inspección se volvió a la popa, y con voz tranquila dijo lo siguiente:

—Oficiales y marineros, yo soy un inglés como ustedes y mi lema es el del almirante Nelson: *Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber*. Como inglés, no quiero que otros vayan a donde nosotros no hemos llegado. Como inglés no toleraré que otros obtengan la gloria de elevarse más al Norte. Si hay un pie humano que deba pisar el Polo, que ese pie sea el de un inglés. He armado este buque, he consagrado mi fortuna a esta empresa y a ella dedicaré mi vida y las de ustedes, pero nuestra bandera flameará en el Polo boreal del mundo. Tengan confianza. Mil libras esterlinas se les darán desde hoy por cada grado que ganemos hacia el Norte. Estamos en los setenta y dos, y hay noventa. Mi nombre, además, responde por mí. Significa energía y patriotismo. ¡Yo soy el capitán Hatteras!

—¡El capitán Hatteras! —exclamó Shandon.

Este nombre, conocido de todo marino inglés, causó inquietud entre los tripulantes.

—Ahora —repuso Hatteras—, que el bergantín quede anclado en los hielos, que se apaguen los hornos, y que vuelva cada cual a su trabajo. Shandon, tenemos que hablar. Pase a mi camarote con el doctor, Wall y el contramaestre Johnson mande a

romper filas.

Hatteras, sereno y frío, dejó la popa, mientras Shandon hacía anclar el *Forward*.

¿Quién era aquel Hatteras, cuyo nombre ocasionaba en la tripulación una impresión tan profunda?

John Hatteras, hijo único de un cervecero de Londres, que murió seis veces millonario en 1852, abrazó siendo niño la carrera naval a pesar de la fortuna que lo esperaba, y no porque lo atrajera la vocación del comercio marítimo, sino por el instinto de los descubrimientos. Siempre fue su sueño poner el pie donde nadie lo hubiera colocado antes.

A los veinte años poseía una constitución vigorosa, un semblante enérgico, una frente elevada, labios delgados y poco dispuestos a decir palabras inútiles.

Bastaba verlo para decir que era valiente y oírlo para comprender que era fríamente apasionado. Era incapaz de retroceder, y dispuesto a jugarse la vida de los demás con tanta convicción como la propia.

John Hatteras llevaba muy en alto el orgullo británico. Así lo prueba la orgullosa respuesta que dio un día a un francés que con amabilidad dijo delante de él:

—Si no fuera francés, quisiera ser inglés.

—Y yo —respondió Hatteras—, si no fuese inglés quisiera ser inglés.

En 1846, después de viajar por los mares del Sur, Hatteras, intentó por primera vez ganar el Norte por el mar de Baffin, pero no pudo pasar más allá de los 74 grados de latitud. Iba en la corbeta *Halifax*, cuya tripulación tuvo que sufrir terribles tormentos. John Hatteras llevó tan lejos su temeridad, que en adelante los marineros se sintieron poco dispuestos a enrolarse a las órdenes de semejante jefe.

Sin embargo, en 1850, Hatteras consiguió armar la goleta *Farewell*, con veinte hombres decididos principalmente por el alto sueldo que se les ofreció. En esa ocasión fue cuando el doctor Clawbonny entró en contacto epistolar con John Hatteras, a quien no conocía, y pidió formar parte de la expedición, pero el cargo de médico estaba ya ocupado.

La *Farewell*, siguiendo la ruta tomada por el *Neptune* de Aberdeen en 1817, se elevó al Norte de Spitzberg, hasta los 76 grados de latitud. Allí tuvo que invernar, pero fueron tales los padecimientos que ningún tripulante regresó a Inglaterra, excepto Hatteras, que fue recogido por un ballenero danés después de una marcha de más de trescientos kilómetros por los hielos.

La impresión producida por el regreso de un solo hombre fue inmensa. ¿En adelante quién iba a atreverse a seguir a John Hatteras en sus peligrosas expediciones? Él, sin embargo, no perdió la esperanza de lanzarse nuevamente a ellas. Su padre, el cervecero, murió y él quedó en posesión de una fortuna inmensa.

Entonces se produjo un hecho geográfico que dio a Hatteras el golpe más doloroso.

Un bergantín, el *Advance*, tripulado por diecisiete hombres, armado por el comerciante Grinnel, y al mando del doctor Kane, fue enviado en busca de sir John Franklin. Se elevó, en 1853, por el mar Baffin y el estrecho de Smith, hasta más allá de los 82 grados de latitud Norte, mucho más cerca del Polo que todos sus predecesores.

¡Y era un buque americano. Grinnel era americano. Kane era americano!

Es fácil entender el desdén que al inglés inspiraba ese grupo de *yankis*. Hatteras, resolvió ir a toda costa más allá que su competidor, y llegar hasta el mismo Polo.

Hacía dos años que estaba en Liverpool en el más riguroso incógnito. Se hacía pasar por un marinero cualquiera. Reconoció en Ricardo Shandon al hombre que necesitaba y le hizo sus proposiciones por una carta anónima, lo mismo que al doctor Clawbonny. Así el *Forward* fue construido, armado y tripulado, mientras Hatteras ocupaba un nombre falso, pues de otra forma no hubiera encontrado un solo hombre que quisiera acompañarlo. Resolvió no tomar el mando del bergantín sino bajo circunstancias imperiosas, y cuando su tripulación hubiera avanzado lo suficiente como para no retroceder, reservándose, el hacer a su gente nuevas ofertas de dinero para que ni uno solo se negara a seguirlo hasta el fin del mundo.

Y al fin del mundo era, efectivamente donde iban.

Cuando las circunstancias se hicieron críticas, Hatteras no vaciló en darse a conocer.

Su perro, el fiel *Duck*, fue el primero que lo reconoció y, afortunadamente para los valientes y desgraciadamente para los cobardes, quedó bien establecido que el capitán del *Forward* era John Hatteras.

# Los Proyectos de Hatteras

La aparición de este personaje casi legendario fue apreciada en formas diversas por la tripulación. Algunos adhirieron a él incondicionalmente, por interés al dinero o por audacia. Otros decidieron seguirlo atraídos por la aventura, pero se reservaron el derecho de protestar más adelante, comprendiendo cuan difícil era oponerse en esos momentos a un hombre semejante.

El 29 de mayo era domingo y fue para la tripulación día de reposo.

En el camarote del capitán se celebró un consejo de oficiales. Participaron Hatteras, Shandon, Wall, Johnson y el doctor.

—Señores —dijo el capitán—; ustedes conocen mi proyecto de llegar al Polo. Deseo saber sus opiniones sobre esta empresa. ¿Qué le parece, Shandon?

—No me parece nada, capitán —respondió con frialdad Shandon— yo me limito a obedecer.

Entonces Hatteras repuso no menos fríamente:

—Ricardo Shandon, le ruego que se pronuncie sobre nuestras probabilidades de éxito.

—Bien, capitán —dijo Shandon—, por mí responden los hechos: las tentativas de ese género hasta ahora han fracasado.

—¿Y ustedes, señores, qué opinan?

—Yo —respondió el doctor—, creo que el proyecto es practicable, capitán; y como es evidente que algunos navegantes llegarán tarde o temprano al Polo, no veo razón para que los que lleguen no seamos nosotros.

—Tanto más —respondió Hatteras— cuanto que aprovecharemos de la experiencia de nuestros predecesores. Sobre eso, Shandon, debo darle gracias por el buen tacto con que ha conducido el buque.

Shandon se inclinó desdeñosamente. Su posición a bordo del *Forward*, del cual creía ser el jefe, se había desmoronado.

En cuanto a vosotros, señores —añadió dirigiéndose a Wall y a Johnson—, no podría prometerme la ayuda de oficiales más distinguidos por su denuedo y su experiencia.

—Capitán, —respondió Johnson— aunque su aventura me parece algo atrevida, puede contar conmigo hasta la muerte.

—Y conmigo también —dijo James Wall.

—En cuanto a usted, doctor, sé lo que vale.

—Pues sabe más que yo —respondió el doctor.

—Ahora, señores —dijo Hatteras—, es bueno que sepan sobre qué hechos se apoya mi pretensión de llegar al Polo. En 1817, el *Neptune*, de Aberden, se elevó al Norte de Spitzberg hasta los 82 grados. En 1826, Parry, después de su viaje por los

mares polares con barcas-trineos, subió doscientos cuarenta kilómetros hacia el Norte. En 1853, el capitán Inglefield penetró en el estrecho de Smith hasta los 78 grados 35' de latitud. Todos esos buques eran ingleses y estaban tripulados por ingleses, como nosotros.

Hatteras hizo una pausa.

—Debo agregar —repuso con cierta vacilación en la voz— que, en 1854, el americano Kane, mandando el bergantín *Advance*, se elevó más aún, y su teniente Morton, atravesando los campos de hielo, hizo flotar el pabellón de los Estados Unidos más allá de los 82 grados. Pero no hablemos más de eso. Lo que conviene saber es que los capitanes del *Neptune*, del *Enterprise*, del *Isabelle* y del *Advance*, comprobaron que partiendo de aquellas altas latitudes había un mar polar libre de hielos.

—¿Libre de hielos? —exclamó Shandon. ¡Imposible!

—¡Está en un error, Shandon! —exclamó el doctor Clawbonny—. De los hechos geográficos y del estudio de las líneas isotérmicas, resulta evidente que el punto más frío del globo no es el Polo mismo. Los cálculos de Brewster, de Bergham y de otros físicos, demuestran que hay en nuestro hemisferio dos polos del frío, uno situado en el Asia, a los 79 grados 30' de latitud Norte y 120 grados, de longitud Este, y otro situado en América, a los 78 grados de latitud Norte y 97 de longitud Oeste. Este último es el que nos ocupa, y se encuentra a más de 12 grados debajo del Polo. Ahora yo pregunto: ¿por qué en el Polo el mar no ha de poder estar tan libre de hielos como lo está en verano en el 76 grados, es decir, al Sur de la bahía de Baffin?

—Muy bien explicado —comentó Johnson—. El doctor Clawbonny habla de estas cosas como un entendedor.

—Lo que ha dicho parece posible —repuso James Wall.

—¡Quimeras y suposiciones! —replicó Shandon obstinadamente.

—Bien, Shandon —dijo Hatteras— consideremos las dos posibilidades. El mar está o no libre de hielos. En ninguno de los dos casos se nos puede impedir llegar al Polo. Si el mar está libre, el *Forward* nos conducirá a él sin trabajo; si está helado, haremos la expedición en los trineos. Una vez llegados en nuestro bergantín hasta los 83 grados, no tendremos que andar más que novecientos setenta kilómetros para alcanzar el Polo.

—Y qué son novecientos setenta kilómetros —dijo el doctor—. Un cosaco, Alexis Markoff, recorrió en medio del mar Glacial, a lo largo de la costa septentrional del imperio ruso, en trineos tirados por perros, mil trescientos kilómetros en veinticuatro días.

—Ya lo ven —dijo Hatteras—. Siendo ingleses, ¿no hemos de poder hacer, por lo menos, lo mismo que un cosaco?

—¡Claro que sí! —exclamó entusiasta el doctor.

—¡Claro! —repitió el contramaestre.

—¿Qué dice ahora, Shandon? —preguntó el capitán.

—Capitán —respondió Shandon con la misma frialdad—, yo no puedo más que repetir mis primeras palabras: obedeceré.

—Bien. Ahora —repuso Hatteras— pensemos en nuestra situación actual. Estamos encerrados por los hielos y me parece imposible que alcancemos este año al estrecho de Smith. Veamos qué conviene hacer.

Hatteras extendió sobre la mesa un mapa.

—Si el estrecho de Smith no está cerrado, no podemos decir lo mismo del estrecho de Lancaster, en la costa del Oeste del mar de Baffin. En mi opinión, debemos remontar este estrecho hasta el de Barrow, y luego hasta la isla Beechey. El camino ha sido cien veces recorrido por buques de vela y, por lo tanto, ningún obstáculo debemos temer nosotros teniendo un bergantín con hélice. Llegados a la isla Beechey, seguiremos el canal Wellington hasta donde sea posible, hacia el Norte, hasta la desembocadura de este canal, que comunica con el de la Reina, en el punto mismo en que se avistó el mar libre. Hoy es 20 de mayo; dentro de un mes, si las circunstancias son favorables, habremos alcanzado el punto desde el cual nos lanzaremos hacia el Polo. ¿Qué opinan, señores?

—Desde luego —respondió Johnson— es el único camino que podemos tomar.

—Y es el que tomaremos desde mañana mismo. Que este domingo se dedique al reposo. Procure, Shandon, que las lecturas de la Biblia se hagan regularmente. Las prácticas religiosas ejercen una influencia saludable en la moral de los hombres. Un marinero, sobre todo, debe poner su confianza en Dios.

—Está bien, capitán —respondió Shandon, y salió con el teniente y el contramaestre.

—Doctor —dijo Hatteras, indicando a Shandon—, he aquí un hombre herido en su amor propio. No puedo ya contar con él.

Al día siguiente, de madrugada, el capitán ordenó echar la lancha al mar y fue a reconocer los *icebergs* cercanos. Notó que, a consecuencia de la lenta presión de los hielos, la prisión en que se hallaba tendía a estrecharse. Era, por lo tanto, urgente abrir una brecha para que el buque no fuera aplastado por esa verdadera prensa de montañas.

En primer lugar, Hatteras hizo practicar trece escalones en la muralla helada y llegó a la cima de un *iceberg*, desde la cual reconoció que le sería fácil abrirse un camino hacia el Sudoeste. Por orden suya se abrió un boquete en el mismo centro de la montaña que hizo cargar con dos mil kilos de pólvora cuya dirección expansiva fue cuidadosamente calculada. Se puso a la carga una larga mecha cubierta de gutapercha. La galería que conducía al centro se llenó de nieve a la cual el frío de la noche siguiente dio la dureza del granito.

Al día siguiente, a las siete, el *Forward* tenía preparado el vapor. Johnson prendió fuego a la mecha, calculada para arder media hora antes de comunicar el fuego a la pólvora. Johnson tuvo, pues, suficiente tiempo para volver a bordo. Diez minutos después de cumplir las órdenes de Hatteras, se hallaba en su puesto.

El tiempo era seco y bastante claro. La tripulación se hallaba en cubierta. Había dejado de nevar y Hatteras, en la popa con Shandon y con el doctor, contaba los minutos con el cronómetro en la mano. A las ocho y media se oyó una gran explosión. El perfil de las montañas se modificó de improviso, como por efecto de un terremoto. Un humo denso y blanco subió hacia el cielo a una altura considerable, y largas grietas serpentearon a lo largo del *iceberg*, cuyo cono superior cayó a pedazos alrededor del *Forward*.

Pero el paso no estaba aún libre. Enormes témpanos, formando bóveda sobre las montañas adyacentes, quedaron suspendidos y era posible que al desmoronarse volvieran a cerrar el sitio.

—¡Wolsten! —gritó Hatteras.

—¡Capitán! —respondió éste.

—Cargue el cañón con triple carga —dijo el capitán—. Y no le ponga bala.

—¿Qué querrá hacer sin bala? —dijo Shandon entre dientes.

—Vamos a verlo —respondió el doctor.

—¡Lista la pieza, capitán! —gritó Wolsten.

—Bien —respondió Hatteras—. ¡Brunton! —dijo en seguida al maquinista—. ¡Prepárese!

Brunton hizo funcionar el vapor, y la hélice se puso en movimiento; el *Forward* se aproximó a la montaña minada.

—¡Apunte al paso! —gritó el capitán al armero—. Ahora ¡Fuego!

Un tremendo estampido siguió a la voz de mando. Las moles de hielo, sacudidas por las vibraciones, cayeron al mar.

—¡A todo vapor, Brunton! —gritó Hatteras—. ¡Derecho al paso, Johnson!

El bergantín, impelido por sus hélices, se lanzó hacia el paso libre. Apenas pasó por la abertura, los hielos tras él volvieron a cerrarse.

El momento fue dramático y la tripulación, asombrada por la operación que acababa de presenciar, lanzó el grito de:

¡Viva el capitán Hatteras!



# Encuentro con el Polo Magnético

El 23 de mayo el *Forward* seguía bordeando hábilmente los *icebergs*, gracias a su vapor, esa fuerza de la que carecieron los primeros navegantes de los mares polares. Parecía jugar en medio de aquellos escollos movedizos.

El jueves, a eso de las tres de la mañana, el buque avistó la bahía Possession, en la costa de América, a la entrada del estrecho de Lancaster. El cabo Burney se vio luego. Algunos esquimales se dirigieron hacia el buque, pero Hatteras no se tomó la molestia de esperarlos. Poco después los picachos de Biam-Martin, que dominaban el cabo Liverpool, quedaron a la izquierda y se perdieron en la bruma.

El viernes, a las seis, dejaron el cabo Warender a la derecha del estrecho. El mar se picó bastante, y las olas barrían la cubierta arrojando sobre ella pedazos de hielo. Las tierras de la costa Norte mostraban sus llanuras casi niveladas donde reverberaban los rayos del sol.

Hatteras hubiera querido seguir a lo largo de la costa Norte para ganar cuanto antes la isla Beechey y la entrada del canal de Wellington; pero un banco continuo lo obligaba a seguir los pasos del Sur.

El 26 de mayo, en medio de una niebla surcada de nieve, el *Forward* se encontró junto al cabo York, que reconoció por una montaña muy alta y casi cortada a pico. El tiempo se había aclarado algo, el sol apareció un instante hacia mediodía, y permitió situar la posición del barco: 74 grados 4' de latitud y 84 grados 23' de longitud. El *Forward* estaba, pues al extremo del estrecho de Lancaster.

Hatteras mostraba en sus mapas al doctor el camino que habían seguido y el que debían seguir.

—Quisiera —dijo el capitán— estar más al Norte; pero nadie está obligado a hacer imposibles. Por el momento nos hallamos aquí.

El capitán señaló en su mapa un punto poco distante del cabo York.

—Nos hallamos en medio de esta encrucijada formada por las desembocaduras del canal de Lancaster, del estrecho de Barrow, del canal de Wellington y del paso del Regente. Es un punto al cual han debido necesariamente dirigirse todos los navegantes de estos mares.

—¡Extraño país! —dijo el doctor, examinando el mapa—. ¡Todo en él está tijeeteado, desgarrado, hecho pedazos, sin orden! Parece que las tierras cercanas al polo Norte se han desmenuzado expresamente para hacer más difícil que se acerquen a ellas los navegantes.

—Procuraremos —dijo el capitán— bordear la isla de Cornualles para ganar el canal de la Reina, sin pasar por el de Wellington. Después quiero llegar a la isla Beechey para renovar mis provisiones de carbón.

—¿Cómo? —preguntó el doctor, asombrado.

—Muy fácil. Por orden del Almirantazgo, hay depositadas en Beechey grandes provisiones para atender a las necesidades de las expediciones futuras; y aunque el capitán McClintock haya tomado carbón en la isla en 1859, le aseguro que ha quedado para nosotros.

—El hecho es —dijo el doctor— que estos lugares han sido explorados durante quince años, y hasta el día en que se tuvo la prueba cierta de la pérdida de Franklin, el Almirantazgo ha mantenido constantemente cinco o seis buques en estos mares. Si no me engaño, la isla Griffith, que veo aquí en el mapa, es el punto de cita general de los navegantes.

—Es verdad, doctor, y la desgraciada expedición de Franklin vino a darnos a conocer estos lejanos parajes.

Por la tarde aclaró el tiempo, y se distinguió claramente la tierra entre el cabo Spping y el cabo Clarence. A la entrada del estrecho del Regente, el mar estaba libre de hielos; pero como si hubiera querido cerrar al *Forward* el camino del Norte, formaba un banco impenetrable más allá del puerto Leopoldo.

Hatteras tuvo que recurrir nuevamente a la pólvora para forzar la entrada del puerto Leopoldo, al cual llegó al mediodía del domingo 27 de mayo. El bergantín ancló sobre grandes *icebergs* que tenían solidez de roca.

El capitán, acompañado del doctor, de Johnson y de su perro *Duck*, se trasladó al hielo. *Duck* brincaba de alegría. Desde que Hatteras había asumido el mando se volvió cariñoso y apacible, conservando rencor sólo a algunos hombres de la tripulación, a quienes su amo quería tan poco como él.

El puerto se hallaba libre de los hielos que los vientos del Este a veces acumulan allí, y las tierras, cortadas a pico, mostraban en su cima acumulaciones de nieve. La casa y el faro, contruidos por el explorador James Ross, no estaban aún en mal estado, pero las provisiones habían sido saqueadas por zorras y osos a juzgar por algunas huellas recientes. La mano de los hombres también parecía haber participado en aquella devastación, pues en el borde de la bahía quedaban restos de chozas de esquimales.

Al pisar por primera vez las tierras nórdicas, el doctor experimentó una gran emoción. Era en verdad conmovedor contemplar aquellos restos de casas, tiendas, chozas y almacenes que se conservaban tan bien gracias al clima.

—¡Aquí está —les dijo a sus compañeros— el lugar que James Ross llamó *Campo del Refugio*! Si la expedición de Franklin hubiera llegado acá se habría salvado.

El doctor se puso a buscar con entusiasmo de anticuario los vestigios de las expediciones anteriores. Entretanto, Hatteras se ocupó en reunir las provisiones y el combustible, que encontró en cantidad muy reducida. El día se empleó en transportarlo todo a bordo.

El doctor tuvo la idea de levantar un monolito en el puerto Leopoldo con una nota que indicara el paso del *Forward*, pero Hatteras no lo permitió ya que no quería dejar tras de sí rastro alguno del que los competidores pudieran aprovecharse. Por lo demás, en caso de naufragio, ningún buque hubiera podido auxiliar al *Forward*.

El lunes por la tarde, una vez terminada la carga, el *Forward* intentó de nuevo forzar el banco de hielo y avanzar hacia el Norte, pero después de peligrosos esfuerzos, tuvo que volver a bajar por el canal del Regente. El capitán no quería, de ningún modo, permanecer en el puerto Leopoldo, que en cualquier momento podía cerrarse por una dislocación de los campos de hielo, fenómeno frecuente en esos mares.

Aunque no lo demostraba, Hatteras estaba desesperado. ¡Quería ir al Norte, y se veía obligado a navegar cada vez más hacia el Sur! ¿A dónde llegaría de ese modo?

Enfrentaba además la terrible amenaza de quedar atrapado en el hielo por más de un invierno como algunos de sus predecesores, y obligado a agotar sus provisiones y sus fuerzas.

Con esos temores y esas aprensiones, el capitán decidió virar y avanzó hacia el Sur.

El canal del Príncipe Regente conserva una anchura casi uniforme desde el puerto Leopoldo hasta la bahía Adelaida. El *Forward* marchó rápidamente entre los témpanos. El vapor le daba grandes ventajas sobre los buques precedentes que, en su mayor parte, necesitaron más de un mes para pasar ese canal.

La tripulación estaba satisfecha de abandonar las regiones boreales. El proyecto de llegar al Polo no la entusiasmaba. Pero Hatteras, cuya reputación de audacia era poco tranquilizadora, trataba de aprovechar toda ocasión para ir adelante, sin importarle las consecuencias.

El *Forward* navegaba a toda máquina. Su humo negro se arremolinaba en espirales alrededor de las brillantes puntas de los *icebergs*.

El tiempo era cambiante y pasaba con la mayor rapidez de un frío seco a una atmósfera de nieblas nevadas. El bergantín, de pequeño calado, pasaba rozando la costa Oeste, porque Hatteras no quería equivocarse la entrada del estrecho de Bellot, única salida que el golfo de Boothia tiene al Sur.

Por la tarde el *Forward* se halló ante la bahía de Elwin, que fue reconocida por sus altas rocas perpendiculares. El martes por la mañana se avistó la bahía de Betty.

El doctor y el contramaestre Johnson eran los únicos que observaban con interés esas marcas desiertas. Hatteras, sumergido en sus mapas, hablaba poco y su ánimo se hacía cada vez más taciturno a medida que el bergantín seguía hacia el Sur. Con frecuencia se instalaba en la popa y allí permanecía horas enteras con los brazos cruzados y la vista perdida en el horizonte. Sus órdenes eran breves y rudas. Por su parte Shandon se había encerrado en un silencio frío y no tenía con Hatteras más

relaciones que las que exigían las necesidades del servicio. James Wall permanecía adicto a Shandon. El resto de los tripulantes esperaban los acontecimientos, dispuestos a aprovecharse de ellos. Así no había ya a bordo la unidad de pensamientos ni la comunicación de ideas tan necesarias para el cumplimiento de las grandes misiones.

Las inquietudes del capitán crecían mientras el bergantín se acercaba al estrecho de Bellot y la suerte del viaje iba a decidirse. En efecto, si no se conseguía pasar ese estrecho, el *Forward* quedaría bloqueado hasta el año siguiente, puesto que no podría devolverse ni maniobrar en ese angosto pasadizo de hielo.

Hatteras, lleno de ansiedad, trepó a uno de los mástiles y allí permaneció gran parte de la mañana del sábado.

La tripulación comprendía la situación del buque. Un profundo silencio reinaba a bordo. El *Forward* se mantenía cerca de la costa erizada de témpanos. Se necesitaba tener ojos de águila para descubrir un paso entre esa acumulación de montañas heladas.

Después de medio día de tenso silencio, se escuchó, desde lo alto del trinquete, la siguiente orden:

—¡Proa al Oeste, a toda máquina!

El *Forward* se lanzó inmediatamente a todo vapor entre dos témpanos.

Hatteras había encontrado por fin el camino y bajó a cubierta satisfecho.

—Capitán —dijo el doctor—, ¿hemos por fin entrado en el famoso estrecho?

—Sí —respondió Hatteras, bajando la voz—, pero no basta entrar, también habrá que salir —agregó y sin decir nada más, volvió a su camarote.

—Tiene razón —pensó el doctor— aquí estamos entrampados, sin mucho espacio para maniobrar. ¡A lo mejor nos vemos obligados a invernar aquí!... ¡Bueno! No seríamos los primeros, y si otros han salido del paso, también saldremos nosotros.

El estrecho de Bellot, que tiene un kilómetro y medio de ancho y veintisiete de largo, está encajonado entre montañas cuya altura media es de unos seiscientos metros. El *Forward* avanzaba con precaución. Las tempestades son frecuentes en ese estrecho y el bergantín no se salvó de su violencia; las olas barrían la cubierta envueltas en ráfagas de lluvia y el humo escapaba hacía el Este con rapidez asombrosa.

Hatteras, Johnson y Shandon no se movieron del puente de mando a pesar de los torbellinos de nieve y el doctor, luego de preguntarse a sí mismo cuál era la cosa más desagradable que podía hacer en ese momento, subió inmediatamente a cubierta donde unos con otros no se oían y apenas se veían, por lo que cada cual se encerró en sus pensamientos.

Según los cálculos de Hatteras, a eso de las seis de la tarde se hallaba en el extremo del estrecho. Entonces toda salida pareció cerrada y Hatteras, obligado a

detenerse, hizo anclar el barco sólidamente en un *iceberg*, pero ordenó mantener la presión durante toda la noche.

El tiempo fue espantoso. El *Forward* amenazaba a cada instante romper sus cadenas y era de temer que el témpano, arrancado de su base por la violencia del viento del Oeste, se fuera con el bergantín a la deriva. Los oficiales permanecieron alertas y llenos de inquietud; a los torbellinos de nieve se agregaba un fuerte granizo, recogido por el huracán en la superficie deshelada de los bancos de hielo.

Durante esa noche terrible se elevó mucho la temperatura. El termómetro marcó 14 grados centígrados y el doctor, con gran asombro, creyó ver hacia el Sur algunos relámpagos seguidos de truenos lejanos.

Cerca de las cinco de la mañana, el tiempo cambió bruscamente. La temperatura volvió al punto de congelación y el viento se calmó. Se podía percibir la boca occidental del estrecho, pero se la veía completamente obstruida. Hatteras miraba la costa, preguntándose si el paso existía realmente.

El bergantín avanzó despacio. Su quilla iba rompiendo estrepitosamente los hielos.

Resuelto a seguir adelante, Hatteras no concedió ni un instante de descanso a nadie durante el resto de aquel día y la noche siguiente. Pero por la mañana tuvo que detenerse ante el cerrado banco de hielo. El doctor se reunió con él en la cubierta. Hatteras lo llevó a popa donde era posible hablar sin que nadie los escuchara.

—Estamos atrapados —dijo Hatteras— es imposible ir más lejos.

—¿Imposible? —repitió el doctor.

—¡Imposible! ¡Toda la pólvora del *Forward* no nos permitiría avanzar ni cuarenta metros!

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó el doctor.

—¡Qué sé yo!

—Bueno, capitán, si es necesario invernar, invernaremos. Lo mismo da hacerlo aquí que en otra parte.

—Sin duda —respondió Hatteras, pero es triste invernar en el mes de junio. La invernada está llena de peligros físicos y morales. ¡Yo quería detenerme más cerca del Polo!

—Capitán —dijo el doctor—, no estamos más que a 5 de junio. Todavía puede abrísenos un paso. A veces el hielo tiende a romperse hasta en los tiempos de calma. De un momento a otro podríamos hallar el mar libre.

—¡Capitán! —dijo en aquel momento James Wall—. Hay peligro de que los témpanos nos dejen sin timón.

—Correremos el riesgo de perderlo —respondió Hatteras—. Trate señor Wall, de que se lo proteja cuanto sea posible, separando los témpanos.

—Sin embargo... —añadió Wall.

—No tengo ninguna observación que escuchar —dijo cortante Hatteras—. ¡Basta!

Wall volvió a su puesto.

—¡Ah! —exclamó Hatteras con un movimiento de rabia—. ¡Cinco años de mi vida daría por hallarme en el Norte! No conozco paso más peligroso. ¡Y para colmo, a esta distancia cercana al polo magnético, el compás duerme, la aguja se hace floja o loca y varía sin cesar de dirección!

—Confieso —dijo el doctor— que es una navegación peligrosa; pero en fin, los que la hemos emprendido ya sabíamos que iba a ser así y hasta ahora nada ha pasado, nada demasiado grave.

—¡Doctor! Mi tripulación ya no es lo que era. Los oficiales hasta se permiten hacerme observaciones. Las ventajas económicas ofrecidas a los marineros eran muy adecuadas para excitar su codicia, pero tienen sus inconvenientes, porque después que han partido los hace desear con más ardor el regreso. Doctor, ya no me siento apoyado en mi empresa y si fracaso, la culpa no será de tal o cual marinero, sino de la mala voluntad de ciertos oficiales...

—Creo que usted exagera, capitán.

—¡No exagero! Por ahora los marineros no murmuran ni murmurarán mientras la proa del *Forward* mire al Sur. ¡Insensatos! ¡Creen que se acercan a Inglaterra! ¡Pero si llegamos a remontarnos al Norte, verá cómo cambian las cosas. Juro, sin embargo, que no habrá nada que me haga desviar de mi objetivo! Un paso, una abertura por la cual pueda deslizarse mi bergantín, y aunque en ella deje el cobre de su revestimiento, pasaremos.

Los deseos del capitán debían quedar satisfechos hasta cierto punto. Por alguna influencia de vientos, de corrientes o de temperatura, los campos de hielo se separaron; el *Forward* se lanzó por el paso que se abrió rompiendo con su proa de acero los témpanos flotantes; navegó toda la noche y el martes, a las seis salió del estrecho de Bellot.

Pero el camino del Norte seguía obstinadamente cerrado y Hatteras, no pudiendo subir por el estrecho de Peel, resolvió bordear la Tierra del Príncipe de Gales para ganar el camino de McClintock.

El 6 de junio transcurrió sin ningún incidente.

Por treinta y seis horas, el *Forward* bordeó la costa de Boothia, sin llegar a acercarse a la Tierra del Príncipe de Gales, Hatteras forzó el vapor quemando su carbón pródigamente. Contaba con aprovisionarse en la isla Beechey.

El jueves el camino del Norte seguía siendo inaccesible. El *Forward* no podía siquiera retroceder; los hielos lo empujaban hacia adelante así es que tampoco podía detenerse un instante, so pena de ser cogido y quedar atrapado entre los témpanos.

El viernes 8 de junio llegó a la entrada del estrecho de James Ross, que era

preciso evitar a toda costa porque su única salida es al Oeste y lleva directamente hacia América.

Las observaciones para fijar la posición hechas al mediodía en ese punto dieron 70 grados 5' 17" de latitud, y 96 grados 46' 45" de longitud. Cuando el doctor conoció estas cifras miró su mapa y vio que se hallaba en el polo magnético, en el mismo punto donde James Ross determinó esta curiosa situación.

Como era necesario limpiar la caldera, el capitán hizo anclar el buque en un campo de hielo y permitió ir a tierra al doctor y al contramaestre. En cuanto a él, indiferente a todo lo que no fuera su proyecto, se encerró en su camarote a estudiar la carta del Polo.

El doctor y su compañero bajaron, pues, a tierra. El primero quería comprobar los trabajos de Ross y descubrió fácilmente el montículo de piedras calizas que éste había levantado. Corrió a él y una abertura le permitió distinguir en su interior la caja de estaño en que James Ross había depositado el acta de su descubrimiento. Parecía que en treinta años ni un solo ser viviente había visitado aquella costa solitaria.

En ese punto una aguja imantada, suspendida con toda la delicadeza posible, se colocaba inmediatamente en una posición casi vertical bajo la influencia magnética; por lo tanto, el centro de atracción estaba a muy poca distancia si no inmediatamente bajo la aguja.

El doctor hizo su experimento con cuidado.

Si Ross, a causa de la imperfección de sus instrumentos, no pudo hallar para su aguja vertical más que una inclinación de 89 grados 59', se debió a que el verdadero punto magnético estaba realmente a un minuto de aquel lugar. El doctor Clawbonny fue más afortunado y a escasa distancia de allí encontró la inclinación de 90 grados.

—¡Aquí está exactamente, el polo magnético del mundo! —exclamó.

—¿Está aquí? —preguntó Johnson.

—Aquí mismo.

—Entonces —repuso el contramaestre—, hay que rechazar todo lo que se dice sobre la existencia de montañas.

—¡Sí, Johnson! Como ve, no hay aquí la menor montaña capaz de atraer a los buques, de arrancarles sus anclas, sus clavos y todos sus hierros.

—Entonces, ¿cómo se explica...?

—Por el momento no se explica, Johnson; no somos aún bastante sabios para eso. ¡Pero lo cierto, es que el polo magnético está aquí, en este punto!

—¡Señor Clawbonny! ¡Qué feliz sería el capitán si pudiera decir otro tanto del Polo Norte!

—Lo dirá, Johnson.

El doctor y su compañero levantaron un montículo en el punto preciso en que se había hecho el experimento y volvieron a bordo a las cinco de la tarde.

## En la Ruta del Norte

Recurriendo permanentemente a las sierras y a la pólvora, y luego de un agobiador trabajo, el *Forward* logró atravesar el estrecho de Ross.

El sábado dobló el cabo de Félix en el Norte de la Tierra del Rey Guillermo, una de las islas medianas de aquellos mares.

La tripulación experimentó entonces una sensación extraña: se hallaba ante aquella tierra, escenario de las peores tragedias de los tiempos modernos. A pocos kilómetros se habían perdido para siempre el *Erebus* y el *Terror*.

Los marineros del *Forward* conocían los intentos por encontrar al almirante Franklin, pero ignoraban los pormenores de esa catástrofe. Así es que se acercaron a escuchar el relato que el doctor hacía a Bell, Bolton y Simpson. Mientras tanto el *Forward* seguía adelante y la costa, con sus bahías, sus cabos y sus puntas, pasaba frente a sus miradas.

Hatteras se paseaba por la popa. El doctor, sentado en la cubierta, se vio rodeado de la mayor parte de los tripulantes, y comprendiendo el interés de aquella situación y el poder de su narración hecha en tales circunstancias, volvió a empezar, en los siguientes términos, su conversación:

—Ya saben, amigos —decía— después de haber dedicado su juventud a grandes expediciones marítimas, Franklin decidió en 1845, lanzarse al descubrimiento del paso del Noroeste. Mandaba el *Erebus* y el *Terror*, dos buques que acababan de navegar en 1840 hacia el Polo austral. El *Erebus*, mandado por Franklin, llevaba setenta hombres de tripulación entre oficiales y marineros. El *Terror* contaba sesenta y ocho tripulantes. En total ciento treinta y ocho hombres. Las últimas cartas de Franklin fueron dirigidas desde la isla Disko el 12 de julio de 1845. *Espero —decía— partir esta noche hacia el estrecho de Lancaster*. ¿Qué pasó desde su salida de la bahía de Disko? Los capitanes de los balleneros *Prince of Wales* y *Enterprise* vieron por última vez los dos buques en la bahía de Melville, y desde ese día no se volvió a saber de ellos. Sin embargo, podemos seguir a Franklin en su marcha hacia el Oeste. Penetra en los estrechos de Lancaster y de Barrow, y llega a la isla Beechey, donde pasa el invierno de 1845 a 1846.

—Pero ¿cómo se saben esos detalles? —preguntó Bell, el carpintero.

—Por tres tumbas que en 1850 encontró la expedición de Austin en la isla. En ellas estaban sepultados tres marineros de Franklin. Además, se completaron las noticias con el documento hallado por el teniente Hudson, del *Fox*. Sabemos que después de invernar, el *Erebus* y el *Terror* remontaron el estrecho de Wellington hasta el 77 grados paralelo. Pero en vez de continuar su ruta al Norte, camino que no debe haber estado practicable, volvieron al Sur...

—¡Y esta fue su perdición! —dijo una voz grave—. La salvación estaba en el



Norte.

Todos de volvieron. Hatteras, apoyado el codo en la toldilla, acababa de lanzar a su tripulación aquella observación terrible.

—Sin duda —repuso el doctor— la intención de Franklin era alcanzar la costa americana; pero las tempestades le cortaron esa vía, y el 12 de septiembre de 1846 los dos buques fueron cogidos por los hielos a pocos kilómetros de aquí. Después fueron arrastrados hacia el Noroeste de la punta Victoria. La tripulación no abandonó los buques hasta el 22 de abril de 1848. ¿Qué pasó durante los diecinueve meses de intervalo? ¿Qué hicieron esos desgraciados? Sin duda exploraron las tierras circundantes, intentándolo todo para su salvación, porque el almirante era un hombre que no se rendía. Si el éxito no coronó sus esfuerzos, fue porque...

—Porque la tripulación tal vez lo traicionó —dijo Hatteras con voz sorda.

Los marineros no se atrevieron a levantar los ojos: esas palabras pesaban sobre sus conciencias.

—En resumen, sir John Franklin murió el 11 de junio de 1847. ¿Cuál fue el paradero de aquellos desgraciados privados de su jefe por diez meses? Se quedaron a bordo de sus buques, y no se decidieron a abandonarlos hasta abril de 1848. De los ciento treinta y ocho hombres, quedaban aún ciento cinco. ¡Treinta y tres habían muerto! Los sobrevivientes, conducidos por el capitán Crozier, se pusieron en marcha para Great-Fish-River. ¿Hasta dónde pudieron llegar? ¿Consiguieron ganar la bahía de Hudson? ¿Qué ha sido de ellos?

—¿Qué ha sido de ellos? Ahora van a saberlo —terció John Hatteras con voz fuerte—. Intentaron llegar a la bahía de Hudson y tomaron el camino del Sur. En 1854, una carta del doctor Roe dio la noticia de que en 1850 los esquimales habían encontrado en la Tierra del rey Guillermo un grupo de cuarenta hombres que cazaban morsas, viajaban sobre el hielo y arrastraban una lancha. Iban flacos, escuálidos, extenuados. Más adelante se encontraron treinta cadáveres en el continente y cinco en una isla cercana, algunos debajo de los restos de una tienda; aquí, un oficial con el fusil cargado junto a él; más allá, calderas con los restos de un banquete horrible. Todos aquellos desgraciados murieron de miseria, de fatiga, de hambre, tratando de alargar sus vidas miserables con el espantoso recurso del canibalismo. Eso les pasó a lo largo del camino del Sur. ¿Quieren seguir sus pasos?

La voz vibrante y los gestos apasionados de Hatteras, produjeron un efecto tremendo.

La tripulación conmovida, exclamó al unísono:

—¡Al Norte! ¡Al Norte!

—¡Pues bien! ¡Al Norte! ¡La salvación y la gloria están allá! ¡Al Norte! ¡El cielo nos favorece! ¡El viento ha variado! ¡El paso está libre! ¡Vire en redondo, timonel!

Los marineros corrieron a la maniobra; los hielos se iban desprendiendo poco a

poco; el *Forward* se dirigió forzando la máquina hacia el canal de McClintock.

Hatteras había tenido razón en contar con un mar más libre. Remontaba el camino de Franklin y seguía la costa oriental de la Tierra del Príncipe de Gales. El *Forward* se halló muy pronto en condiciones de recobrar el tiempo perdido, de manera que el 14 de junio pasaba más allá de la bahía de Osborne y de los Puntos extremos alcanzados en las expediciones de 1851. Los hielos todavía eran abundantes en el estrecho, pero no parecía que el mar fuera a faltarle al bergantín.

Aparentemente la tripulación era otra vez disciplinada y obediente. Las maniobras eran ahora poco fatigosas y dejaban a los marineros bastante tiempo para el descanso. La temperatura se mantenía sobre el punto de congelación, y el deshielo iba derritiendo los mayores obstáculos.

*Duck*, familiar y amable, había entrado en relaciones amistosas con el doctor Clawbonny. El perro, además, se había vuelto amable con la mayor parte de los tripulantes, si bien, por instinto, evitaba a Shandon y seguía mostrando los dientes a Pen y a Warren. Estos, por otra parte, no se atrevían ya a jugar ninguna mala pasada al perro del capitán.

—Parece —dijo un día James Wall a Ricardo Shandon— que los marineros ya no dudan del éxito de la empresa en que los ha embarcado el capitán.

—Hacen mal —respondió Shandon— si examinaran la situación, se darían cuenta de que no se cometen más que imprudencias.

—Sin embargo —repuso Wall—, estamos en un mar libre y viajamos por rutas reconocidas. No exagere, Shandon.

—No exagero, Wall. El odio que me inspira Hatteras no me ciega. Dígame, ¿ha bajado a dar una vuelta por los paños del carbón?

—No —respondió Wall.

—Baje y verá con qué rapidez disminuyen nuestras reservas. Debíamos haber navegado a vela desde un principio, reservándonos la hélice para contrarrestar las corrientes y los vientos adversos. El combustible debió economizarse porque nadie puede saber en qué punto de estos mares y por cuánto tiempo podemos quedar retenidos.

—¿Verdad, Shandon? Porque si eso es cierto, el peligro que corremos es grave.

—Sí, Wall, grave, no sólo por la máquina que faltando combustible no servirá de nada en una circunstancia crítica, sino también pensando en una invernada, que tarde o temprano tendrá que llegar. Es necesario pensar algo en el frío en un país en que el mercurio se hiela con frecuencia dentro del termómetro.

—Pero si no me engaño, Shandon, el capitán espera renovar sus provisiones en la isla Beechey.

—En estos mares, Wall, uno no va siempre donde quiere. Y si no damos con la isla Beechey o no podemos llegar a ella, ¿qué será de nosotros?

—Tiene razón, Shandon; Hatteras me parece imprudente, pero ¿por qué usted mismo no le habla sobre el problema?

—No, Wall —respondió Shandon—, no soy el responsable del buque; me mandan, obedezco y no doy opiniones.

—Permítame decirle que hace mal, Shandon, porque aquí está en juego un interés común, y las imprudencias del capitán pueden costarnos caras a todos.

—Y si le hablara, Wall, ¿me escucharía?

Wall no se atrevió a contestar afirmativamente.

—Pero —agregó— escucharía tal vez a toda la tripulación.

—¡La tripulación! —dijo Shandon encogiéndose de hombros—. La tripulación está enceguecida. Sabe que avanza hacia el paralelo 72 grados y que por cada grado que pase más allá de esta latitud ganará una suma de mil libras.

—Tiene razón, Shandon —respondió Wall—. El capitán ha adoptado el mejor medio para asegurar sus hombres.

—Sin duda —respondió Shandon—, al menos por ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, que mientras no haya grandes peligros ni penurias y se navegue en un mar libre, todo marchará bien. Hatteras los ha obligado a fuerza de dinero y lo que se hace por dinero, se hace mal. Cuando vengan las circunstancias difíciles, los peligros, la miseria, las enfermedades y el frío, veremos si esta gente se acuerda de que hay una prima que ganar.

—¿Entonces, Shandon, cree usted que Hatteras no saldrá con la suya?

—No, Wall, no saldrá con la suya. En una empresa como ésta, es preciso que entre los jefes haya una perfecta comunidad de ideas que aquí no existe. Además Hatteras es un loco; su pasado así lo prueba. En fin, veremos. Tal vez en algún momento haya necesidad de dar el mando del buque a un capitán menos aventurero...

—Sin embargo Hatteras tendrá siempre a su lado... —dijo Wall.

—Tendrá —replicó Shandon—, al doctor Clawbonny, a Johnson y tal vez a uno o dos hombres más, como Bell, el carpintero, cuatro a lo sumo, y somos dieciocho a bordo.

—Si la tripulación siquiera sospechara...

—Le ruego —respondió al momento Shandon— que no comunique a la tripulación mis observaciones.

Shandon reflexionaba acertadamente cuando atribuía la satisfacción actual de la tripulación a la codicia que animaba hasta a los menos audaces de a bordo. Clifton había sacado a cada cual la cuenta de lo que ganarían más allá del paralelo 72 grados.

Dejando de lado al capitán y al doctor, quedaban en el *Forward* dieciséis hombres. Siendo la prima de 1000 libras, resultaban sesenta y dos libras y media por cabeza y por grado. En el caso de llegar al Polo, cada uno tendría derecho a 1125

libras, es decir, una fortuna. Este capricho le costaría al capitán 18.000 libras, pero en fin, era bastante rico como para pagarse un paseo por el Polo.

Esos cálculos habían excitado los apetitos de la tripulación y todos los que quince días antes se alegraban de bajar hacia el Sur, lo único que ahora deseaban era llegar al Polo.

El 16 de junio el *Forward* dobló el cabo Aworth. El monte Rawlinson levantó al cielo sus blancas crestas; la nieve y la bruma lo hacían parecer colosal. La temperatura se mantenía a algunos grados sobre el punto de congelación; cataratas improvisadas descendían por los costados de la montaña; los aludes se precipitaban con un estruendo parecido a descargas de artillería pesada. Los témpanos proyectaban en el cielo una reverberación intensa. La naturaleza boreal, en pleno deshielo, ofrecía un espectáculo soberbio. En la costa se veían en algunas rocas abrigadas, escasos brezos, cuyas flores de color de rosa asomaban tímidamente entre la nieve.

El 19 de junio, en los 79 grados de latitud, el buque entró en la bahía de Melville, llamada *Mar de Plata* por el alegre marino Bolton.

El *Forward* avanzó rápidamente y así el 23 de junio pasaba los 74 grados de latitud. Se hallaba en medio del mar de Melville.

Clifton hizo notar que se habían ganado ya 2 grados, desde el 72 al 74, lo que sumaba a favor de la tripulación 125 libras. Pero alguien observó que el dinero en aquellos parajes valía poco y nadie podía llamarse rico, y nadie estaba en condiciones tampoco de beberse su riqueza. Por lo tanto, parecía conveniente esperar el momento en que estuvieran ante la mesa de una taberna de Liverpool.

# Ballena a la Vista

No faltaban los témpanos en el mar de Melville. Había también grandes campos de hielo que se prolongaban hasta el horizonte. El *Forward* avanzaba a toda máquina por anchos pasos donde podía maniobrar con facilidad. Ese día el termómetro bajó algunos grados, el viento saltó del Sur y ráfagas inmensas barrieron la superficie de los hielos y provocaron espesas nevadas.

Hatteras no abandonó la cubierta durante la tempestad, pero se vio obligado a huir del huracán en dirección Oeste. El viento levantaba enormes olas en medio de las cuales se mecían los *icebergs*. El mar levantaba al bergantín como un juguete y restos de témpanos se precipitaban contra el casco del buque, el que a cada instante parecía volar sobre la cima de una montaña líquida. Su proa de acero recogía la luz difusa, para después hundirse en las aguas embravecidas. La hélice salía a ratos del mar, giraba en vano y hería el aire con sus paletas. La lluvia y la nieve caían como pesados torrentes.

El doctor aprovechó la ocasión para calarse de agua hasta los huesos. Se quedó en cubierta dominado por la admiración que un sabio extrae siempre de esos grandiosos espectáculos naturales.

La tempestad se hallaba circunscrita en un pequeño espacio, sin extenderse más allá de seis kilómetros. El doctor atisbaba de cuando en cuando un cielo sereno y un mar tranquilo más allá de los campos de hielo. Se daba cuenta, así, de que era suficiente que el *Forward* avanzara un poco más para llegar a la región apacible. Hatteras consiguió, finalmente, conducir su buque a un mar tranquilo, mientras el violento huracán moría en el horizonte.

En el golfo de Melville, bajo la influencia de las olas y de los vientos, muchas montañas desprendidas de las costas, derivaban hacia el Norte, cruzándose y chocando. Era magnífico el espectáculo que ofrecían esas masas flotantes, que empujadas a velocidades desiguales, parecían empeñadas en una carrera, en un hipódromo desmesurado.

De pronto se oyó la voz de Foker que gritaba desde el tope:

—¡Ballena a la vista! ¡Allá a sotavento!

Todas las miradas siguieron la dirección indicada. Un chorro de agua surgía del mar, a un kilómetro y medio del bergantín.

—¡Allí! ¡Allí! —exclamó entusiasmado el arponero Simpson.

—Ha desaparecido —dijo el doctor.

—Podríamos encontrarla si fuera necesario —dijo Simpson sin muchas esperanzas. Sin embargo, para su asombro, aunque nadie se hubiera atrevido a pedírselo, Hatteras dio orden de bajar la ballenera, alegrándose de dar una distracción a su tripulación, y también de recoger algunos barriles de aceite.

Cuatro marineros entraron en la ballenera; Johnson iba al mando; Simpson, arpón en mano, se colocó en la proa. No se pudo impedir que el doctor subiera también al bote. El mar estaba en calma. La ballenera avanzó rápidamente, y diez minutos después estaba a un kilómetro y medio del *Forward*.

La ballena hizo provisión de aire, y se sumergió de nuevo; pero volvió pronto a emerger y arrojó a cerca de tres metros, un chorro de vapores y mucosidades.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó Simpson.

La lancha se dirigió rápidamente hacia el cetáceo y el bergantín, se acercó a poco vapor.

El enorme animal desaparecía y reaparecía entre las olas, mostrando su lomo negro, como un arrecife de alta mar.

La ballena se acercó silenciosamente. Siempre es un espectáculo conmovedor el que ofrece un frágil bote atacando a esos gigantescos mamíferos. Este mediría unos cuarenta a cuarenta y cinco metros.

Pronto la lancha estuvo cerca de la ballena. Simpson hizo una señal y los remeros dejaron de bogar, Simpson lanzó con fuerza su largo arpón, que se hundió en el dorso del cetáceo. La ballena, herida, sacudió su cola y se hundió. Los marineros levantaron perpendicularmente los remos, la soga amarrada al arpón se desenrolló con rapidez y la lancha fue arrastrada en una carrera vertiginosa.

La ballena en su fuga, se alejaba del bergantín y avanzaba hacia los *icebergs*. Así corrió por media hora. Los marineros mojaban la cuerda del arpón para que no se quemara con el roce. Cuando disminuyó la velocidad del animal, se fue recogiendo la cuerda poco a poco. No tardó la ballena en reaparecer en la superficie de las aguas que azotó con su formidable cola. Verdaderas mangas de agua caían sobre la lancha formando una violenta lluvia. El bote se acercó al monstruo. Simpson había cogido una larga lanza y se preparaba a combatir al cetáceo.

Pero la ballena se introdujo entonces con la mayor velocidad en un paso que dejaban entre sí dos Montañas de hielo. La persecución se hizo muy peligrosa.

—¡Maldición! —exclamó Johnson.

—¡Adelante! ¡Adelante!... —gritaba Simpson, poseído del furor de la pesca—. ¡La ballena es nuestra!

—¡No, no! —dijeron unos marineros.

—¡Sí, sí! —exclamaron otros.

Durante la discusión, la ballena se había encajonado entre las dos montañas flotantes que el oleaje y el viento tendían a juntar.

La lancha, remolcada por el cetáceo, corría peligro de ser arrastrada a aquel paso peligroso, cuando Johnson, inclinándose hacia adelante con un hacha en la mano, cortó la cuerda.

Lo hizo a tiempo. Las dos montañas chocaron con una fuerza irresistible,

aplastando al desgraciado animal.

—¡Perdida la ballena! —gritó Simpson.

—¡Salvados nosotros! —respondió Johnson.

Poco después la lancha llegaba al costado del bergantín y era izada a cubierta.

—¡Buena lección —dijo Shandon en voz alta— para los imprudentes que se aventuran por los pasos estrechos!

# En Busca del Carbón

El 30 de junio la tripulación del *Forward* avistó por fin la isla de Beechey. Pero los hielos eran más abundantes de lo que el capitán esperaba y el buque se preparaba y retrocedía, esperando una ocasión propicia para tocar tierra y gastando mucho carbón.

Hatteras había ordenado mantener encendidas las calderas día y noche para no perder ninguna oportunidad de abrirse paso hacia la isla. El capitán conocía tan bien como Shandon el estado de sus reservas de carbón; pero estaba seguro de hallar combustible allí en Beechey y no quería perder un minuto por vía de economía. Se había atrasado ya mucho a causa de su contramarcha hacia el Sur.

Entre los hielos mal cimentados, el bergantín comenzó a avanzar hacia la isla Beechey, atravesando el estrecho de Barrow.

Resuelto a marchar en línea recta para no ser arrastrado lejos de la isla, apenas dejó su puesto durante los días siguientes. Subía con frecuencia por los mástiles para escoger los pasos ventajosos. Todo lo que puede hacer la habilidad, la sangre fría y la audacia de un marino, Hatteras lo hizo durante aquella travesía del estrecho. Sin economizar carbón ni detenerse en contemplaciones, sin ningún tipo de consideraciones por la tripulación ni por sí mismo, el capitán alcanzó su objetivo.

El 3 de julio, a las once de la mañana, el bergantín avanzó hacia la isla Beechey, punto de recalada general de los navegantes árticos. Allí tocaron casi todos los buques que se habían aventurado por aquellos mares. El último que fondeó en ese lugar antes que el *Forward*, fue el *Fox*, que se abasteció, el 11 de agosto de 1855, y reparó las habitaciones y los almacenes. Habían pasado dos años desde entonces.

El corazón de Johnson palpitaba con fuerza ante aquella isla. Cuando la visitó era contramaestre del *Phoenix*. Hatteras lo interrogó acerca de la disposición de la costa y de las facilidades para anclar.

—Bien, Johnson —dijo Hatteras—, ¿la reconoce?

—¡Sí, capitán; es la isla Beechey! Pero convendría que siguiéramos un poco al Norte, donde la costa es más accesible.

—Pero ¿y las habitaciones y los almacenes? —preguntó el capitán.

—No los podremos ver hasta que estemos en tierra. Están tras de las lomas que se ven allá abajo.

—¿Y a ellos trajeron ustedes abundantes provisiones?

—Abundantísimas. El Almirantazgo nos mandó a la isla en 1853, al mando del capitán Inglefield, con el vapor *Phoenix* y el transporte *Breudalbanc* cargado de provisiones.

—Pero —dijo Hatteras— en 1855 el comandante del *Fox* tomó gran cantidad de ellas.



—Puede estar tranquilo, capitán —replicó Johnson—. Creo que han quedado bastantes.

—Los víveres no me preocupan —respondió Hatteras— tengo para varios años; lo que necesito es carbón.

—Dejamos en la isla más de mil toneladas —dijo Johnson.

—Acerquémonos —ordenó Hatteras.

El *Forward* llegó hasta una rada abrigada contra los vientos.

—Señor Wall —dijo Hatteras—, prepare la lancha y envíela con seis hombres para traer el carbón a bordo. Yo me voy a tierra en el bote con el doctor y el contramaestre. Señor Shandon, ¿quiere acompañarme?

—Estoy a sus órdenes —respondió Shandon. Diez minutos después desembarcaban los cuatro en una costa baja y pedregosa.

—Guíenos, Johnson —dijo Hatteras—. ¿Reconoce el lugar?

Hatteras trepó rápidamente por una loma bastante elevada y casi sin nieve.

—Capitán —le dijo Johnson, siguiéndolo—, desde aquí podremos ver los almacenes.

Shandon y el doctor los alcanzaron en la cima.

Pero desde allí las miradas se perdían en vastas llanuras que no presentaban ningún indicio de edificación.

—¿Dónde están esos almacenes? —preguntó con impaciencia Hatteras.

—No sé... no los veo... —balbuceó Johnson.

—Se habrá equivocado de camino —conjeturó el doctor.

—Me parece, sin embargo —repuso Johnson— que es éste el sitio.

—En fin —urgió impaciente Hatteras—, ¿dónde vamos?

—Bajemos —dijo el contramaestre—. A lo mejor me engaño; en siete años puedo haber perdido el recuerdo de estos lugares.

—Sobre todo —dijo el doctor— siendo el paisaje de esta isla tan monótono.

—Y sin embargo... —murmuró Johnson.

Shandon no hacía observación alguna.

Después de andar unos minutos, Johnson se detuvo.

—¡Pero, no —exclamó— yo no me engaño!

—¿Y bien? —dijo Hatteras, mirando alrededor.

—¿Qué lo hace hablar así, Johnson? —preguntó el doctor.

—¿No ven aquí el terreno que parece removido? —dijo el contramaestre, indicando bajo sus pies una especie de túmulo donde se veían tres prominencias.

—¿Qué concluye de eso? —preguntó el doctor.

—¡Aquí están —dijo Johnson— las tres tumbas de los marinos de Franklin! Estoy seguro. A cien pasos de nosotros deberían hallarse las bodegas y no están...

Hatteras se precipitó hacia adelante, desesperado. Allí, en efecto, debían estar los

almacenes tan deseados con el carbón con que él contaba; pero la ruina, el saqueo, la destrucción, habían arrasado aquel sitio en que manos civilizadas acumularon valiosos recursos para los navegantes necesitados. ¿Quién había causado tanto estrago? ¿Los animales de aquellas comarcas? No; los animales no hubieran destruido más que los víveres y allí no quedaba nada, ni un fragmento de madera ni un pedazo de hierro ni una partícula de un metal y, lo que era peor para los tripulantes del *Forward*: ¡ni un resto de combustible!

Evidentemente, los esquimales eran los culpables. Desde que estuvo allí el *Fox*, ellos habían visitado muchas veces ese lugar de abundancia, cogiendo y saqueando sin cesar, hasta no dejar más que la larga sábana de nieve que ahora cubría ese paisaje desolado. Hatteras estaba confundido. El doctor miraba sacudiendo la cabeza. Shandon seguía callado.

Entonces llegaron los hombres enviados por el teniente Wall. Todos comprendieron lo que ocurría. Shandon se adelantó hacia el capitán y le dijo:

—Señor, la desesperación me parece inútil, por suerte estamos en la entrada del estrecho de Barrow, que nos llevará de regreso por el mar de Baffin.

—¡Señor Shandon —respondió Hatteras—, nos hallamos, afortunadamente en la entrada del estrecho de Wellington, que nos conducirá al Norte!

—¿Y cómo navegaremos, capitán?

—¡A vela, señor Shandon! Todavía tenemos combustible para dos meses y es más del que necesitamos para nuestra invernada próxima...

—Permítame que le diga... —repuso Shandon.

—Le permitiré seguirme a bordo, señor Shandon —lo interrumpió Hatteras.

Y volviendo la espalda a su segundo regresó al bergantín y se encerró en su camarote.

Durante dos días, el viento fue contrario y el capitán no reapareció sobre cubierta.

## Conato de Motín

Sin preocuparse del estado de ánimo de la tripulación, Hatteras mandó aparejar el 5 de julio. Desde hacía trece días el *Forward* no lograba ganar un nuevo grado hacia el Norte por lo que el atractivo de la recompensa monetaria comenzaba a eclipsarse.

Aún así Hatteras marchó resueltamente en medio de los témpanos que la corriente arrastraba hacia el Sur. Había decidido subir por el canal de Wellington. Este se hallaba encerrado entre la costa de Devon al Este y la isla Cornualles al Oeste.

En 1851, el capitán Penny, en las balleneras *Lady Franklin* y *Sophie*, exploró ese canal y Stewart. Uno de sus tenientes, al llegar al cabo, descubrió el mar libre. ¡El mar libre! eso era lo que esperaba Hatteras.

—Lo que Stewart encontró yo también lo encontraré —dijo Hatteras—, y entonces podré navegar a vela hacia el Polo.

—Pero —respondió el doctor—, ¿no teme que su tripulación...?

—¡Mi tripulación! —exclamó Hatteras con amargura. ¡Pobre gente!

Era el primer sentimiento de ese tipo que sorprendía el doctor en el corazón del capitán.

—¡Pero no! —agregó éste con energía—. ¡Deben seguirme y me seguirán!

Entretanto el *Forward* avanzaba poco hacia el Norte, porque los vientos contrarios lo obligaban con frecuencia a detenerse. Dobló penosamente los cabos Spencer e Innis, y el martes 10 llegó por fin a los 75 grados de latitud.

A la altura de la bahía de Behring hay un canal estrecho que conecta el de Wellington con el de la Reina. Allí los hielos estaban todavía muy apretados y Hatteras hizo esfuerzos infructuosos para atravesar los pasos del Norte de la isla de Hamilton. El viento se le oponía y lo hizo refugiarse en un punto situado entre las islas de Hamilton y la Cornualles, con lo que perdió cinco días preciosos.

El 19 de julio la temperatura seguía bajo cero y cayó a los 4 grados centígrados. Esta amenaza anticipada del invierno ártico obligó a Hatteras a no esperar más. El viento seguía oponiéndose a la marcha del buque. Hatteras tenía urgencia por alcanzar el punto en que Stewart se halló en presencia de un mar libre. El 19 decidió avanzar por el canal a toda costa. El bergantín tenía viento de proa; con su hélice hubiera podido luchar contra las fuertes ráfagas cargadas de nieve, pero ahora era necesario economizar combustible. Sin preocuparse por las fatigas de la tripulación, Hatteras recurrió a un medio que los balleneros emplean alguna vez en circunstancias idénticas. Hizo amarrar los botes a los costados del buque. Se colocaron remos a estribor de los unos y a babor de los otros; los marineros se sentaron en el banco de los remeros, donde se fueron relevando y tuvieron que bogar vigorosamente para impulsar al bergantín contra el viento.

El *Forward* avanzó lentamente por el canal. Así navegó durante cuatro días, hasta

que el 23 de julio alcanzó la isla de Behring, en el canal de la Reina. Entonces ya se escuchaban murmullos de descontento entre la tripulación sometida a ese trabajo de galeotes.

El viento seguía siendo contrario. Los marinos ya no podían más. Su salud pareció al doctor muy quebrantada y creyó ver en algunos los primeros síntomas del escorbuto. Hatteras comprendió que no podía contar con ellos y que nada conseguiría tratándolos con suavidad. Resolvió, pues mostrarse implacable cuando la ocasión lo requiriera. Desconfiaba particularmente de Shandon y hasta de Wall, el que, sin embargo, no se atrevía a hablar demasiado alto. Hatteras tenía a su lado al doctor, a Johnson, a Bell y a Simpson. Entre los indecisos estaban Foker, Bolton, Wolsten, el armero y Brunton, el maquinista, los que en cualquier momento podían volverse contra él. En cuanto a los demás, Pen, Gripper, Clifton y Warren, tramaban abiertamente sus proyectos de motín: querían soliviantar a sus camaradas y obligar al *Forward* a regresar a Inglaterra.

Hatteras vio que no podía ya obtener nada de esa tripulación dividida y extenuada. Por veinticuatro horas permaneció ante la isla Behring sin adelantar un paso. Pero la temperatura seguía bajando y se sentía ya la influencia del próximo invierno. El 24, el termómetro cayó a 6 grados centígrados bajo cero. El hielo nuevo se rehacía durante la noche y adquiría un grosor de hasta dieciocho centímetros.

Hatteras no se hacía ilusiones. Si llegaban a obstruirse los pasos, estaría obligado a invernar en ese punto, alejado del destino final de su viaje, y sin haber siquiera entrevisto el mar libre que tan cerca debía estar. Decidió entonces continuar adelante a toda costa y ganar algunos grados hacia el Norte. Como no podía usar los remos con una tripulación agotada y descontenta, ni las velas con un viento adverso, dio orden de encender los hornos.

La orden del capitán provocó conmoción entre los tripulantes y estuvo a punto de encender el peligroso polvorín de los ánimos exaltados.

—¡Encender los hornos! —dijeron unos.

—¿Y con qué? —dijeron otros.

—¡No tenemos carbón más que para dos meses! —alegó Pen.

—¿Con qué vamos a calentarnos en invierno? —preguntó Clifton.

—Nos veremos obligados —respondió Gripper— a quemar el buque.

—Sí, y a llenar la estufa con los mástiles —agregó Warren.

Shandon miraba fijamente a Wall. Los maquinistas no se decidían a cumplir la orden.

—¿Me han oído? —gritó iracundo el capitán.

Brunton se dirigió a la escotilla, pero cuando iba a bajar se detuvo.

—¡No vayas, Brunton! —dijo una voz.

—¿Quién habló? —gritó Hatteras.

—¡Yo! —dijo Pen, avanzando hacia el capitán.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó éste, furioso.

—¡Digo... digo —respondió Pen— digo que ya basta, que no iremos más lejos; que no queremos morir de fatiga y frío y que no se encenderán los hornos!

—Señor Shandon —respondió fríamente Hatteras— haga encerrar a ese hombre.

—Pero capitán —respondió Shandon— lo que él dice...

—¡Lo que él dice —replicó Hatteras— si usted se atreve a repetirlo, haré que lo encierren en su camarote con centinela a la vista! ¡Prendan a ese hombre! ¿No me oyen?

—Johnson, Bell y Simpson, se dirigieron al marinero.

—¡Cuidado! ¡Pobre del que me toque...! —exclamó éste tomando una barra de hierro.

Hatteras avanzó hacia él.

—¡Pen —dijo con voz tranquila—, un grito más y te destapo los sesos!

Mientras hablaba así, amartilló su revólver y apuntó al marinero.

Se escuchó un murmullo.

—¡Silencio, todos —dijo Hatteras— o mato a este miserable!

En aquel momento Johnson y Bell desarmaron a Pen, el que sin oponer resistencia, se dejó llevar al fondo de la sentina.

—¡A la máquina, Brunton! —ordenó Hatteras.

El maquinista, seguido de Plewer y de Warren, bajó a ocupar su puesto. Hatteras se volvió a la popa.

—Ese Pen es un miserable —le dijo el doctor Clawbonny.

—No hay en el mundo ningún hombre que haya estado tan cerca de la muerte —respondió sencillamente el capitán.

Cuando el vapor adquirió la presión suficiente, el *Forward* levantó anclas y dirigió la proa hacia la punta Beecher rompiendo los hielos ya formados.

El bergantín navegó con gran dificultad entre torbellinos de nieve. El sol reaparecía de vez en cuando y la temperatura subía algunos grados; los obstáculos se derretían como por encanto y una hermosa superficie de agua se extendía en el mismo punto donde momentos antes los témpanos obstruían todos los pasos. El horizonte se cubría de un soberbio tinte anaranjado que servía de descanso a la vista fatigada del eterno albor de la nieve.

El jueves 26 de julio, el *Forward* pasó junto a la isla Dundas y luego se dirigió más al Norte; pero entonces se encontró ante un banco que tenía unos tres metros y estaba formado de pequeños *icebergs* arrancados de la costa por lo que se vio obligado a desviarse hacia el Oeste. El bergantín encontró por fin un paso por el cual avanzó penosamente. A veces un témpano enorme paralizaba su marcha durante horas.

En esas latitudes las aves eran aún numerosas y atronaban con sus graznidos. Algunas focas, echadas sobre témpanos que iban derivando, levantaban su cabeza algo asustadas y movían su largo cuello al pasar el bergantín.

Después de seis días de lenta navegación, el primero de agosto se divisó por el lado del Norte la punta Belcher. Hatteras trepó a uno de los mástiles y allí estuvo varias horas. El mar libre, visto por Stewart el 30 de mayo de 1851, a los 76 grados 20' de latitud, no podía estar lejos y sin embargo Hatteras, por más que observaba ansiosamente hasta los últimos límites del horizonte, no percibió ningún indicio de mares polares libres de hielo, de manera que bajó taciturno.

—¿Usted cree en ese mar libre? —preguntó Shandon al teniente.

—Empiezo a dudar de su existencia —contestó Wall.

—¿No tenía yo razón cuando dije que ese descubrimiento era falso? Pero nadie me hizo caso.

—De ahora en adelante le creeré, Shandon.

—Sí —respondió éste— cuando ya sea demasiado tarde—. Y se metió en su camarote donde permanecía casi siempre encerrado.

Por la tarde, el viento se hizo favorable. Hatteras decidió navegar a vela y mandó apagar los hornos. Por algunos días la tripulación volvió a las penosas maniobras de orzar o virar o rizar velas para controlar la marcha del buque. Más de una semana se tardó en alcanzar la punta Barrow. En diez días no había hecho el *Forward* más que cincuenta kilómetros.

El viento cambió de nuevo al Norte y se volvió a poner la máquina en movimiento. Hatteras tenía aún esperanza de hallar un mar libre de obstáculos más allá del 77 grado paralelo, tal como lo vio Edward Belcher.

El 15 de agosto, el monte Percy se levantó en la niebla con sus cumbres cubiertas de nieves eternas. Un viento muy fuerte arrojaba una metralla de granizo. Al día siguiente el sol se puso por primera vez, terminando con la larga serie de días de veinticuatro horas. Los hombres se habían ya habituado a aquella claridad permanente, que era poco sensible para los animales. En efecto, los perros groenlandeses se echaban a la hora de costumbre y el mismo *Duck* dormía regularmente en las horas que debían ser de noche, como si reinaran las más impenetrables tinieblas.

Sin embargo, en las noches que siguieron al 15 de agosto, la oscuridad no fue nunca profunda. El sol aunque se escondía un rato, continuaba dando, por refracción, luz suficiente.

El doctor siguiendo los consejos de Johnson, se acostumbró a soportar el frío. Permanecía casi siempre sobre cubierta, desafiando al viento y a la nieve. Había enflaquecido algo, pero su constitución triunfaba sobre los rigores del clima. Además él, que esperaba mayores peligros, consideraba hasta con alegría los síntomas

precursores del invierno.

—¿Ven —le dijo un día a Johnson— cuántas bandadas de pájaros emigran hacia el Sur? ¡Huyen dando graznidos que deben de ser adioses!

—Sí, doctor Clawbonny —respondió el contramaestre—. Algo les ha dicho que tenían que irse.

—Creo, Johnson, que hay entre nosotros más de dos que quisieran seguir ese camino.

—Son almas débiles, señor Clawbonny. ¡Qué diablos!, esos animales no tienen, como nosotros, provisiones ni víveres, y deben buscarlos en otra parte. Pero marinos como nosotros navegando en un buen buque deben ser capaces de ir al fin del mundo.

—¿Espera usted que Hatteras cumpla su proyecto?

—Lo hará, señor Clawbonny.

—Lo mismo creo Johnson, aunque no tenga para seguirle más que un solo compañero leal.

—¡Seremos dos!

—Sí, Johnson —dijo el doctor, estrechando la mano del valiente marinero.

El bergantín navegando alternadamente a vela y vapor, llegó a la bahía de Northumberland el 18 de agosto. Allí se vio completamente rodeado por el hielo.

# Atacan los Hielos

Luego de ordenar que se anclara la nave, Hatteras bajó a su camarote a examinar sus mapas. Estaba en los 76 grados 57' de latitud y 89 grados 20' de longitud.

El capitán miró emocionado aquella parte de las cartas de marear, en que un ancho espacio blanco señala las regiones desconocidas. Su mirada se detuvo luego en el mar polar libre de hielos.

—¡Después de tantos testimonios —pensó— dejados por distintos navegantes no puede haber ninguna duda! ¡El mar existe y yo lo encontraré!

El capitán subió a cubierta. Una inmensa niebla rodeaba al *Forward*. Desde abajo apenas alcanzaban a verse los toques de los palos. Hatteras hizo bajar al vigía de su puesto para relevarlo él mismo. Quería aprovechar todos los momentos de claridad, para examinar el horizonte del Noroeste.

Entonces Shandon no se contuvo y dijo al teniente:

—¡Y bien, Wall! ¿Divisa usted el mar libre?

—Tiene razón, Shandon —respondió Wall—, y ya no nos queda carbón más que para seis semanas.

—El doctor —respondió Shandon irónicamente— hará algún invento para calentarnos sin combustible. He oído decir que se hace hielo con fuego; tal vez él nos haga fuego con hielo.

Al día siguiente, 20 de agosto, se vio a Hatteras pasear ansiosamente sus miradas por el horizonte. Después bajó sin hacer ningún comentario y dio orden de seguir adelante. Era fácil adivinar que su esperanza había sido frustrada.

El *Forward* reinició su incierta marcha. Se arriaron todos los aparejos porque ya no se podía contar con el viento variable que en medio de los tortuosos pasos hubiera resultado casi completamente inútil. Unas manchas blanquecinas se formaban en el mar en distintas direcciones; eran el primer indicio de una helada general muy próxima. Apenas caía la brisa, el mar se congelaba casi instantáneamente pero al levantarse de nuevo algún viento, el hielo recién formado se rompía.

Cuando el bergantín llegaba al fondo de un paso cerrado, debía arremeter a todo vapor contra el obstáculo y hundirlo. A veces parecía definitivamente detenido, pero un movimiento inesperado de los hielos le abría un nuevo paso. Durante esas detenciones el vapor que escapaba por la válvula, se condensaba en el aire frío, y caía sobre cubierta convertido en nieve. Otra causa suspendía también la marcha: los hielos solían atascarse en las paletas de la hélice y tenían una dureza tal, que no podían romperlos los esfuerzos de la máquina. Entonces era necesario contener el vapor y enviar algunos marinos a desatascar la hélice.

Así pasaron trece días, durante los cuales el *Forward* se arrastró penosamente por el estrecho de Penny.



La tripulación murmuraba pero obedecía. Comprendía que volver atrás era ya imposible. La marcha al Norte ofrecía menos peligros que la retirada al Sur y era ya preciso pensar en la invernada.

Los marineros hablaban de esta nueva situación y un día la abordaron con el mismo Ricardo Shandon, al que ya contaban entre los suyos.

—¿Dice usted, señor Shandon —le preguntó Gripper— que no podemos retroceder?

—Ya es tarde para hacerlo —respondió Shandon.

—Entonces —repuso el marinero— ¿no debemos pensar más que en la invernada?

—¡Es nuestro único recurso! No me han querido creer...

—De ahora en adelante —respondió Pen, que había vuelto a su servicio— le creeremos.

—Da lo mismo. Yo no seré el jefe... —replicó Shandon.

—¿Quién sabe? —dijo Pen—. Hatteras está en libertad de ir donde le dé la gana, pero nadie está obligado a seguirlo.

—No hay más —dijo Gripper— que recordar los resultados de su primer viaje al mar de Baffin.

—¡Y el viaje del *Farewell* —dijo Clifton—, que bajo su mando se perdió en los mares de Spitzberg!

—De donde volvió él solo —respondió Gripper.

—Solo con su perro —replicó Clifton.

—No queremos sacrificarnos por los caprichos de ese hombre añadió Pen.

—¡Ni perder las primas que tenemos bien ganadas! —dijo Clifton.

—¡Cuándo hayamos pasado los 78 grados —añadió—, tendremos ganadas 375 libras por cabeza!

—Pero —respondió Gripper— ¿no las perderemos si nos volvemos sin el capitán?

—No —respondió Clifton— si sabemos probar que el regreso era indispensable.

—Pero el capitán...

—Tranquilo, Gripper —respondió Pen— tendremos un capitán, y muy bueno, a quien el señor Shandon conoce. Cuando un comandante se vuelve loco, se le echa y se nombra otro. ¿No es así, señor Shandon?

—Amigos —respondió Shandon evasivamente— siempre encontrarán en mí un corazón abierto. Pero esperemos los acontecimientos.

Entretanto Hatteras, firme, inquebrantable, enérgico, siempre confiado, seguía avanzando con audacia.

—¡Ah! —decía al doctor—; ¡si hubiera podido forzar el estrecho de Smith, al Norte del mar de Baffin, a estas horas estaría en el Polo!

—¡Bueno! —respondía Clawbonny—, pero ¿qué importa? Si por todas partes se va a Roma, más cierto es aún que todo meridiano lleva al Polo.

El 31 de agosto el termómetro marcó 10 grados centígrados. Llegaba el fin de la estación navegable. El *Forward* dejó a estribor a la isla Exmouth y tres días después dejó atrás la isla de la Mesa, situada en medio del canal de Belcher. En una época menos avanzada hubiera tal vez sido posible volver a pasar por ese canal al mar de Baffin; pero ahora eso era imposible: aquel brazo de mar, cerrado por los hielos, no ofrecía un centímetro de agua a la quilla del *Forward*.

Afortunadamente, aún podía seguirse viaje hacia el Norte. Con aquellas temperaturas bajísimas lo más terrible era la calma de la atmósfera, porque los pasos se obstruían rápidamente. Una noche de calma, todo se helaba. De manera que cualquier viento era bienvenido.

El *Forward* no podía invernar en aquella situación, expuesto a los vientos, a los *icebergs* y a la deriva del canal. Debía buscar un lugar abrigado. Hatteras esperaba ganar la costa de Nuevo Cornualles y encontrar, más allá de la punta Alberto, una bahía de refugio. Siguió, entonces su camino hacia el Norte.

Pero el 8 de septiembre un banco continuo, impenetrable, se interpuso entre el Norte y él, mientras la temperatura bajaba a 12 grados centígrados. Hatteras buscó en vano un paso, arriesgando cien veces su buque y haciendo prodigios de habilidad. Se lo podía motejar de imprudente, de irreflexivo, de loco, pero era un gran marino, y eso nadie lo discutía.

La situación del *Forward* se hizo peligrosa. El mar se cerraba tras de él; en pocas horas el hielo adquiriría una dureza tal, que los hombres saltaban sobre él con seguridad absoluta.

Hatteras resolvió emplear sus más fuertes explosivos. Las cargas quedaron listas, incrustadas en el hielo, pero decidió, esperar al día siguiente para encenderlas.

Sin embargo durante la noche arreció el viento de una manera furiosa. El mar se encrespó debajo de su costra de hielo, como sacudido por una tremenda conmoción submarina. De pronto, se oyó una voz aterrorizada.

—¡Alerta hacia popa!

Hatteras miró en esa dirección. Lo que vio a la luz del crepúsculo era verdaderamente espantoso.

Un banco gigantesco, corría hacia el buque con la rapidez de un alud.

—¡Todo el mundo a cubierta! —gritó el capitán.

La montaña invasora estaba sólo a ochocientos metros de distancia. Los témpanos, pasaban unos sobre otros, se atropellaban como enormes granos de arena arrastrados por un huracán formidable. Un ruido horrible atronaba por todas partes.

—Señor Clawbonny —dijo Johnson al doctor—. Este es uno de los mayores peligros que hemos corrido hasta ahora.

—Sí —respondió tranquilamente el doctor— me parece bastante serio.

—Es un ataque que tendremos que rechazarlo —repuso el contramaestre.

—En efecto, parece un ejército de dinosaurios.

Entretanto la tripulación, armada de pértigas y palancas, se preparaba para rechazar aquel formidable asalto.

El alud arrastraba en su torbellino a todos los hielos que había alrededor. Por orden de Hatteras, el cañón de proa disparaba continuamente balas rasas contra la mole que se precipitaba hacia el barco. Pero llegó el alud y se lanzó contra el bergantín, que crujió con estrépito.

—¡Qué nadie se mueva! —gritó Hatteras.

Enormes témpanos comenzaron a caer alrededor del barco. Otros más pequeños, arrojados hasta la altura de los mástiles caían convertidos en agudas flechas. La tripulación no sabía cómo librarse de aquellos enemigos cuya tremenda mole bastaba para aplastar cien buques como el *Forward*. Todos hacían lo posible para rechazar a aquellos invasores. Más de un marinero cayó herido; entre otros, Bolton tenía el brazo izquierdo completamente destrozado. *Duck* aullaba con rabia, intentando también enfrentar a esos enemigos blancos.

La oscuridad de la noche vino a empeorar la situación sin ocultar aquellos peñascos helados, cuya blancura recogía los últimos resplandores del cielo.

La voz de mando de Hatteras resonaba incesantemente en medio de esa lucha extraña y sobrenatural del hombre contra témpanos. El buque, obedeciendo a la presión enorme, se inclinó a babor y el extremo de las vergas del palo mayor comenzó a incrustarse en el campo de hielo con riesgo de romper toda la arboladura.

Hatteras comprendió el peligro: el bergantín estaba a punto de perder sus palos y ser destruido.

Un témpano tan grande como el barco, se levantó entonces a lo largo del casco. Si caía dentro del *Forward* todo habría terminado. Un grito de espanto salió de todos los pechos. Los marineros corrieron a estribor. Pero entonces el buque quedó enteramente en alto. Se sintió como se levantaba y durante un espacio de tiempo, imposible de determinar, flotó en el aire, después se inclinó y cayó sobre los témpanos con un desgarrador crujido de todas sus maderas. ¿Qué pasaba?

Levantado por aquella marca ascendente y rechazado por los témpanos que lo cogían por la popa, el *Forward* saltó el inaccesible banco de hielo. Luego de un minuto que pareció un siglo de aquella extraña navegación, cayó al otro lado del obstáculo, sobre un campo helado que hundió con su peso hasta tocar el agua.

—¡Hemos pasado el banco! —exclamó Johnson, maravillado.

—¡Alabado sea Dios! —respondió Hatteras.

En efecto, el bergantín estaba incrustado en una masa de hielo. Aunque su quilla estaba sumergida en el agua, no se podía mover, pero el campo marchaba con él.

—Derivamos capitán —anunció Johnson.

—Dejémonos llevar —respondió Hatteras, quien entendió que en realidad no había otra alternativa.

Al amanecer comprobó que bajo la influencia de una corriente submarina, el banco de hielo derivaba con rapidez hacia el Norte. Aquella mole flotante arrastraba al *Forward*. Previendo una catástrofe en caso de que el bergantín fuera arrojado a una costa o aplastado por la presión de los hielos, Hatteras mandó subir a cubierta una gran cantidad de provisiones y los utensilios de campamento de la tripulación. Pronto, por efecto de una temperatura de 14 grados centígrados bajo cero, el buque se vio rodeado de una muralla de hielo por sobre la cual no sobresalía más que su arboladura.

Así navegó por siete días. La punta Alberto, que forma la extremidad Oeste de Nuevo Cornualles, se vio el 10 de septiembre para perderse luego. A partir de entonces, se notó que el campo de hielo se dirigía al Este. ¿A dónde iban a llegar? ¿Dónde se detendría?

La tripulación esperaba cruzada de brazos. En fin, el 15 de septiembre, a eso de las tres de la tarde, el campo de hielo que los transportaba se detuvo bruscamente. El bergantín experimentó una sacudida violenta. Hatteras consultó su carta: se hallaban en el Norte, sin tierra alguna a la vista, a los 95 grados 35' de longitud y 78 grados 45' de latitud, en medio de ese mar desconocido, en que los geógrafos sitúan el polo del frío.

## Cuarteles de Invierno

La situación de Hatteras no era envidiable. Estaba con su barco aprisionado por los hielos, más allá de toda región hasta entonces explorada. Lo esperaba un invierno que se anunciaba terriblemente riguroso en el mismísimo polo frío del planeta. Sus reservas de combustible eran escasas y, por añadidura, se encontraba al mando de una tripulación medio sublevada.

Cualquier otro capitán al encarar esta situación tan llena de dificultades, se habría al menos angustiado. Pero John Hatteras permaneció firme y sereno.

Con ayuda de Johnson, hombre experimentado en esos trances, empezó los preparativos para la invernada. Según sus cálculos, el *Forward* había sido arrastrado a cuatrocientos kilómetros de la última tierra conocida, es decir del Nuevo Cornualles, y ahora estaba incrustado en un campo de hielo, inmovible como un lecho de rocas, del cual no podía arrancarla ninguna fuerza humana.

No había una gota de agua libre en aquellos vastos mares tocados por el invierno ártico. Los campos de hielo se eslabonaban hasta perderse de vista. Muchos *icebergs* erizaban la llanura helada, y el *Forward* se encontraba abrigado por los más altos de ellos que se levantaban en tres puntos del campo. Imaginemos rocas en vez de témpanos, prados en lugar de nieve, y el mar en su estado líquido, y tendremos el bergantín meciéndose en una hermosa bahía, a salvo de los vientos más temibles.

Aunque el buque estaba inmóvil, por precaución se sujetó con fuerza por medio de sus anclas, para prevenir malas jugadas de los deshuelos posibles o de los movimientos submarinos.

Johnson multiplicó sus medidas de invernada.

—¡Vamos a vernos en más de un apuro! —había dicho al doctor—. ¡Poca suerte tuvo el capitán! ¡Quedó atrapado en el punto más desagradable del planeta! Pero, en fin, veremos forma de salir de este aprieto.

El doctor estaba encantado de la situación y no la hubiera cambiado por ninguna otra. ¡Invernarse en el polo del frío! ¡Qué fortuna!

Se dio preferencia a los trabajos del exterior. Las velas quedaron en sus vergas aunque bien dobladas dentro de sus fundas. Pronto el hielo las cubrió con otra funda aun más impermeable.

También era recomendable cortar el hielo alrededor del buque para evitar la enorme presión del campo helado. El trabajo fue largo y penoso. Luego de algunos días el casco quedó libre, y se aprovechó de examinarlo por si estaba dañado. Gracias a la solidez de su construcción no había sufrido ningún destrozo aunque su forro de cobre estaba casi enteramente arrancado.

El doctor participó en todos los trabajos. Manejaba con destreza la cuchilla, y con su buen humor distraía y animaba a los marineros.

—He aquí una buena precaución —dijo.

—Sin ella, señor Clawbonny, no habría resistencia posible contra el hielo. Ahora podemos levantar una muralla de nieve a la altura de la borda —dijo el contramaestre.

—¡Excelente idea! —repuso el doctor—. La nieve es un mal conductor del calor, por eso no dejará escapar la temperatura interior.

—Así es —respondió Johnson—. Levantemos una fortaleza contra el frío, y también contra los animales, por si se les antoja visitarnos.

—Es una gran cosa —acotó el doctor— que el frío genere la nieve y el hielo con que nos protegemos contra él. Sin eso, lo pasaríamos muy mal.

Así, el buque estaba destinado a desaparecer bajo una capa espesa de hielo dispuesta para conservar su temperatura interior. Encima y a lo largo de la cubierta se construyó un techo formado de gruesas telas embreadas cubiertas después de nieve. Estas lonas protegían también los costados del buque. Hallándose completa mente cerrada, la cubierta se convirtió en un verdadero paseo. Encima de ella se echaron unos noventa centímetros de nieve que fue machacada y apisonada para ponerla dura. Esta nieve era también un obstáculo a la pérdida del calor interno. Sobre la nieve se echó una capa de arena, que al incrustarse se convirtió en una argamasa durísima.

—Con unos cuantos árboles me creería en Hyde Park y hasta en los jardines colgantes de Babilonia —comentaba el doctor.

Se hizo, además, a poca distancia del bergantín, un agujero en el suelo. Se trataba de un verdadero pozo que debía conservarse siempre abierto para lo cual se rompía todas las mañanas el hielo formado en su orificio. Su objeto era proporcionar agua en caso de incendio, y tenerla en abundancia para los baños ordenados a la tripulación como medida de higiene. Para ahorrar combustible se procuraba tomar el agua de las capas más profundas, donde está menos fría.

Habitualmente, durante los meses de invierno, se quitan todos los objetos que hay en el buque, para disponer de mayor espacio, y se depositan en tierra, en almacenes. Pero lo que puede practicarse en una costa no lo puede hacer un buque fondeado en un campo de hielo.

Dentro del barco todo se dispuso para combatir a los grandes enemigos de aquellas latitudes: el frío y la humedad. El primero trae el segundo que es el más temible. Al frío se resiste pero a la humedad se sucumbe y, por tanto, había que prevenirla.

El *Forward*, destinado a navegar en los mares árticos, ofrecía para internada las condiciones más convenientes. El gran cuarto de la tripulación estaba perfectamente concebido. En él se había tratado de evitar los rincones donde la humedad se refugia. Al bajar la temperatura, una capa de hielo se forma en los tabiques, particularmente en los ángulos y cuando se derrite produce una humedad constante. Si hubiese sido

circular, la sala de la tripulación hubiera estado aún mejor; pero, en fin, calentada por una gran estufa y bien revestida debía ser muy habitable. Las paredes estaban tapizadas de pieles de gamo y no de géneros de lana, porque ésta detiene los vapores que en ella se condensan e impregnan la atmósfera de humedad.

En la popa se derribaron los tabiques y los oficiales tuvieron una sola estufa. Esta sala lo mismo que la de la tripulación, estaba precedida por una antesala que evitaba un paso gradual de una temperatura a otra. En estas antesalas se dejaba además los vestidos cargados de nieve.

Unas mangas de lona servían para la introducción del aire destinado a las estufas y otras mangas permitían la salida del vapor del agua.

Se comprobó que una pequeña cantidad de carbón bastaba para conservar en las salas una temperatura de 10 grados centígrados. Después de haber hecho revisar los pañoles, Hatteras comprobó que no tenía combustible ni para dos meses.

Se estableció un tendedero para los vestidos que tenían que lavarse ya que no era conveniente secarlos al aire, porque se ponían duros y quebradizos.

Las partes delicadas de la máquina se desmontaron también con el mayor cuidado y se cerró herméticamente el departamento en que se las guardó.

Hatteras estableció con mucho tino un reglamento para regular la vida invernal. Los marineros se levantaban a las seis de la mañana; el piso de los dos cuartos se fregaba todas las mañanas con arena caliente; el té hirviendo figuraba en toda las comidas, y la alimentación variaba todo lo posible, según, los días de la semana, componiéndose de pan, grasa de buey y de pasas para los *puddings*, de azúcar, cacao, arroz, de limonada, carne en conserva de buey y cerdo salado y de verduras y legumbres en vinagre. La cocina estaba situada fuera de las salas comunes, con lo que, si bien que se desperdiciaba su calor, se evitaba su evaporación y la humedad.

La salud de la gente dependía mucho de su dieta. En aquellas elevadas latitudes se debe ingerir principalmente materias animales. El doctor había presidido la confección de las minutas.

—Es necesario —decía— aprender de los esquimales que han recibido lección de la naturaleza. Si los árabes y los africanos pueden contentarse con algunos dátiles y un puñado de arroz, aquí hay que comer mucho. Los esquimales ingieren diariamente mucho aceite y grasas. Al que no le agrada este régimen, tendrá que recurrir al azúcar. En una palabra, necesitamos carbono, mucho carbono. Es bueno echar carbón en la estufa que llevamos dentro de nosotros mismos.

Se prescribió a todos los marineros tomar cada dos días un baño de agua medio helada que se sacaba del pozo. Este medio era excelente para conservar el calor natural. El doctor daba el ejemplo. En un principio le pareció que el baño era muy desagradable pero pronto halló un verdadero placer en aquellas inmersiones.

Cuando el trabajo, la caza o los reconocimientos obligaban a los tripulantes a

desafiar a los grandes fríos, tenían que procurar no quedar helados en cualquier parte del cuerpo. Cuando, a pesar de todas las precauciones se helaban, la circulación de la sangre se restablecía con fricciones de nieve. Además, los marineros vestían cuidadosamente con trajes de lana que les cubrían todo el cuerpo; llevaban capotes de piel de gamo y pantalones de piel de foca, que son perfectamente impermeables.

Los arreglos del buque y la instalación a bordo se prolongaron durante cerca de tres semanas. Así, se llegó al 10 de octubre sin novedad.



# La Vieja Zorra de Ross

La temperatura había descendido a 16 grados bajo cero pero la ausencia de vientos hacía que el frío pudiera soportarse. Aprovechando esta circunstancia y la transparencia del aire, Hatteras partió a hacer un reconocimiento del lugar. Trepó a uno de los *icebergs* más altos pero aún con ayuda de su catalejos no divisó más que una cadena de montañas de hielo. No había ni una señal de tierra a la vista. Después de un rato volvió a bordo, tratando de calcular la duración probable de la invernada.

El doctor, James Wall, Simpson, Johnson y Bell, entre otros, se habían aficionado a la caza y eso permitía a la tripulación disponer de alguna carne fresca. La verdad es que sólo las perdices de roca, propias de esa latitud, no emigraban al Sur en el invierno y se las podía matar fácilmente.

También había liebres, zorras, lobos, armiños y osos, pero estos animales eran ariscos y escapaban apenas olían a los cazadores. Además era difícil distinguirlos en esas planicies blancas, de su mismo color.

La caza de las focas era especialmente apetecida, tanto por sus pieles como por su grasa, que podía servir de combustible. Además, su hígado puede ser un excelente comestible. Se veían cientos de estos mamíferos y a pocos kilómetros del buque el campo estaba literalmente hecho un colador por los agujeros de esos enormes anfibios. Sin embargo, ellos huelen al cazador desde lejos y aunque muchos resultaron heridos, escaparon fácilmente zambulléndose en el mar, por debajo de los hielos.

Afortunadamente, Simpson logró cazar a una gran foca, gracias a que tomó la precaución de tapar su agujero, cortándole de esa forma la retirada. Así el animal quedó a disposición de los cazadores. Resistió un tiempo pero después de haber recibido varios tiros quedó exánime. Tenía tres metros de largo y dieciséis dientes en las mandíbulas. Sus grandes aletas pectorales en forma de antebrazos, su cola pequeña y provista de otro par de aletas, hacían de él un magnífico ejemplar. El doctor quiso conservar la cabeza para su colección, y la piel para eventuales necesidades futuras. Preparó una y otro por un medio fácil y rápido. Hundió el cuerpo del animal en el agujero. Miles de pequeños crustáceos no dejaron en él ni la menor partícula de carne de modo que en doce horas el trabajo estaba concluido. Ni el más hábil curtidor de Inglaterra hubiera podido hacerlo mejor.

El 23 de septiembre comienza el invierno en las regiones árticas. El sol fue escondiéndose poco a poco tras el horizonte y desapareció por fin el 23 de octubre, alumbrando con sus rayos oblicuos, por última vez, la cima de las montañas heladas. El doctor le dio su adiós de sabio y de viajero. Ya no lo volvería a ver hasta el mes de febrero.

Sin embargo, durante esta larga ausencia del sol, la oscuridad no es total. La luna

lo reemplaza todos los meses. Además está el singular brillo de las estrellas en el cielo transparente, el resplandor de los planetas, las auroras boreales y retracciones singulares de los horizontes blanqueados por la nieve. Por otra parte, hay todos los días una especie de crepúsculo durante algunas horas. Desafortunadamente, la niebla y los torbellinos de nieve hunden a menudo aquellas frías regiones en la más completa oscuridad.

La temperatura bajó bruscamente el 25 de octubre, a 20 grados centígrados bajo cero. Se desencadenó un huracán fortísimo y una densa niebla oscureció la atmósfera. Durante varias horas todos se preocuparon por la suerte de Bell y de Simpson, a quienes la caza había llevado demasiado lejos, y no volvieron a bordo sino después de haber permanecido un día entero echados sobre sus pieles de gamo, mientras la tormenta barría el espacio sobre ellos, sepultándolos bajo un metro y medio de nieve. Les faltó poco para quedar helados y el doctor tuvo que hacer grandes esfuerzos para restablecerles la circulación de la sangre. La tempestad duró ocho días en los cuales no se podía sacar un pie fuera del buque.

En aquel período de ocio forzado, cada cual vivía a su manera. Unos pasaban el tiempo durmiendo, los otros fumando y algunos conversando en voz baja e interrumpiéndose al acercarse Johnson o el doctor. Ningún lazo unía ya a los hombres de aquella tripulación. No se reunían más que para la oración de la tarde, y los domingos para la lectura de la Biblia.

Clifton comprendió que pasado el 78 grados paralelo, su parte de la paga llegaba a 375 libras. Esa cantidad le parecía bien y no ambicionaba más. Todos participaban de su opinión y no pensaban más que en disfrutar lo más pronto posible, de esa fortuna ganada a costa de tantas fatigas y sacrificios.

El capitán no se divisaba en parte alguna. No participaba ni en las cacerías ni en los paseos. También lo dejaban indiferente los fenómenos meteorológicos que maravillaban al doctor. Vivía con una idea fija que se resumía en dos palabras: *Polo Norte*. No pensaba sino en el momento en que el *Forward*, libre de los hielos, volvería a navegar hacia latitudes boreales.

No hay cosa más triste que un buque prisionero, inmóvil, cuyas formas han sido alteradas bajo gruesas capas de hielo. No se parece a nada; hecho para el movimiento no se puede mover y se ha convertido en casa de madera, en almacén, en recinto sedentario. Esta circunstancia anómala llenaba las almas de los marineros con sentimientos indefinibles de amargura.

Cuando terminó la tempestad, el 3 de noviembre a las seis de la mañana, con una temperatura de 21 grados centígrados bajo cero, el doctor partió en excursión de caza en compañía de Johnson y de Bell. Las llanuras de hielo estaban unidas y la nieve, endurecida por la helada ofrecía un terreno bastante apto para una buena caminata. Un frío seco y punzante llenaba la atmósfera. La luna brillaba con pureza

incomparable, producía un efecto luminoso incomparable en las pequeñas asperezas del campo y en las huellas de los pasos. Las grandes sombras de los cazadores se estiraban en el hielo con limpieza sorprendente.

El doctor había llevado a su amigo *Duck*, que era mucho mejor cazador que los perros groenlandeses. *Duck* corría olfateando el camino y con frecuencia mostraba a los hombres alguna huella de oso aún fresca. Sin embargo, pese a su habilidad, los cazadores no habían encontrado siquiera una liebre después de dos horas de camino.

—¿Se habrá ido la caza al Sur? —preguntó el doctor.

—Así parece, señor Clawbonny —contestó el carpintero.

—No lo creo —dijo Johnson—. Las liebres, zorras y osos están acostumbrados a estos climas. Me parece que la última tempestad fue la causa de su desaparición. Pero con los vientos del Sur no tardarán en volver.

—Si al menos pudiéramos siquiera proveernos de carne de oso —suspiró Bell.

—Ahí está precisamente la dificultad —replicó el doctor— los osos son escasos y salvajes. Todavía no están bastante civilizados como para ponerse al alcance de nuestras escopetas.

—Bell habla de carne de oso —repuso Johnson—, pero en este momento sería preferible su grasa.

—Tienes razón, Johnson —dijo Bell—. Tú sólo piensas en el combustible.

—¿En qué otra cosa se puede pensar? No nos queda carbón, por más que se economice, más que para tres semanas.

—Sí —dijo el doctor—. La cosa es seria. No estamos más que a principios de noviembre y en la zona glacial, febrero es el más frío del año. Aún así, a falta de grasa de oso, podemos contar con la de foca.

—Pero no por mucho tiempo —dijo Johnson—. Las focas, por frío o por miedo, pronto dejarán de salir a la superficie de los hielos.

—Si es así —dijo el doctor— es indispensable cazar osos. Además el oso es el animal más útil de esas comarcas porque proporciona alimento, vestido y combustible. ¿Oyes, *Duck*? —dijo el doctor acariciando al perro—. Necesitamos osos. ¡Búscalos!

En ese mismo momento *Duck* partió, veloz como una flecha, husmeando en el hielo.

Uno de los fenómenos extraordinarios es el gran alcance del sonido en las bajas temperaturas. Este hecho es comparable sólo con la claridad de las constelaciones en el cielo boreal. Los rayos luminosos y las ondas sonoras se propagan a enormes distancias sobre todo cuando reina el frío seco en las noches hiperbóreas.

Guiados por los lejanos ladridos, los cazadores se lanzaron tras *Duck*. Llegaron a él jadeando. El perro estaba a cerca de cincuenta pasos de una mole enorme que se agitaba en la cumbre de un monte.

—¡Un oso, un buen oso! —exclamó Bell preparando su escopeta.

Johnson y el doctor lo imitaron y dispararon, al parecer sin dar en el blanco porque el animal siguió balanceando parsimoniosamente su enorme cabezota. Johnson se acercó también y, después de apuntar cuidadosamente, apretó el gatillo de su escopeta.

—¡Nada! —gritó el doctor—. ¡Maldita refracción! ¿No nos acostumbraremos nunca a ella? Ese oso está fuera de tiro. Debe encontrarse por lo menos a mil pasos de nosotros.

—¡Vamos! ¡Adelante! —exclamó Bell.

Los tres corrieron hacia el animal, al que los tiros no habían alterado para nada. Parecía ser de gran tamaño y los hombres, sin calcular el peligro que representaba el carnívoro, se lanzaron al ataque. Cuando llegaron a una distancia regular hicieron fuego y el oso, herido mortalmente, dio un salto y cayó al pie de la loma.

*Duck* fue corriendo hacia él.

—Es raro que haya caído tan pronto —dijo el doctor.

—No nos ha costado más que tres tiros —afirmó.

—¡Qué extraño! —dijo Johnson.

—Puede que hayamos llegado precisamente en el momento en que iba a morirse de viejo —comentó el doctor, riendo.

Los cazadores llegaron al pie de la loma, y con gran asombro hallaron a *Duck* oliendo el cadáver de una zorra blanca.

—¡Buen negocio! —exclamó Bell—. ¡Qué chasco el que nos hemos llevado!

—¿Es posible? —dijo el doctor—. ¡Matamos un oso, y cae una zorra!

Johnson no sabía qué decir.

—¡Bueno! —exclamó el doctor con una carcajada mezclada con despecho—. ¡La refracción! ¡Siempre la refracción!

—¿Qué quiere decir, señor Clawbonny? —preguntó el carpintero.

—Quiero decir amigo, que la refracción nos ha engañado tanto acerca de la dimensión como de la distancia. Nos ha hecho ver un oso bajo la piel de una zorra. Por lo visto aquí todo es fantasmal.

—Oso o zorra, lo comeremos igual. Llevémosla —dijo Johnson.

Pero en el momento de echarse el animal al hombro advirtió:

—Esto sí que es raro.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor.

—¡Mire, señor Clawbonny, mire! Lleva un collar y no creo que se trate de un efecto de la refracción.

—¿Un collar? —preguntó el doctor, inclinándose hacia el cuadrúpedo.

Así era: un collar de cobre bastante gastado resaltaba sobre la blanca piel de la zorra. El doctor creyó notar en él letras grabadas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Johnson.

—Significa —respondió el doctor— que acabamos de matar una zorra que tiene más de doce años, una zorra que fue cogida por James Ross en 1847.

—¿Es posible? —exclamó Bell.

—¡Así es! Y siento que hayamos matado este pobre animal. Durante su invernada, se le ocurrió a Ross la idea de coger gran número de zorras blancas y les puso a todas un collar de cobre donde estaba grabada la indicación de sus buques, el *Enterprise* y el *Investigator*, y las de los depósitos de víveres. Las zorras atraviesan grandes distancias en busca de alimentos, y Ross esperaba que alguna de ellas cayera en manos de los hombres de la expedición de Franklin.

—Creo que no nos la comeremos —dijo Johnson—. Además, ¡una zorra de doce años! Nos contentaremos con guardar su piel.

Johnson se echó el animal sobre los hombros y los tres cazadores se dirigieron al buque orientándose por las estrellas.

# Adiós al Carbón

Definitivamente los osos no parecían dispuestos a dejarse cazar.

Los tripulantes lograron matar todavía algunas focas antes de que nuevas y violentas tempestades de nieve los obligaran a recluirse en el interior del buque.

Entretanto la temperatura seguía bajando. El 15 de noviembre el termómetro marcó 31 grados bajo cero. Un frío como ese habría sido soportable en una atmósfera tranquila, pero el viento soplaba con furia y parecía hecho de cortantes hojas de acero que herían el aire.

El cautiverio no agradaba nada al doctor quien pensaba que la nieve, consolidada por el viento, ofrecía un terreno firme, apto para intentar alguna excursión de largo aliento.

Clawbonny sabía de todas formas que cualquier ejercicio violento, haciendo tanto frío, sofoca pronto. Un hombre no puede desarrollar ni siquiera la cuarta parte de su rendimiento habitual, y le es imposible manejar los utensilios de hierro, porque si los coge sin precaución, experimenta un dolor igual al de una quemadura y deja pedazos de su piel pegados a ese objeto.

Recluida en el buque, la tripulación quedó reducida a pasearse dos horas diarias por la cubierta entoldada donde se le permitía fumar, cosa que estaba prohibida en la sala común. Allí, al disminuir el fuego, el hielo invadía las paredes y las junturas del suelo, y no había hebilla, clavo ni lámina de metal que no se cubriera inmediatamente de una capa de hielo.

El aliento de los hombres se condensaba en el aire y caía convertido en nieve. A poca distancia de la estufa el frío recobraba todos sus fueros y la tripulación permanecía apretada junto al fuego.

El doctor les recomendaba que se familiarizaran con aquella temperatura que seguramente iba a bajar aún más; les aconsejaba que sometiera poco a poco su piel al contacto con el frío intenso y predicaba con el ejemplo. Pero la pereza y el entorpecimiento tenían a la mayor parte de los marinos postrados; no se querían mover y preferían dormir pegados a la escasa lumbre.

El capitán Hatteras parecía inmune al frío. Se paseaba en silencio como era su costumbre. Parecía tener el principio del calor natural que buscaba en sus marineros. ¿Estaba acorazado con su idea fija hasta el punto de no experimentar los estímulos exteriores? Los tripulantes lo veían desafiar impertérrito aquellos treinta y un grados bajo cero; pasaba fuera del buque horas enteras y volvía sin que se notaran en su rostro las señales del frío.

—¡Es un ser extraño —decía el doctor al contramaestre— hasta yo mismo estoy asombrado! ¡Parece que lleva dentro un horno ardiendo! ¡Tiene uno de los más poderosos temperamentos que he conocido!

—El hecho es —comentó Johnson— que circula al aire libre, sin abrigarse más que en el mes de junio.

—El abrigo es de poca importancia —respondió el doctor— ¿de qué sirve abrigar mucho al que no puede producir el calor por sí mismo? ¿De qué valdría calentar un pedazo de hielo envolviéndolo en una manta de lana? ¡Hatteras no necesita nada de eso! ¡No sería extraño que a su lado hiciera calor como junto a un carbón ardiente!

Una poderosa marejada se desató el 25 de noviembre. El agua subió del pozo con violencia. La espesa capa de hielo fue sacudida por la agitación del mar y sordos crujidos revelaban la fuerza de esa feroz lucha submarina. Afortunadamente el buque se mantuvo firme y sus cadenas resistieron.

En los días que siguieron la temperatura continuó bajando. El ciclo se cubrió de una niebla espesa; el viento arrastraba la nieve acumulada y era difícil determinar si los torbellinos procedían del cielo o de los campos helados, en medio de esa confusión inenarrable. Algunos marineros, para no quedar inactivos se ocuparon en trabajos como el de preparar la grasa y el aceite de las focas. Estos productos se convirtieron en bloques de hielo que sólo podían romperse a golpes de hacha. Aquel hielo se reducía a pedazos, duros como el mármol. Con la cantidad que se recogió se hubieran podido llenar unos 10 toneles.

El 28, cuando el termómetro marcó 36 grados bajo cero, no quedaba ya carbón más que para diez días y todos veían acercarse con verdadero pavor el momento en que iba a faltar el combustible.

Por economía Hatteras hizo apagar la estufa de popa. Desde entonces Shandon, el doctor y él tuvieron que establecerse en la sala común de los tripulantes. Hatteras se halló así en contacto directo con los marineros que le dirigían miradas feroces. Debía escuchar sus recriminaciones y hasta sus amenazas y no podía castigarlos. Además, parecía sordo e insensible a todo. Ni siquiera reclamaba el sitio más próximo al fuego. Permanecía en un rincón, con los brazos cruzados, sin decir palabra.

Pen y sus compinches se negaban a hacer el menor ejercicio y pasaban todo el día echados junto a la estufa, sin hacer caso a los consejos del doctor. Así es que su salud no tardó en deteriorarse y el terrible escorbuto apareció a bordo.

Desde hacía tiempo el doctor había empezado a distribuir todas las mañanas limonada y pastillas de cal; pero estos preventivos, tan eficaces comúnmente, no ejercieron ninguna acción sensible en los enfermos. La dolencia, siguiendo su curso, mostró bien pronto sus más horribles síntomas.

Era un espectáculo triste el de aquellos desdichados cuyos músculos y nervios se contraían en horribles dolores. Sus piernas se hinchaban y se iban llenando de manchas de color azul oscuro; las encías sanguinolentas y los labios inflamados no permitían pasar más que sonidos inarticulados, y la sangre, completamente alterada, no transmitía ya la vida a las extremidades del cuerpo.

Clifton fue quien cayó primero, víctima de la terrible enfermedad. Le siguieron Gripper, Brunton y Strong. Entretanto los que aún estaban sanos no podía eludir ese espectáculo de sufrimiento, pues no había en el barco otro lugar abrigado que la sala común y era forzoso permanecer en ella. Así es que esa sala se convirtió en hospital, pues de los dieciocho tripulantes del *Forward*, trece cayeron en pocos días enfermos de escorbuto. Todo indicaba que Pen iba a librarse del contagio gracias a su vigorosa naturaleza. Shandon sólo experimentó los primeros síntomas, pero gracias al ejercicio llegó a mantenerse en un estado de salud aceptable. Clawbonny sufría al no poder aliviar tantos males y cuidaba a sus enfermos con el mayor celo. Trataba, sin embargo, de crear un ambiente lo más grato posible en medio de aquella tripulación consternada. Sus palabras, sus reflexiones sus ocurrencias, rompían la monotonía de esas largas horas de dolor. Leía en voz alta o contaba amenos relatos a los marineros aún no desvalidos que hacían, alrededor de la estufa, un estrecho círculo. Pero los gemidos de los enfermos, sus quejas, sus gritos de desesperación lo interrumpían a cada momento y entonces él, suspendiendo sus anécdotas, volvía a convertirse en médico servicial.

Afortunadamente su salud resistía. Ni siquiera adelgazó y su gordura hacía las veces de un abrigo. El decía que estaba muy contento de hallarse vestido como las focas y las ballenas que, gracias a sus espesas capas de grasa, soportan fácilmente el frío del Ártico.

Hatteras seguía sumido en su indiferencia glacial. Los sufrimientos de su tripulación parecían afectarlo poco. Tal vez su rostro no reflejaba sus emociones interiores. Sin embargo, un observador atento habría encontrado quizás, un corazón de hombre palpitando bajo aquella apariencia impenetrable.

El paseo de cubierta estaba desierto. Los perros esquimales eran los únicos que lo recorrían lanzando lamentables aullidos.

Siempre un hombre permanecía al lado de la estufa para cuidar de que no se apagara, lo que era muy importante, ya que apenas empezaba a disminuir el fuego, el hielo se incrustaba en las paredes y la humedad, súbitamente condensada, caía como una nevada sobre los infortunados tripulantes de ese bergantín inmóvil.

Así llegó el 8 de diciembre. Por la mañana el doctor fue a mirar el termómetro colocado fuera. Encontró el mercurio congelado dentro del tubo.

—¡Cuarenta y cuatro grados bajo cero! —dijo con desesperado asombro.

Ese mismo día se echó en la estufa el último pedazo de carbón que iba quedando a bordo.



# Navidad Helada

Ese último trozo de carbón quedó ardiendo con un chisporroteo agónico que anunciaba la extinción definitiva del fuego. La temperatura entretanto iba descendiendo en forma sensible. Entonces Johnson fue a buscar algunos pedazos del nuevo combustible que le habían proporcionado las focas, los metió, en la estufa y añadiendo estopa empapada en aceite helado, logró recuperar el calor. El olor de la grasa era insoportable, pero no había más remedio que acostumbrarse.

—Soportemos este hedor —dijo el contraмаestre— puede darnos una sorpresa agradable.

—¿Cuál? —preguntó el carpintero.

—Atraerá a los osos.

—¿Pero qué necesidad tenemos de osos? —dijo Bell.

—Amigo —respondió Johnson— las focas han desaparecido y no volverán en mucho tiempo. Si los osos no nos proveen de combustible, no sé qué vamos a hacer.

—Así es, Johnson. Esta situación es espantosa y si nos llega a faltar todo tipo de combustible, no habrá ya medio de...

—¡Aún queda uno!

—¿Uno?

—¡Sí, Bell! El último. Pero jamás el capitán lo permitirá. Y sin embargo, tal vez será inevitable recurrir a él.

Johnson se hundió en sus pensamientos de los que Bell no quiso sacarlo. Sabía que esos pedazos de grasa de foca, tan laboriosamente adquiridos, no durarían ocho días.

Los pronósticos del contraмаestre fueron acertados. Algunos osos atraídos por las emanaciones, comenzaron a acercarse al *Forward*. Los hombres que aún podían tenerse en pie salieron a darles caza, pero los osos están dotados de una astucia a toda prueba, por lo que fue imposible acercarse a ellos y las balas de los mejores tiradores no pudieron alcanzarlos.

Con cada hora que pasaba la situación se hacía más crítica. La tripulación estaba seriamente expuesta a morir de frío y era incapaz de resistir dos días más. Todos veían con terror acercarse el momento en que iba a consumirse el último pedazo de combustible.

Y éste se quemó el 20 de diciembre a las tres de la tarde. El fuego se apagó. Los marineros, formando círculo alrededor de la estufa, se miraron con expresiones de desesperanza y pavor. Hatteras se quedó inmóvil en su rincón, mientras el doctor, se paseaba ansioso, rebuscando en los archivos de su ingenio, sin encontrar ninguna solución a esa situación desesperada.

La temperatura bajó en la sala a 22 grados centígrados bajo cero.

Entonces Shandon, frío y resuelto, y Pen, echando chispas por los ojos, y tres marineros más de los que aún podían arrastrarse encararon a Hatteras.

—¡Capitán! —dijo Shandon.

—¿Qué quiere? —preguntó Hatteras.

—No tenemos fuego.

—¿Y qué?

—¡Si su intención es matarnos de frío —dijo Shandon con macabra ironía—, por favor dígalo de una vez!

—Mi intención —repuso Hatteras— es que cada cual cumpla con su deber.

—Hay algo que está por sobre el deber: es el derecho a la conservación de la vida —agregó Shandon—. Le repito que no tenemos fuego y que si seguimos así dentro de dos días ni uno solo de nosotros estará vivo.

—Yo no tengo leña —respondió secamente Hatteras.

—¡Bien! —gritó Pen con violencia—. ¡Hay que cortar la leña donde quiera que se encuentre!

Hatteras palideció.

—¿Dónde? —dijo.

—A bordo —respondió el marinero con insolencia.

—¡A bordo! —repitió el capitán, cerrando los puños con furia.

—Así es —respondió Pen—. ¡Cuándo el buque no sirve ya para navegar bien puede servir de leña!

Hatteras cogió un hacha y la levantó sobre la cabeza del marinero.

—¡Miserable! —aulló.

El doctor apenas tuvo tiempo para empujar a Pen y salvarlo del golpe del hacha que se hundió en una de las paredes del barco. Un coro de voces quejumbrosas y dolientes salieron de los camarotes, convertidos en lechos de muerte.

—¡Fuego, fuego! —imploraban los enfermos temblando de frío bajo sus mantas.

Hatteras recobró la calma y dijo:

—Si destruimos el buque ¿cómo volveremos a Inglaterra?

—Capitán —respondió Johnson— podríamos quemar las partes menos útiles, las bordas por ejemplo.

—Nos quedarían siempre las lanchas —agregó Shandon.

—¡Jamás! —respondió Hatteras.

—¡Por favor! —rogaron muchos marineros levantando la voz con gran esfuerzo.

—Tenemos abundancia de alcohol —dijo Hatteras—. Quémenlo todo.

Con ayuda de largas mechas sumergidas en ese líquido cuya llama pálida lamía las paredes de la estufa, se consiguió elevar algunos grados la temperatura de la sala.

En los días siguientes el viento volvió al Sur y subió la temperatura. Algunos marineros pudieron salir del buque durante las horas menos húmedas del día; pero las

oftalmías y el escorbuto mantuvieron a la mayor parte recluidos a bordo. Además, la pesca y la caza eran impracticables.

Pero esta leve mejora climática no fue más que una tregua pasajera. El 25, después de un cambio en la dirección del viento, el mercurio se congeló de nuevo en el termómetro y hubo que recurrir al instrumento de alcohol. Clawbonny, alarmado, comprobó que marcaba 52 grados bajo cero, y pensó que el hombre no estaba hecho para soportar semejante temperatura.

El hielo cubrió el suelo formando en el recinto grandes espejos empañados. La humedad se convertía en niebla espesa y el calor humano abandonaba las extremidades del cuerpo por lo que la piel se volvía azul. El pensamiento, confuso, debilitado, helado, producía delirios.

Desde el día en que se le propuso quemar el buque, Hatteras vagaba muchas horas sobre cubierta. ¡Esa madera era como su propia carne! Andaba armado y vigilante, insensible al frío, la nieve y el hielo que ponía rígidos sus vestidos, envolviéndolo como una coraza. *Duck* seguía sus paseos y lo acompañaba a todas partes.

El 25 de diciembre el capitán bajó a la sala común. El doctor, aprovechando un resto de energía, lo abordó directamente.

—¡Hatteras —le dijo—, vamos a morir por falta de fuego!

—¡Jamás! —contestó Hatteras, adivinando la petición que el médico quería hacerle.

—Es necesario —insistió Clawbonny.

—¡Jamás! —repitió Hatteras—. ¡Jamás! ¡Qué me desobedezcan si quieren!

Eso equivalía a dar libertad de acción. Johnson y Bell corrieron a cubierta. Hatteras oyó desgarrarse la madera de su bergantín, bajo los golpes del hacha y se puso a llorar en silencio.

Ese era el día de Navidad; en Inglaterra la noche de las reuniones familiares, alegres alrededor de un pino lleno de adornos. ¡Quién no recordaría entonces las espaciosas fuentes de carne asada! ¡Y aquellas tortas y pasteles! ¡Qué contraste con el dolor y la desesperación, con la miseria de esos tripulantes que no tenían como árbol de Navidad más que un buque perdido en las desconocidas regiones glaciales!

Pero el fuego devolvió parte de la fuerza al corazón de los marineros. Las tazas calientes de té y café produjeron un bienestar instantáneo. Así terminó ese año funesto de 1860, cuyo precoz y terrible invierno había hecho naufragar los atrevidos planes de Hatteras.

El 1 de enero de 1861 ocurrió un inesperado descubrimiento. Hacía un poco menos frío y el doctor había vuelto a sus estudios. Leía las notas de sir Edward Belcher sobre su expedición a los mares polares. De pronto un pasaje que hasta entonces había pasado desapercibido lo llenó de asombro; volvió a leerlo y vio que no se había equivocado.

En él sir Edward Belcher relataba que después de llegar al extremo del canal de la Reina, había encontrado restos importantes de la permanencia de los hombres.

—Son —decía— vestigios de habitaciones muy superiores a cuanto se puede atribuir a las tribus errantes de esquimales. Sus paredes están bien cimentadas en una tierra profundamente cavada; el piso interior está enlosado. Osamentas de renos, zorras y focas se encuentran en gran número. *Allí encontramos también carbón*

Al leer estas últimas palabras una idea nació en la mente del doctor. De inmediato fue donde Hatteras a mostrarle ese pasaje del libro.

—¡Carbón! —exclamó el capitán, maravillado.

—¡Sí, Hatteras, carbón! ¡Eso significa la salvación para nosotros!

—¡Carbón en este desierto! —repuso Hatteras—. Eso es imposible.

—¿Por qué? Belcher no tenía para qué mentir.

—Y si fuera cierto, doctor ¿qué podríamos hacer nosotros?

—Estamos a menos de ciento sesenta kilómetros de la costa en que Belcher vio carbón. Y una excursión de esa magnitud es perfectamente realizable, aún atravesando hielos y fríos como los que a nosotros nos cercan. ¡Partamos, capitán!

—¡Adelante! —gritó Hatteras, entusiasmado.

De inmediato informó a Johnson sobre esta decisión. Este aprobó el proyecto y lo comunicó a sus camaradas. Entre estos algunos lo aplaudieron y otros lo acogieron con indiferencia.

—¡Carbón en estas costas! —dijo Wall, incrédulo en su lecho de enfermo.

—Déjenlos hacer —repuso enigmáticamente Shandon.

Antes de iniciar los preparativos para la expedición, Hatteras quiso comprobar con exactitud la posición del *Forward*. Era importante hacer este cálculo ya que una vez lejos del buque, no sería posible volverlo a encontrar sin datos matemáticos, precisos.

Desde la cubierta el capitán midió varias distancias lunares y las alturas meridianas de las principales estrellas. No fue fácil realizar estas observaciones ya que por lo bajo de la temperatura, los espejos y lentes de los instrumentos se cubrían de una capa de hielo, y más de una vez Hatteras sintió abrasarse sus párpados al apoyarlos en el metal de los anteojos.

De todos modos logró algunas medidas exactas que sirvieron de base para sus cálculos, y volvió a la sala para ordenarlas. Terminado este trabajo levantó la cabeza preocupado, consultó su carta de marear, hizo en ella ciertos apuntes y miró al doctor sin decir nada.

—¿Qué hay? —preguntó éste.

—¿En que posición estábamos al comenzar la invernada?

—A 78 grados y 15' de latitud, 95 grados 35' de longitud, precisamente en el polo del frío del mundo.

—¡Bueno —dijo Hatteras en voz baja—; sucede que nuestro campo de hielo deriva! ¡Nos hallamos 2 grados más al Norte y más al Oeste! Eso quiere decir que estamos por lo menos a 480 kilómetros de ese depósito de carbón.

—¡Los pobres no saben nada! —exclamó el doctor indicando hacia los enfermos.

—¡Silencio! —dijo Hatteras, poniéndose un dedo en los labios. Es mejor que sigan sin saberlo.

# ¡En Marcha!

Hatteras había preferido no poner la nueva situación en conocimiento de los tripulantes. Pensó que al saberse arrastrados hacia el Norte por una fuerza incontenible, esos desdichados podrían entregarse a quizás qué arrebatos o actos desesperados.

El capitán, sin embargo, tuvo que esconder cuidadosamente la alegría que le producía el hecho de haber avanzado hacia el Norte, y de encontrarse a menos de 8 grados del Polo.

No le importaba que el *Forward*, al aproximarse al Polo se alejara de aquella mina de carbón observada por Edward Belcher. Sin embargo, después de una breve discusión entre Hatteras y Clawbonny, se insistió en la idea del viaje.

Se calculó que la expedición podría durar cuando más, cuarenta días, y Johnson hizo los preparativos en consecuencia.

Se ocupó en primer lugar del trineo que era de forma groenlandesa. Tenía 90 centímetros de ancho y de largo unos 8 metros. Su tiro se componía de seis perros, que a pesar de estar muy flacos eran fuertes y no parecían sufrir mucho la crudeza de ese invierno.

Como utensilios para el campamento se llevaron carpas para cuando fuera imposible la construcción de un iglú, una ancha tela impermeable para tender sobre la nieve e impedir que ésta se derritiera al contacto del cuerpo, varias mantas de lana y pieles de búfalo.

Como provisiones se cargaron cinco cajas de *pemmican*. Se llevaban también 12 galones de alcohol y galletas en buena cantidad, una cocina portátil, mechas y estopas, pólvora, municiones y cuatro escopetas de dos cañones. Los expedicionarios, adoptando el invento del capitán Parry, debían portar cintas de caucho, dentro de las cuales el calor y movimiento del cuerpo mantienen en estado líquido el café, el té y el agua.

El contramaestre se preocupó también de la fabricación de calzado para la nieve, montado sobre plantillas de madera y cubierto de cuero, que en caso necesario era también apto para patinar, reemplazándolo, sin embargo, con ventaja las botas de piel de gamo en los terrenos enteramente helados y endurecidos. Cada viajero debía llevar dos pares de cada clase.

Mientras se hacían estos preparativos, Hatteras todos los días a las doce, determinaba la posición del buque, el cual había dejado ya de derivar.

El capitán se dedicó también a escoger a los hombres que debían acompañarlo. Esta decisión era importante. Algunos no servían, pero era peligroso dejarlos a bordo. Sin embargo, como la salvación común dependía del éxito del viaje, el capitán optó por elegir, ante todo, compañeros seguros y experimentados.

Shandon quedó excluido inmediatamente. James Wall, postrado en cama no estaba en condiciones de viajar. Como el estado de los enfermos era estacionario y su tratamiento se reducía a fricciones y altas dosis de limonada, no se necesitaba la presencia del médico. Este se puso de buena gana a la cabeza de la expedición.

Johnson daba por descontado que estaría entre los elegidos para esa peligrosa empresa; pero el capitán lo llamó aparte y con voz amistosa le dijo:

—Johnson, yo sólo tengo confianza en usted. Es el único oficial a quien puedo confiarle el barco. Es preciso que se quede para vigilar a Shandon y a los otros. Se hallarán aquí encadenados por el invierno, ¿pero quién sabe las funestas resoluciones de que su maldad es capaz? Daré instrucciones para que en caso necesario usted asuma el mando. Demoraremos cuando más cuatro a cinco semanas, y yo estaré tranquilo teniéndolo a usted donde no puedo estar yo. Necesitará leña, lo sé. Pero en la medida en que sea posible, salve mi pobre bergantín. ¿De acuerdo?

—Perfectamente, capitán —respondió el viejo contramaestre—. Me quedaré, si es lo que más conviene.

—¡Gracias! —dijo Hatteras, estrechando su mano, y agregó—: Sino vuelvo, Johnson, espere hasta el próximo deshielo y trate de seguir hacia el Polo. Si los demás se oponen, no piense más en nosotros y lleve al *Forward* de regreso a Inglaterra.

Finalmente el destacamento quedó compuesto por Hatteras, Clawbonny, Bell, Simpson y del fiel *Duck*. Por lo tanto, habría que alimentar a cuatro hombres y siete perros. Las provisiones se habían calculado para proveerlos a todos.

Los primeros días de enero, la temperatura se mantuvo a 37 grados bajo cero. Hatteras esperaba con impaciencia una mejora del clima. Consultó varias veces el barómetro, aunque sabía que no podía fiarse de él, ya que en las latitudes pierde, al parecer, su exactitud.

Finalmente, el 5 de enero, un viento suave del Este, hizo elevarse la temperatura. La columna del termómetro subió a 28 grados bajo cero. Hatteras resolvió partir al día siguiente. Ya no podía, además, seguir presenciando el destrozo de su bergantín, cuya toldilla había pasado entera a la estufa.

Fue así como el 6 de enero, en medio de violentas ráfagas de nieve, se dio la orden de marcha. El doctor hizo a los enfermos las últimas recomendaciones, y Bell y Simpson se despidieron de sus compañeros con silenciosos apretones de manos. Hatteras quiso decir algunas palabras de despedida, pero se vio rodeado de miradas hostiles y creyó comprender en los labios de Shandon una sonrisa irónica, de manera que optó por el silencio.

El trineo cargado, con el tiro de perros listos, esperaba en el campo de hielo; Bell tomó la delantera y los demás lo siguieron: Johnson acompañó a los viajeros hasta unos 400 metros de distancia. Hatteras le rogó que volviera a bordo y el viejo marino

regresó después de una larga despedida.

Hatteras se devolvió entonces por última vez hacia el bergantín y vio desaparecer su elegante arboladura en las oscuras nubes del cielo.

Con Simpson dirigiendo el trineo, el destacamento partió en dirección Sudoeste. El ascenso de la temperatura anunciaba una nevada que no se hizo esperar. La nieve fue un nuevo obstáculo para los viajeros. Caía en forma tan tupida que dificultaba la visibilidad.

El hielo, sometido a las presiones de la helada, presentaba una superficie desigual y accidentada. El trineo tropezaba con frecuencia y a veces se inclinaba en forma peligrosa.

Los hombres se habían envuelto en sus trajes de piel, cortados a la moda groenlandesa. El corte no era nada elegante, pero sí muy apropiado al clima.

Los viajeros hablaban poco en esa monótona marcha por la llanura interminable. En esa atmósfera gélida el sólo acto de abrir la boca constituía un verdadero dolor, se formaban agudos cristales de hielo entre los labios, sin que el calor del aliento fuera capaz de disolverlos. Todos tanteaban con su palo aquel suelo desconocido. Las huellas de Bell iban quedando impresas en las capas blandas, y los demás las seguían suponiendo que por donde había pasado su guía podrían aventurarse todos.

Muchos rastros de osos y de zorras se cruzaban en todas direcciones pero durante esa primera jornada no se divisó a ninguno de estos animales. Por lo demás, la caza hubiera sido peligrosa e inútil, ya que el trineo iba sobrecargado.

Hatteras mandó a hacer alto cuando, a mediodía, el grupo llegó al abrigo de un farellón de hielo. El almuerzo se compuso de *pemmican* y té y reconfortó bastante a los viajeros.

La marcha se reemprendió después de una hora de descanso. Habían avanzado cerca de 32 kilómetros cuando por la noche hombres y perros cayeron rendidos de cansancio. Pero aún debían construir una casa de nieve para pasar la noche, ya que la carpa no era suficiente para protegerlos. En la construcción se gastó una hora y media. Bell se mostró muy hábil. Los témpanos de hielo, cortados a cuchillo se fueron superponiendo con rapidez, y se les dio forma de cúpula. La nieve blanda que servía de argamasa, una vez endurecida formó un solo cuerpo con los témpanos. Una abertura estrecha, por la cual era necesario deslizarse a rastras, permitía ingresar a la improvisada habitación. El primero que entró fue el doctor. Lo hizo con gran trabajo y los demás lo siguieron. Adentro se preparó la comida, sin más combustible que el alcohol. La temperatura interior de aquel iglú era bastante soportable ya que no entraba en él el viento que arreciaba con fuerza afuera.

Cuando terminó la cena nadie pensó más que en dormir. Los hombres tendieron sobre el suelo helado las telas impermeables, secaron en la llama de la cocina portátil las medias y las botas y luego tres de los viajeros, envueltos en sus mantas de lana,



durmieron bajo la vigilancia de un cuarto que velaba por la seguridad de todos y para impedir que la abertura de la casa se cerrara, pues sin esa precaución corrían el riesgo de quedar enterrados vivos.

*Duck* tenía derecho a dormir en el iglú, pero sus congéneres groenlandeses se quedaron fuera y después de comer, se agazaparon bajo la nieve, que se convirtió muy pronto en una cubierta impermeable.

A las seis de la mañana del día siguiente, se reinició la marcha. ¡Siempre estaban ahí los mismos valles, los mismos *icebergs*, con una uniformidad que volvía difícil la elección de puntos de referencia! Sin embargo la temperatura al bajar algunos grados y helar las capas de nieve volvió más rápido el paso de los viajeros.

Los que más hablaban durante esa penosa travesía eran el capitán y *Clawbonny*, quien ni siquiera sepultado bajo varios metros de hielo se habría quedado en silencio.

—Doctor —solía decirle *Hatteras*— creo que he hecho mal en dejar el *Forward*; he cometido una falta imperdonable, el lugar de un capitán está a bordo y no en otra parte.

—Pero allá quedó *Johnson*.

—Así es. Pero debemos apurarnos.

Los gritos de *Simpson*, que arreaba los perros, se oían a cada rato. A causa de un fenómeno de fosforescencia, el trineo parecía levantar una polvareda de chispas.

Volvióse a emprender el camino hacia el Sudeste. La segunda noche los viajeros se detuvieron después de haber avanzado unos 40 kilómetros. Todos estaban desechos, lo que no impidió al doctor encaramarse por una montaña de hielo mientras se construía la casa.

En el cielo transparente brillaba la luna, casi llena, arrojando un resplandor extraordinario.

Los días siguientes la expedición continuó ese camino monótono. El viaje se hacía con mayor o menor facilidad, con mayor o menor rapidez, según las variaciones de la temperatura, que cambiaba de seca y glacial a húmeda y penetrante.

El 13 de enero ya la luna, en su último cuarto, estaba visible por poco tiempo. El sol, seguía escondido en su sueño invernal, pero durante seis horas producía una especie de crepúsculo, insuficiente aún para alumbrar el camino.

*Bell* seguía a la cabeza. Tras él marchaba *Hatteras* y después *Simpson* y el doctor, uno tras otro, procurando mantenerse siempre en línea recta. Sin embargo, a pesar de todos esos cuidados, se separaban a veces hasta treinta y cuarenta pasos.

El 15 de enero, *Hatteras* hizo un cálculo según el cual habían avanzado 160 kilómetros. Como era domingo se dio algún descanso, se repararon varios objetos del campamento y por la noche se dedicó algún tiempo a la lectura de la Biblia.

Al otro día, se emprendió la marcha con una temperatura fría, de 36 grados bajo cero, en una atmósfera pura.

De pronto se levantó una especie de vapor congelado que alcanzó una altura de unos 30 metros y permaneció quieto. Aquel vapor se pegaba a los vestidos, cubriéndolos de agudos prismas, y no dejaba ver nada a un paso de distancia. Los expedicionarios sorprendidos por aquel fenómeno llamado *humo helado*, sólo atinaron a tratar de reunirse, por lo que empezaron a llamarse unos a otros.

—¡Simpson!

—¡Bell, por aquí!

—¡Clawbonny! ¡Doctor, acá!

—¡Capitán! ¿Dónde está usted?

Los cuatro se buscaban con los brazos extendidos en medio de la niebla impenetrable. Pero lo peor es que no obtenían ninguna respuesta, como si ese vapor tampoco fuera capaz de transmitir los sonidos.

Todos tuvieron la idea de disparar sus armas para señalar un punto de reunión. Pero si el sonido de la voz parecía demasiado débil, los estampidos de las armas de fuego eran excesivamente intensos y producían un estrépito confuso que no revelaba su punto de procedencia. Cada cual actuó entonces conforme a sus instintos. Hatteras se detuvo y esperó. Simpson se contentó con detener su trineo. Bell retrocedió buscando huellas con la mano. El doctor, tropezando con los témpanos, caía y se levantaba, iba en todas direcciones, cada vez más perdido. Después de cinco minutos se dijo:

—¡Esto no puede durar! ¡En este clima los imprevistos abundan demasiado! ¡Eh! ¡Capitán! —gritó de nuevo.

No obtuvo respuesta. Por lo que pudiera ocurrir, cargó de nuevo su escopeta y a pesar de sus gruesos guantes, el frío del cañón le quemó las manos. Entonces le pareció divisar una masa indefinida que se movía a poca distancia.

—¡Por fin! —dijo—. ¡Hatteras! ¡Bell! ¡Simpson! ¿Son ustedes? ¡Contesten!

Por toda respuesta se oyó un sordo gruñido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el doctor algo alarmado.

La desconocida mole se acercaba. A medida que lo hacían sus contornos se iban definiendo.

—¡Un oso! —pensó el médico.

Efectivamente, debía ser un oso de gran tamaño. Perdido en la niebla, iba y venía. En cualquier momento podía tropezar con los viajeros, cuya presencia seguramente no sospechaba.

—¡La cosa se complica! —se dijo el doctor.

Creyó sentir el soplo del animal, que poco después se perdía en la niebla, y entrever sus patas enormes, que azotaban el aire con sus agudas garras. El doctor saltó aterrorizado y entonces la mole en movimiento se desvaneció como un fantasma.

Al retroceder, Clawbonny notó que el suelo se iba levantando bajo sus pies y, con la ayuda de las manos, subió sobre un témpano. Y después de otro, que tentó con la punta de su palo.

—¡Un *iceberg*! —se dijo—. ¡En la cumbre estaré a salvo!

Con agilidad sorprendente trepó a unos 25 metros de altura. Su cabeza emergió por sobre la niebla helada, cuya parte superior parecía cortada con la mayor limpieza.

—¡Bueno! —dijo, y mirando alrededor, divisó a sus compañeros sumergidos en ese fluido denso y extraño.

—¡Hatteras!

—¡Doctor Clawbony!

—¡Bell!

—¡Simpson!

Los gritos de los cuatro hombres sonaron casi al mismo tiempo. El cielo, iluminado por un magnífico parhelio, despedía rayos pálidos que coloreaban la niebla, y las cimas de los *icebergs* parecían sobresalir como islas en medio de un mar de plata líquida. Los viajeros se hallaban dentro de un círculo que tenía menos de 35 metros de diámetro. La pureza de las capas de aire superiores, debida a una temperatura muy fría, hacía que sus voces se escucharan nítidamente y así pudieron entablar una conversación desde lo alto de sus respectivos témpanos. Después de los primeros disparos cada viajero había comprendido que lo mejor que podía hacer era elevarse por sobre la niebla.

—¡El trineo! —gritó el capitán.

—Está aquí, debajo de nosotros —respondió Simpson.

—¿En buen estado?

—Sí.

—¿Y el oso? —preguntó el doctor.

—¿Qué oso? —dijo Bell.

—El oso que me siguió hace poco rato.

—¡Un oso! —exclamó Hatteras—. ¡Bajemos!

—¡No! —replicó el doctor—. Nos perderíamos otra vez.

—¿Y si ataca a nuestros perros? —preguntó Hatteras.

En ese mismo momento sonaron los ladridos de *Duck*, que salían de la niebla.

—¡Es *Duck*! —gritó Hatteras—. ¡Algo pasa! La niebla se llenó entonces con toda clase de aullidos.

Eran *Duck* y los demás perros que ladraban furiosos. Todo ese ruido parecía un zumbido formidable, pero sin sonoridad, como si se interpretara un espantoso concierto en una sala acolchada. Era fácil comprender que en el fondo de aquella espesa bruma se estaba librando un combate invisible, y el vapor se agitaba a veces como el mar durante la lucha de los monstruos marinos.

—¡*Duck, Duck!* —gritó el capitán entrando nuevamente en la niebla.

—¡Espere Hatteras! —exclamó el doctor—. Parece que la niebla se está disipando.

No se disolvía sino que bajaba como el agua de un estanque que se vacía poco a poco. Parecía volver al suelo donde había nacido. Las cumbres resplandecientes de los *icebergs* crecían encima de ella. Por una ilusión de óptica, los viajeros, firmes en sus montes de hielo, creían elevarse en la atmósfera a medida que el nivel superior de la niebla iba descendiendo.

Pronto apareció el trineo, y luego los perros y después otros animales. Eran unos treinta.

—¡Zorras! —gritó Bell.

—¡Osos! —respondió el doctor—. ¡Uno, tres, cinco!

—¡Nuestros perros! ¡Nuestras provisiones! —aulló Simpson.

Manadas de zorras y de osos tomaban por asalto el trineo y devoraban sus provisiones. Los perros aullaban con furor, pero los merodeadores no les hacían caso y seguían el saqueo.

—¡Fuego! —gritó Hatteras, disparando su escopeta.

Todos le imitaron. Al oír ese estampido cuadruplicado, los osos con un gruñido dieron la señal de retirada y emprendieron un trote que ningún caballo hubiera podido seguir al galope, y junto a la manada de zorras, desaparecieron entre las montañas heladas.

# Mensaje de un Desconocido

Por tres cuartos de hora se había prolongado ese fenómeno particular de los climas polares. En ese lapso de tiempo los osos y zorras hicieron un daño irreparable. Las provisiones que saquearon les vinieron bien para el hambre que pasaban durante ese invierno tan rudo. El toldo del trineo quedó hecho pedazos, las cajas del *pemmican* abiertas y destrozadas, los sacos de galletas casi vaciados, la provisión de té tirada sobre la nieve; un tonel de alcohol abierto y sin su precioso líquido y los útiles de campamento desparramados. En fin, todo mostraba el encarnizamiento de aquellas bestias y la voracidad insaciable que les provocaba el hambre.

—Evaluemos las pérdidas —propuso el doctor para movilizar a sus compañeros que habían quedado estáticos. Sin decir palabra, Hatteras empezó a recoger los sacos dispersos. Se aprovechó el *pemmican* y las galletas que eran aún comestibles. La pérdida de una parte del alcohol era lo peor, pues sin él había que renunciar al té, al café y a todas las bebidas calientes. Haciendo el inventario de las provisiones salvadas, el doctor llegó a la conclusión que si el viaje continuaba, sería preciso que los viajeros se pusieran a media ración.

Ante esa situación crítica se discutió el partido que debía tomarse. ¿Convenía volver al buque y después comenzar de nuevo la expedición? En ese caso había que resignarse a perder los 240 kilómetros ya andados. Volver sin el combustible tan necesario tendría un efecto desastroso sobre la moral de la tripulación. ¿Se encontrarían después hombres dispuestos a repetir esa caminata agotadora por los hielos?

Partidarios de continuar se manifestaron el doctor, Hatteras y Bell. Simpson prefería el regreso inmediato, ya que las penalidades del viaje habían alterado su salud gravemente. Pero, en fin, viendo que nadie compartía su opinión, volvió a colocarse frente al trineo y la pequeña caravana continuó avanzando hacia el Sur.

Los días 15 al 17 de enero se avanzó más lentamente. La insuficiente alimentación no era propia para vigorizar a las bestias ni a las personas. El tiempo variaba con su movilidad habitual, pasando de un frío intenso a un estado de nebulosidad húmeda y penetrante.

La fisonomía de los campos de hielo se modificó bruscamente el 18 de enero. Muchos montículos de forma piramidal, altos y terminados en aguda punta, aparecieron en el horizonte. El terreno, en ciertos sitios taladraba la capa de nieve y emergía en rocas de cuarzo. Los viajeros pisaban, en fin, en tierra firme. Según sus cálculos ese debía ser el continente llamado Nuevo Cornualles.

La presencia de aquel terreno sólido satisfizo al doctor, puesto que indicaba que los viajeros ya no tenían que andar más que 160 kilómetros para alcanzar al cabo Belcher.

Empezó a hacerse cada vez más difícil avanzar por ese territorio sembrado de rocas afiladas, de grietas y precipicios. A veces era necesario ganar los altos acantilados de la costa, por entre gargantas estrechas en las que las nieves acumuladas formaban ventisqueros que tenían de 10 a 12 metros de altura. Los viajeros añoraban el camino llano de nieve helada. Ahora tenían que tirar el trineo con todas sus fuerzas, ya que los perros no tenían suficientes fuerzas para esa faena. Algunas veces fue necesario descargar completamente las provisiones para pasar cerros sumamente helados, cuyas superficies lisas no dejaban asidero alguno.

Cuando por fin el trineo alcanzó la parte superior de los acantilados, los viajeros extremadamente agotados no pudieron construir su casa de nieve y tuvieron que pasar la noche bajo la tienda, envueltos en pieles de búfalo. El termómetro marcó esa noche 42 grados bajo cero.

El estado de Simpson era cada día peor. Dolores intolerables, lo obligaban a quedarse echado en el trineo, que no podía ya conducir, de manera que lo reemplazó Bell, quién también sufría, pero al menos aún podía tenerse en pie. El doctor experimentaba también los efectos de ese viaje suicida en medio de un invierno terrible, pero no se escapaba de su boca ni una sola queja, y seguía adelante, apoyado en un palo, tanteando el camino. Hatteras continuaba tan impasible y sano como en el primer día.

El clima se hizo tan riguroso que el 20 de enero el menor esfuerzo producía una postración completa. Como el terreno era tan accidentado Hatteras, Bell y el doctor Clawbonny se engancharon junto a los perros para ayudarles a tirar. Así avanzaron por una profunda barranca, hundidos en la nieve hasta la mitad del cuerpo, y sudando a pesar del frío intenso. Nadie decía una palabra. De pronto Bell, que se hallaba junto al doctor lo miró alarmado, y luego, sin previo aviso tomó un puñado de nieve y empezó a restregar con fuerza la cara de Clawbonny.

—¿Qué hace usted, Bell? —preguntaba el médico atónito ante semejante vejamen.

Bell, ocupado en frotar, no contestó palabra.

—Por favor, Bell —repuso el doctor con la boca, nariz y ojos llenos de nieve— ¿se ha vuelto loco? ¿Qué le pasa?

—Lo que pasa es —contestó Bell— que si usted todavía es propietario de una nariz, me lo debe a mí.

—¡Mi nariz! —gritó el doctor, llevándose la mano a la cara.

—¡Calma, señor Clawbonny! Aún está en su lugar. Cuando lo miré, tenía la nariz completamente blanca y sin mi tratamiento ya habría perdido usted ese adorno incómodo para un viaje polar, pero muy útil en las circunstancias ordinarias de la vida.

—¡Gracias, Bell! —dijo el doctor—. Me siento en deuda con usted, y siempre

estaré dispuesto a ayudarlo.

—Cuento con ello doctor —respondió el carpintero— y ojalá no tengamos desgracias mayores.

—¡Bell! —repuso el doctor—. Usted alude a Simpson. El pobre es víctima de dolores horribles.

—¿Está en peligro su vida? —preguntó de pronto Hatteras.

—Sí, capitán —respondió el doctor.

—¿Cuál es su diagnóstico?

—Sufre un ataque de escorbuto. Sus piernas se hinchan y sus encías se entumescen. El pobre está ahí inmóvil bajo las mantas del trineo, y a cada instante los choques exacerban sus dolores. Lo peor, capitán, es que no puedo hacer nada para sanarlo.

—¡Pobre Simpson! —murmuró Bell.

—Tal vez sería bueno detenernos uno o dos días —sugirió el médico.

—¡Detenernos! —exclamó Hatteras—. ¡Detenernos, cuando la vida de dieciocho hombres depende de nuestro retorno!

—Sin embargo... —dijo el doctor.

—¡Clawbonny, Bell! —gritó Hatteras—. Nos quedan víveres para veinte días. No podemos perder un minuto.

El trineo volvió a emprender su marcha.

Por la noche la expedición se detuvo al pie de un montículo de hielo donde Bell practicó una caverna en que se refugiaron los viajeros. El doctor pasó la noche cuidando a Simpson, en quien el escorbuto causaba ya sus espantosos estragos. Los sufrimientos le ponían en los labios entumecidos una queja interminable.

—¡Valor, amigo! —decía el médico.

—¡Ya no hay salvación para mí! ¡No puedo más! Déjenme morir en paz.

Aunque el doctor también estaba casi muerto de fatiga, empleaba la noche en preparar alguna infusión calmante para el enfermo, pero ya ni siquiera el jugo de limón hacía efecto, y las fricciones no impedían los progresos del escorbuto.

Al iniciarse la jornada siguiente fue preciso colocar de nuevo al desdichado en el trineo, aunque él pedía quedarse para morir tranquilo. Después se reemprendió aquella espantosa peregrinación.

La niebla helada calaba a aquellos hombres hasta los huesos. La nieve y el granizo les azotaban el rostro, y ellos mal alimentados y extenuados seguían compartiendo el trabajo de las bestias de carga. *Duck* iba y venía, desafiando las fatigas, siempre alerta. Parecía encontrar por instinto el camino mejor.

La madrugada del 23 de enero, en una oscuridad casi completa pues la luna era nueva, el perro tomó la delantera. Se perdió de vista por algunas horas, lo que llegó a alarmar a Hatteras, con tanto más motivo cuanto que había en el suelo numerosas

huellas de osos. De pronto se oyeron fuertes aullidos.

Avanzando en la dirección desde la que procedían los ladridos, Hatteras encontró al fiel animal en el fondo de un barranco. Ahí estaba *Duck*, inmóvil, como petrificado delante de un *cairn* o montículo artificial hecho con piedras calizas.

—Ahora —dijo el doctor— estamos ante un *cairn*, no cabe duda.

—¿Y qué importa? —bufó Hatteras.

—Capitán, si es un *cairn* puede contener algún documento precioso para nosotros o un depósito de provisiones. Vale la pena mirar.

—¿Y qué europeo ha llegado hasta aquí? —preguntó Hatteras.

—¿No han podido los esquimales hacer un escondite en este sitio y guardar en él los productos de su pesca o de su caza?

—Bueno, vaya a mirarlo, Clawbonny —respondió Hatteras.

Premunidos de azadones, el médico y Bell fueron al *cairn*. *Duck* seguía aullando. Las piedras estaban fuertemente unidas por el hielo, pero con algunos golpes de azadón se vinieron abajo.

—Es evidente que aquí hay algo —dijo el doctor.

Al demoler el *cairn* descubrieron un escondite donde había un papel muy húmedo. El doctor lo cogió mientras Hatteras acudía al lugar. Clawbonny leyó en voz alta.

—Altam... *Porpoise*. 13 dic... 1860, 12 grados longitud, 78 grados 25' lat...

—¡*Porpoise*! —repitió Hatteras—. No conozco ningún buque de ese nombre que haya viajado por estos mares.

—Es evidente —afirmó el doctor— que algunos náufragos han pasado por aquí no hace ni siquiera dos meses.

—¿Qué vamos hacer? —preguntó Bell.

—Seguir nuestro camino —contestó con frialdad Hatteras—. No sé que es el *Porpoise*, pero sé que el bergantín *Forward* nos espera.



# La Acusación de Simpson

La idea de un encuentro con miembros de otra expedición daba vueltas por las cabezas de todos.

—¡El *Porpoise*! —murmuraba Hatteras—. ¿Qué buque es ése y qué viene a buscar tan cerca del Polo?

La presencia de un posible competidor lo hacía sudar pese a la baja temperatura. El doctor y Bell, en cambio, sólo pensaban en salvar a sus semejantes o ser salvados por ellos. Pero con las dificultades, los obstáculos, las fatigas, ya no pudieron pensar más que en ellos mismos y en su propia situación.

La luz procedente de los crepúsculos, reflejada por la nieve, abrasaba la vista. Era difícil protegerse contra ese reflejo porque los cristales de los anteojos se cubrían de una costra de hielo que los volvía opacos y anulaban la visión; como era preciso examinar cuidadosamente hasta los menores accidentes del camino, se hacía necesario desafiar los peligros de la irritación aguda de los ojos.

El trineo se deslizaba con dificultad sobre sus bastidores ya gastados, y el arrastre era cada día más penoso. Las dificultades del terreno no disminuían. Los viajeros habían llegado a una altura de 300 metros para salvar la cumbre de las montañas. Allí la temperatura era terrible; ráfagas y torbellinos se desencadenaban con furia. Era un tiste espectáculo el que ofrecían aquellos pobres expedicionarios tirando el trineo junto a los perros por las cimas solitarias.

También los atacó una enfermedad especial que produce el estar siempre ante el inalterable color blanco. Aquel resplandor uniforme ofende, embriaga y causa vértigos. La tierra parece faltar y no ofrece ningún punto de apoyo en el espacio ilimitado. La sensación que ocasiona es parecida a la del mareo. Cierta entorpecimiento se apoderaba de los miembros de los viajeros. Una extraña somnolencia invadía su espíritu y con frecuencia andaban medio dormidos. Entonces algún tropezón inesperado o una caída los sacaba de ese estado inerte al que volvían pocos instantes después.

El 25 de enero iniciaron un descenso vertiginoso por declives helados que acrecentaron sus fatigas. Un traspié o un paso en falso, muy difícil de evitar, podía lanzarlos a insondables despeñaderos.

Esa noche una tempestad violenta barrió la cima nevada. La fuerza del huracán era irresistible y fue preciso echarse al suelo; pero como la temperatura era muy baja, corrían el peligro de morir helados.

Bell, ayudado por Hatteras, construyó una casa de nieve, donde los infelices fueron a refugiarse. Allí tomaron una cantidad minúscula de *pemmícan* y un poco de té caliente. No quedaban ya más que cuatro galones de alcohol, que se necesitaban para fabricar agua, puesto que la nieve no puede ingerirse en su estado natural, sino

que es preciso derretirla. Más allá del círculo polar la nieve alcanza una temperatura tan baja que no se puede coger con la mano, como no se puede tomar un pedazo de hierro al rojo. Existe entre esa nieve y el estómago una diferencia tal de temperatura, que su absorción produce un verdadero ahogo. Los esquimales prefieren sufrir la peor sed a meter dentro de sus bocas aquella nieve, que no puede reemplazar al agua. Los viajeros, pues, para obtener agua debían derretir la nieve, exponiéndola a la llama del alcohol.

A eso de las tres de la madrugada, cuando arreciaba la tempestad, el doctor, vigilante, escuchó los tristes gemidos de Simpson. Se levantó para atenderlo, pero al hacerlo chocó su cabeza en la bóveda de hielo. Sin preocuparse mayormente, se inclinó junto al enfermo y empezó a darle friegas en las piernas, que estaban hinchadas y azules. Después de prodigarle durante quince minutos este tratamiento quiso levantarse y, no obstante salir de rodillas, volvió a tocar el techo con la cabeza.

—Es raro —dijo para sí mismo.

Entonces alzó la mano encima de su cabeza y notó que la bóveda bajaba.

—¡Atención! —aulló despavorido.

Al escuchar sus gritos, Hatteras y Bell se levantaron inmediatamente y se golpearon también la cabeza. La oscuridad era total.

—¡Salgamos! ¡Salgamos! —gritó el doctor—. ¡La casa se derrumba. Moriremos aplastados!

Arrastrando a Simpson salieron por la abertura, mientras la iglú cedía ante la presión de la nieve. Los infelices se encontraron en medio de la tempestad, desamparados. Hatteras armó la tienda, pero ésta no resistió la violencia del huracán y fue necesario abrigarse con un lienzo que quedó muy pronto cubierto de una densa capa de nieve. Al menos esa nieve, al impedir al calor escapar fuera, preservó a los viajeros del peligro de helarse.

Las ráfagas siguieron al día siguiente. Entonces engancharon a los perros mal alimentados. Bell notó que tres de ellos habían empezado a roer las correas y que dos estaban muy enfermos y no podrían ya avanzar mucho más.

Pero esta triste y miserable caravana 5 volvió a emprender su marcha. Había aún que andar 96 kilómetros antes de alcanzar el objetivo.

El día 26 Bell, que iba a la cabeza, descubrió con asombro una escopeta apoyada en un témpano.

—Los hombres del *Porpoise* deben estar cerca —conjeturó el doctor.

Al examinar el arma, Hatteras notó que era de procedencia norteamericana y sus manos se crisparon alrededor del cañón helado.

—¡Sigamos adelante! —ordenó.

Continuaron entonces bajando la pendiente de las montañas. Simpson parecía haber perdido el conocimiento, ya ni siquiera se quejaba.

El 27 se encontraron un sextante medio enterrado en la nieve y después una botella con alcohol o más bien un pedazo de hielo en cuyo centro todo el espíritu del licor se había convertido en una bola de nieve.

Hatteras, cada vez más preocupado, avanzaba por el único camino transitable, recogiendo los despojos de lo que al parecer había sido un trágico naufragio.

Entretanto el doctor se preguntaba qué hacer si daban con el paradero de los náufragos, ¿qué socorro podría proporcionarles? A él y a sus compañeros empezaba a faltarles todo; sus vestidos se destrozaban y sus víveres eran escasos. Hatteras, evidentemente quería evitar su encuentro. Y tal vez tenía razón. ¿Debía, llevar extranjeros al *Forward*, comprometiendo la seguridad de todos?

Pero, aun así esos extranjeros eran hombres; eran sus semejantes. Por escasas que fueran sus probabilidades de salvación, ¿debía dejárselas abandonados? El doctor quiso averiguar la opinión de Bell, pero éste no contestó. Sus propios sufrimientos le habían helado el corazón.

La noche del 17 de febrero, Simpson llegó a un estado de extrema gravedad. Sus miembros, estaban rígidos y sus convulsiones anunciaban ya el final. La expresión de su rostro era desesperada. Dirigía al capitán miradas de odio en las que había toda una acusación, silenciosa pero implacable.

Hatteras más taciturno y concentrado en sí mismo que nunca, evitó esa feroz mirada del moribundo.

La noche siguiente fue espantosa. La temperatura redobló su violencia. Tres veces el huracán arrancó la carpa y los torbellinos de nieve envolvieron a los desventurados viajeros, cegándoles, helándolos e hiriéndoles con agujas arrancadas de los témpanos circundantes. Los perros aullaban quejumbrosos. Bell logró reponer el miserable abrigo de tela, pero una ráfaga lo arrebató por cuarta vez y se lo llevó para siempre.

Simpson estaba en plena agonía. De pronto, haciendo un último esfuerzo se incorporó a medias y tendió hacia Hatteras, sus puños crispados, lanzó un grito horrible y cayó muerto, en medio de su amenaza.

—Ha muerto —dictaminó el médico.

El capitán, que trató de acercarse fue lanzado atrás por la violencia del viento.

Aquel muerto lo había tratado de asesino. Ante esa acusación, Hatteras no dobló la cabeza. Sin embargo ahora, una lágrima caída de sus párpados se heló en su rostro.

Apoyado en su largo bastón Hatteras parecía el genio tutelar de esas desolaciones hiperbóreas, y allí se quedó en pie, sin moverse ni pestañar hasta los primeros resplandores del crepúsculo. Parecía desafiar la tormenta que rugía a su alrededor.

## Regreso

Cerca de las seis de la mañana el viento amainó y el cielo se despejó de nubes. El termómetro marcaba 37 grados bajo cero. El crepúsculo fue plateando el horizonte que algunos días después debería dorar.

Acercándose a sus dos compañeros abatidos, Hatteras les dijo con voz suave:

—Amigos míos, más de 90 kilómetros faltan para llegar a nuestro objetivo. No tenemos ya más que los víveres estrictamente necesarios para volver al buque. Ir más adelante sería exponernos a una muerte segura. Creo que es mejor regresar.

—Es una buena decisión, Hatteras —comentó el doctor—. Nuestra salud se deteriora más y más, y apenas tenemos fuerzas para dar un paso.

—Bueno —dijo Hatteras— vamos a descansar dos días, ya que el trinco necesita reparaciones complicadas. Me parece que debemos construir una casa de nieve, donde podamos rehacernos en alguna medida.

Los viajeros empezaron a trabajar con gran empeño. Bell tomó las precauciones necesarias para asegurar la solidez de la construcción y muy pronto se levantó el refugio en el fondo de la barranca donde se había hecho el último alto.

No fue fácil para Hatteras decidirse a interrumpir su viaje. ¡Una excursión inútil que había costado la vida de un hombre para luego volver a bordo sin un trozo de carbón! ¿Qué iba a pensar la tripulación?

Comenzaron pues los preparativos de regreso. El trineo fue reparado. Ahora tendría la ventaja de llevar un cargamento más liviano. Se parcharon los vestidos gastados, rotos y endurecidos por las heladas, y botas nuevas reemplazaron a las viejas, ya inservibles.

Durante los días pasados en la casa de nieve, el doctor observó que *Duck* daba vueltas incesantes, describiendo innumerables rodeos que parecían tener un centro en común. Esta era una especie de elevación, ocasionada por diferentes capas de hielo sobrepuestas. *Duck*, girando alrededor de ese promontorio, aullaba sordamente y movía la cola impaciente.

Clawbonny pensó que ese estado de inquietud se debía a la presencia del cadáver de Simpson, que permanecía insepulto.

Resolvieron entonces enterrarlo, ya que debían emprender la marcha a la madrugada del día siguiente.

Bell y el doctor tomaron los azadones y fueron al fondo del barranco. La prominencia indicada por *Duck* ofrecía un sitio favorable para depositar el cadáver.

Los hombres quitaron las capas superficiales de nieve y después cavaron en el hielo endurecido. El tercer golpe de azada, chocó con un cuerpo duro que se rompió. Sus pedazos eran los restos de una botella.

Luego encontraron una bolsa muy endurecida con migajas de galletas

perfectamente conservadas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Bell.

El doctor llamó a Hatteras.

*Duck* aullaba tratando de excavar con sus patas la espesa capa de hielo.

—¿Habrá aquí un depósito de provisiones? —preguntó Clawbonny.

—Ojalá —respondió Bell.

Aparecieron otros restos de alimentos y una caja con algo de *pemmican*.

Al parecer —dijo Hatteras— los osos encontraron este lugar antes que nosotros.

—Así parece —respondió el doctor—, porque...

Un grito de Bell lo interrumpió sin dejarlo terminar. Al separar una piedra Bell encontró una pierna rígida y helada que sobresalía entre los témpanos.

—¡Un cadáver! —gritó el doctor.

—Esto es un cementerio —dijo Hatteras.

Sacaron el cadáver al aire libre. Era de un marinero de unos treinta años. Se encontraba en perfecto estado de conservación y llevaba la indumentaria propia de los navegantes árticos. El doctor no pudo determinar la fecha de su muerte.

Junto a ese cadáver, Bell descubrió otro, de un hombre de unos cincuenta años, que aún tenía en el rostro la huella de los dolores que lo habían ultimado.

—A estos nadie los enterró —exclamó el doctor—. Estos desgraciados fueron sorprendidos por la muerte tal como nosotros los encontramos.

—El doctor tiene razón —respondió Bell.

—Sigán excavando —ordenó Hatteras.

¿Quién podía decir cuántos cadáveres encerraba aquel montón de hielo?, pensaba Bell asustado.

—Estos hombres fueron víctimas del accidente del que nosotros nos salvamos —dijo el doctor—. Su casa de nieve se desplomó. Veamos si alguno respira todavía.

Bell sacó un tercer cuerpo. Era de un hombre de cuarenta años que no tenía la apariencia cadavérica de los otros. El doctor se inclinó hacia él y creyó auscultar algunos signos vitales.

—¡Vive! ¡Vive! —gritó.

Con ayuda de Bell lo transportó a la casa de nieve.

El médico desnudó completamente al desenterrado, sin encontrarle heridas. Ayudado por Bell le dio fuertes friegas con estopas empapadas en alcohol y sintió poco a poco renacer en él la vida. Pero el infeliz estaba en un estado de postración absoluta. Su lengua parecía pegada al paladar y no era capaz de articular palabra.

Al registrar sus bolsillos el doctor encontró los restos de un papel calcinado en que aún podía leerse:

—¡Altamont! —exclamó el doctor—. ¡Del *Porpoise* de Nueva York!

—¡Lo salvaré! —dijo el doctor—. Y se puso a darle friegas con renovadas

energías. Hatteras se quedó pensativo. Gracias al celo de Clawbonny el marinero americano consiguió volver a la vida, pero no veía ni oía ni hablaba.

Hatteras dijo al doctor, al otro día:

—Es preciso que partamos.

—¡Vamos Hatteras! El trineo no está cargado, llevaremos en él a este desgraciado.

—De acuerdo —dijo Hatteras—. Pero antes sepultemos estos cadáveres.

Los dos marineros anónimos ingresaron otra vez en las ruinas de la casa de nieve, y el cadáver de Simpson ocupó el lugar de Altamont.

Los tres viajeros rezaron por su compañero y a las nueve de la mañana emprendieron el regreso hacia el buque.

Entretanto habían muerto dos de los seis perros groenlandeses, y *Duck*, se ofreció espontáneamente para tirar del trineo.

Por veinte días, desde el 31 de enero al 19 de febrero, el retorno ofreció poca diferencia al viaje de ida. Pero como la vuelta se hizo en febrero, el más frío del invierno, el hielo presentaba en todas partes una superficie resistente.

El sol había reaparecido desde el 31 de enero, y cada día se mantenía más tiempo en el cielo. Bell y el doctor marchaban extenuados ya casi ciegos. El carpintero debía apoyarse en un par de muletas para caminar.

La mayor preocupación de Hatteras era el *Forward*, su bergantín. ¿En qué estado iba a encontrarlo? ¿Había Johnson podido resistir a Shandon y a los otros? El frío había sido terrible. ¿Habrían quemado el buque?

La mañana del 24 de febrero divisaron un resplandor rojizo encima del cual se balanceaba una inmensa columna de humo negro que se perdía en las brumas blanquecinas del cielo.

—¡Este humo! —exclamó el capitán mientras su corazón palpitaba aceleradamente.

—Miren ¡Allí abajo, el humo! —dijo a sus compañeros que lo habían alcanzado—. ¡El buque arde!

—No puede ser el *Forward*, estamos casi a 5 kilómetros.

—Sí —respondió el doctor— es él. Un fenómeno de espejismo lo hace parecer más cerca de nosotros.

—¡Corramos! —gritó Hatteras, desesperado.

Dejando el trineo bajo la custodia de *Duck*, el médico y Bell siguieron rápidamente las huellas del capitán.

Una hora más tarde estaban ante el barco. El bergantín ardía en medio de los hielos que se derretían alrededor. Las llamas envolvían su casco y el viento Sur llenaba el oído de Hatteras de chasquidos insólitos.

A quinientos pasos del lugar del incendio un hombre levantaba los brazos

impotente.

Hatteras corrió hacia él.

—¡Mi buque, mi buque! —exclamó con voz alternada.

—¡Capitán! —respondió Johnson—. ¡Deténgase! ¡No dé un solo paso más!

—¿Qué pasó?

—¡Los miserables! —respondió Johnson—. Hace dos días que se fueron después de quemar el barco.

—¡Maldición! —aulló el capitán con furia. Una explosión formidable sacudió la tierra. Los *icebergs* se desplomaron sobre el campo de hielo. Una columna de humo subió hasta las nubes y el *Forward*, reventando por la fuerza expansiva de su pólvora, voló en todas direcciones.

El doctor y Bell llegaron entonces al lugar donde estaba Hatteras.

Este se irguió de pronto como tocado por un poder sobrenatural.

—¡Amigos! —dijo con voz enérgica— los cobardes se han ido. ¡Los fuertes triunfan! Johnson y Bell, ustedes tienen el coraje; doctor usted posee la ciencia; yo... yo tengo la fe. ¡El Polo Norte está allá abajo! ¡Al Polo! ¡Adelante!

Los tres hombres se sintieron renacer al escuchar esas encendidas palabras y se olvidaron, por un momento, de que la situación era terrible. Estaban abandonados, sin recursos, solos, a los 80 grados de latitud, en la desolación casi absoluta que rodea al Polo.



Julio Verne nació en Nantes el 8 de febrero de 1828. Se escapó de su casa a la edad de 11 años para ser grumete y más tarde marinero, pero, prontamente atrapado y recuperado por sus padres, fue llevado de nuevo al hogar paterno en el que, en un furioso ataque de vergüenza por lo breve y efímero de su aventura, juró solemnemente (para fortuna de sus millones de lectores) no volver a viajar más que en su imaginación y a través de su fantasía.

Una promesa que mantuvo en más de ochenta libros que, según un informe publicado a principios de 1972 por la prestigiosa revista francesa *Paris Match* como resultado de una investigación realizada por la UNESCO, han sido traducidas a 112 idiomas, lo que coloca a Verne en segundo lugar en la lista de vendedores de éxitos detrás de otro autor de producción más reducida pero mucho más densa (Karl Marx, traducido a 133 idiomas).

Su adolescencia transcurrió entre continuos enfrentamientos con su padre, a quien las veleidades exploratorias y literarias de Julio le parecían el todo ridículas, y los continuos desaires de su prima Caroline, que sumen al joven Julio en profundas crisis



de melancolía. Al fin consigue trasladarse a París donde empieza a codearse con lo más granado de la intelectualidad del momento, Victor Hugo, Eugenio Sue, etc., y consigue la amistad y protección de los Dumas, padre e hijo. En 1850 acaba sus estudios de derecho y su padre le conmina a volver a Nantes. Pero Julio se resiste, afirmándose en su decisión de hacerse un profesional de las letras.

Es por esta época cuando Verne, influenciado por las increíbles cotas que alcanzaban por aquel entonces ciencia y técnica, concibe el proyecto de crear la literatura de la edad científica, vertiendo todos estos conocimientos en relatos épicos, ensalzando el genio y la fortaleza del hombre en su lucha por dominar y transformar la naturaleza

Pero antes está la necesidad de comer y vestirse. Para conseguir el dinero que le es necesario, una vez que su padre le cortó el suministro del mismo, se centra en el teatro y en operetas, de calidad y éxito irregulares, pero en cualquier caso un trabajo agotador e insatisfactorio, puesto que le roba el tiempo necesario para el estudio de esas ciencias que tanto admira.

En 1856 conoce a Honorine de Vyane, con la que se casa en 1857 tras establecerse en París como agente de bolsa. Su carrera como tal no le resultó en absoluto satisfactoria, y así Verne siguió el consejo de un amigo, el editor P. J. Hetzel, quien será su editor in eternum, y convirtió un relato descriptivo de Africa en la que sería la novela. CINCO SEMANAS EN GLOBO, (1863) fue un éxito fulminante y tuvo como resultado un espléndido contrato con Hetzel que garantizaba al joven e inexperto novelista (tenía 35 años cuando publicó su primer libro) la cantidad anual de 20.000 francos durante Los siguientes veinte años, a cambio de lo cual Julio Verne se obligaba a escribir dos novelas de un nuevo estilo cada año. El contrato fue renovado por Hetzel y más tarde por el hijo de éste, con el resultado de que, durante más de cuarenta años, Los voyages extraordinaires aparecieron en capítulos mensuales dentro de la revista MAGASIN D'EDUCATION ET DE RECREATION.

Estaba claro que el destino de la obra de Verne, quien se anticipó a su tiempo con más lógica y acierto que la mayoría de los escritores del género a los que podemos considerar primitivos, con la única excepción de nombres como H. G. Wells, tenía que ser como éste, un auténtico filón para el arte que estaba naciendo al mismo tiempo que sus libros: el cine.

La obra de Verne, en efecto, estará entre las más adaptadas dentro de la literatura (y en ese aspecto si que podemos decir que gana a Karl Marx) y desde LAS TRIBULACIONES DE UN CHINO EN CHINA hasta LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DIAS, los modos de adaptar su obra han sido también muy diversos, desde la aventura granguñolesca a la francesa, como puede darse en el primer caso citado, hasta el gran espectáculo en pantalla grande y reparto estelar, como ocurre en el segundo. Pero son otros los títulos que han merecido un tratamiento más

respetuoso y un acercamiento más profundo, como VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO, VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA o DE LA TIERRA A LA LUNA (adaptada entre otros por George Méliès) que inspiraron lo que puede denominarse con toda justicia como el primer film serio de ciencia ficción posibilista realizado por los americanos en 1950, CON DESTINO A LA LUNA (Destination: Moon), una vez pasada la época de las delirantes fantasías de invasiones marcianas, venusianas, selenitas y de toda la retahíla de catastrofismos, incluyendo el cheque de la Tierra con otro cuerpo estelar, con el que el cine USA se divirtió (y nos divirtió, todo hay que decirlo) durante la década de los 30 y los 40, que incluyó la adaptación de clásicos del comic (ya entonces considerados como tales) como Flash Gordon, el Capitán Marvel, Buck Rogers o Brick Bradford.

Tan dotado para la ciencia ficción como para la aventura pura y simple (LOS HIJOS DEL CAPITÁN GRANT, MIGUEL STROGOFF), Verne une las dos vertientes en una de sus obras más sólidas y afortunadas, VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO, en la que nos presenta a uno de sus personajes más logrados, patéticos y humanos, el capitán Nemo (nadie), especie de trágico holandés errante que vaga sin rumbo de una parte a otra del mundo, en una sorprendentemente real anticipación de lo que en su día serán los submarinos atómicos, en su Nautilus.

Pese a todo, la vida de Verne no fue fácil. Por un lado su dedicación al trabajo minó hasta tal punto su salud que durante toda su vida sufrió ataques de parálisis. Por si esto fuera poco era diabético y acabó por perder vista y oído. Su hijo Michael le dio los mismos problemas que él mismo había proporcionado a su padre y, desgracia entre las desgracias, sufrió una agresión por parte de uno de sus sobrinos, que le disparó un tiro a quemarropa dejándolo cojo. Su vida marital tampoco fue todo lo feliz que él hubiera deseado, y es comunmente admitido por todos sus biógrafos que mantuvo un matrimonio paralelo con una misteriosa dama, que sólo acabó cuando esta murió.

Verne también se interesó por la vida política, llegando a ser elegido concejal de Amiens en 1888 por la lista radical, siendo reelegido en 1892, 1896 y 1900. Ideológicamente era decididamente progresista en todo lo que concernía a educación y técnica pero de un marcado carácter conservador, y en ocasiones reaccionario, en el aspecto político.

Murió el 24 de marzo de 1905